



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sces. Asquerino, Anton (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuerne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borrajo, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomar, Camus, Cansejas, Castet, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Corras, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Ducarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillen, Estrada, Echevarría, Epulzar, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Rios, Ferrnín Toro, Flores, Figuerola, Figueras (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Gimenéz Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgáñ, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poy, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarniaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmieron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vojta (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Abril de 1880.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Advertencia.—Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—Montesquieu, por don Eusebio Asquerino.—Exploracion al Africa, por D. Pedro Arno.—Ejercicios permanentes, por D. Manuel Prieto y Prieto.—Un prólogo de un libro inédito, por D. Luis Vidart. Puntos de vista, por D. José Selgas.—Los Minnesänger, (los cantores alemanes del amor), por D. Juan Fastenrath.—Estudios sobre biología social, por D. Tomás Rodríguez Pinilla.—Allá van leyes donde quieren reyes tradicion toledana, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Los bufones en Francia, por D. Nemesio Fernández Cuesta.—Dolores, novela, por D. Manuel Fernández y González.—Crónica, por D. Miguel Moya.—Soneto, por D. Fernando Garrá.—Mis cantos, por D. José Joaquín de Palma.—Cantares, por D. Plácido Langlé.—A mi querida hija Pepa, por el Marqués de Heredia.—Un ferrocarril, por D. Mariano Ramiro.—Monólogo, por D. Marcos Zapata.—En el campo, por D. José Paig Perez.—Anuncios.

ADVERTENCIA.

El notable artículo que con el epígrafe *El Calor*, publicamos en el número anterior, no es obra del insigne escritor D. José Echegaray, como por un error material digimos, sino de su hermano don Eduardo, con cuya valiosa colaboracion se honra tambien LA AMERICA.

REVISTA EUROPEA.

Tres sucesos capitales caracterizan la quincena que debo describir: la Carta-manifiesto del príncipe Napoleón, la renuncia súbita del príncipe Bismark, la derrota irreparable del ministro Disraeli. Semanas verdaderamente extraordinarias estas semanas últimas en que hemos visto reaparecer la dictadura bonapartista, con su táctica de exajeracion demagógica en el día de las pretensiones y de política reaccionaria en el día de los triunfos; y hemos visto amenazarse con retirarse al estadista maquiavélico, que apela invariablemente al desdén cuando necesita ó la adquisicion de nuevas facultades para sí, ó el planteamiento de unidad más centralizada para su patria; y hemos visto caer al célebre judío, cuyos planes de aventuras y de conquistas comenzaban ya en estos últimos tiempos á convertir la Cartago de las pacíficas competencias mercantiles en la Roma del ejército pretoriano y del Imperio militar.

Extraño príncipe, en verdad, este príncipe Napoleón, sobre cuya cabeza descansa hoy la herencia imperial, á causa del inútil sacrificio de su sobrino en aras de las empresas británicas, tan nefastas al poder de su gente y de su raza. Corso, por su padre el rey Jerónimo, alemán por su madre, la buena reina de Westphalia; con aspiraciones á reinar, como todos cuantos han nacido á la sombra de los sósios de Europa; con ideas revolucionarias aprendidas en la juventud y arraigadas en las largas experiencias de su vida; un sentimiento le ha dominado siempre, sentimiento

que determinó su enlace con la princesa Clotilde y su política en todas las incidencias del régimen imperial, un odio inextinguible á los clérigos y al partido ó sistema denominado en toda Europa con el bárbaro nombre de clericalismo. Arrastrado por este sentimiento, acompañábase en otro tiempo de los ilustres escritores About y Renan, aborrecidos del clero; empujaba al desierto del republicanismo, Emilio Ollivier, á la presidencia del Gobierno; convertía el Palacio real, teatro célebre de enemistades régias, en centro de oposicion á la emperatriz y á su córte; maldecía el feroz combate de Mentana, en que Napoleon, hecho un emperador güelfo, se desunió de la Italia gibelina; hablaba lo mismo en Ajaccio, al inaugurar la estatua del jefe de su casa, que en París al discutir la política internacional fuertemente contra el Pontificado; y representaba, como la familia de Orleans, el régimen constitucional, un imperio circuido de libre-pensadores, armado así contra el clero católico como contra la clase media, y resuelto á una dictadura plebeya, en la cual se vengase la democracia con furor de todos cuantos han resistido su emancipacion, y ejerciese por medio de un emperador socialista largos años de arbitrario poder á fin de preparar la libertad. La idea en que el príncipe Napoleón se abroquelaba para defender su política, es la inferioridad de los republicanos para sostener la república, y la urgencia de un régimen imperial, destinado á salvar la democracia de sí misma y á evitarla el escollo en que daría de no existir los imperiales, el escollo de una reaccion monárquica y teocrática.

Pero si vemos el oculto sentido de esta manifestacion, hallamos en ella un acto de pretendiente pensado con madurez y cumplido con habilidad. Las tendencias republicanas del Príncipe tienen tanta fuerza, por razon de sus compromisos y de sus antecedentes, que muchos le creen inhabilitado para optar al Imperio é incapaz de pretenderlo. Su carta es un verdadero mentís á tal sospecha. Napoleon Jerónimo Bonaparte aspira con resuelta decision á la dignidad imperial, y toma sobre sus hombros la carga abrumadora de esta herencia. Adios, pues, adhesiones á la República, adorada por las envidias del segundon al mayorazgo, y herida y olvidada en la hora misma en que la muerte cambia con sus caprichos los papeles. Si la familia imperial estuviera bajo la sombra del sósio y no en el árido destierro, Napoleon Jerónimo seria ya emperador francés, vistiendo Cesárea púrpura, y coronándose con aquella corona que el primer Bonaparte recogió del altar y ciñó á su cabeza, en presencia misma del Papa.

Hoy recibe un vínculo de desgracias, sobre todo, si la democracia francesa, como creemos y esperamos, mayor de edad, procede con la calma y la mesura que granjean á los pueblos el goce de sus libertades y los apartan de las ignominiosas dictaduras. A todas luces, las cartas del Príncipe llevan consigo el gravísimo inconveniente de no agradar á los republicanos por lo que tienen de pretension á la corona, y de no agradar á los imperialistas por lo que tienen de republicanos.

Política verdaderamente imposible, esta política intermedia entre el Imperio y la República. Dice, y enseña la historia, que todos cuantos han pretendido encerrar la democracia en la forma imperial, han fracasado como fracasaría quien pretendiera encerrar el alma humana en los organismos de las especies inferiores al hombre. Séres muy privilegiados, héroes de la elevacion de Trajano, filósofos de la profundidad de Antonino, modelos morales de la perfeccion de Marco Aurelio, conquistadores como Diocleciano, políticos como Probo, grandes estadistas como Tito, han pretendido elevar á sus conciudadanos, por medio del Imperio; y en unos el desengaño, en otros la duda, en los de tal temperamento la desesperacion, y en los de tal otro la impotencia, han concluido por mostrarles de un modo patente cómo al bien no puede irse por el mal ni á la libertad por la tiranía y por el crimen. El Imperio es un crimen, y ese crimen, sembrado en el mundo, dará siempre de sí cosecha tan abominable como la guerra franco-prusiana y la terrible comunidad de París. Solamente pueden aprenderse las virtudes cívicas en la escuela de la libertad, y encerrarse el alma de naciones como Francia en el organismo de la República. El príncipe Napoleon, enemigo natural de los republicanos por lo que tiene de emperador, y enemigo natural de los imperialistas por lo que tiene de republicano, no puede servir en su presente situacion y estado, ni á la República ni al Imperio.

Algo más sirven á éste los republicanos rojos, á quienes yo llamaría los líctores del César. No se columbra el Imperio por ninguna parte, y aparece en cuanto se oye una de esas extrañísimas arengas consagradas á la exajeracion del ideal republicano, como la arenga del diputado Clemenceau. Cual hay ciertas especies devastadoras y carníceras, hay tambien ciertos políticos de combate y de negacion, que se gozan tristemente en las ruinas; y despues de arruinado todo, no sabrian qué poner sobre el caos sembrado por su tempestuosa palabra. Leed la oracion política del representante de la extrema izquierda, y vereis como toda ella se

reduce á pedir la ruina de alguna institucion existente, ruina del Código político, ruina de la presidencia septenaria, ruina de la iglesia oficial, ruina de la magistratura y del clero, ruina del Senado. ¿Y luego, qué? El mundo no se alimenta de negaciones, ni la sociedad se funda sobre escombros. Como las generaciones que han llegado al fin de la vida no desaparecen hasta despues de nacidas y aun criadas las generaciones que han de heredarlas, unas instituciones no desaparecen hasta despues que han nacido y se han acreditado en la conciencia universal las instituciones que deben reemplazarlas y sustituirlas en las lentas y graduadas evoluciones de la vida universal.

En el período que atraviesa la política, no hay otro medio de salvar la república y de constituir el nuevo estado democrático que hacer todo cuanto sea posible por la consolidacion y arraigo de las instituciones existentes interpretadas con verdadera moderacion. Así, en cuanto acabara Clemencau su discurso, por una de esas coincidencias dramáticas de la realidad, que parecen obra de superior ingenio y no de arbitrarias casualidades, levantóse uno de estos utopistas, que quieren ver el mundo transformado por medio de súbito golpe, y propuso la propiedad colectiva como programa y la revolucion inmediata como medio de renovar toda la sociedad en todos sus extremos. El diputado radical se vió obligado á despedir á ese loco furioso y á llamarle agente de la reaccion. Pues si reflexionara sus apotegmas antes de decirlos, viera en idea ese fantasma y no necesitara que la realidad se lo mostrase con su tristísima é inapetible dialéctica. Conservar la república en sus presentes bases: hé ahí la suprema necesidad de Francia.

Confesamos que nos han sorprendido, y de muy agradable manera, las últimas elecciones inglesas. Esperábamos que el partido liberal creciera en ellas, pero no esperábamos que ganara tan inaudito triunfo. Indudablemente, tres razones han impulsado al pueblo inglés á dar su fallo inapelable: 1.ª la urgencia de ciertas reformas sociales, á que siempre se ha opuesto el partido conservador, bastantes á dar, ayudadas por una buena gestion financiera, que demanda lo creciente del déficit, prosperidad al pueblo; 2.ª la oposicion á una política demasiado germánica con daño de la Francia libre y republicana, aliada naturalísima de la Inglaterra progresista; 3.ª el temor de que tras tantos alardes guerreros, tras la adquisicion de Chipre, tras la guerra del Afghán, tras las empresas africanas, se ocultara una especie de política imperial y militar, destinada tristemente á sustituir el juego peligroso de la gloria al ejercicio pacífico de la libertad.

El romanticismo de Disraeli, sus guerras continuas, sus engrandecimientos territoriales, su proteccion arcáica al Imperio turco, su señalamiento de fronteras más ó menos diplomáticas á la estension de los pueblos eslavos, su resistencia increíble á las pretensiones de Grecia, su ingreso aparente en la alianza austro-germánica, hacian temer que el pueblo británico se perdiera en las sirtes de un imperio, y detuviera, por una veleidad incomprensible, ese movimiento hácia la democracia, que nadie puede contrarestar, porque de continuo lo auxilian el trabajo con sus esfuerzos, la inteligencia con sus ideas, la sociedad con sus progresos, las generaciones todas con su apego á los ideales de lo porvenir y con la necesidad inevitable de afianzar los derechos ya adquiridos y de establecer otros nuevos, en los cuales se estiende y se fortalece gradualmente nuestra naturaleza. La política del partido avanzado parece la política más conveniente al estado interior de Inglaterra, y la más propia para conciliar el ideal de todos los progresos con las exigencias de la realidad que es la fórmula del gobierno verdadero en el actual estado de los pueblos.

Pero no hay que equivocarse: la política exterior del pueblo inglés exige mucha calma y mucho acierto. Importa poco que caiga el imperio turco, pero importa mucho que no le reemplace esa Rusia en cuya cima existe una autoridad incompatible, por lo monstruosa, con nuestra civilizacion, y en cuya base hormiguea un comunismo incompatible, por su barbarie, con nuestra libertad. Ya que el imperio turco no tiene remedio; ya que ni el consejo, ni la amenaza, ni la diplomacia, ni la fuerza han podido modificarlo, caiga en buen hora, mas no para que otro imperio semi-mongólico y semi-eslavo, autocrático en su cima y comunista en su base, lo sustituya; sino para que las nacionalidades varias, helenas y eslavas y latinas formen una confederacion democrática, capaz de detener las ambiciones rusas y de civilizar el Oriente. Por huir de la política aventurera, no caigamos en la política indiferente.

El cambio casi súbito que la opinion ha sufrido desde las últimas elecciones, prueba el pulso que exige la política exterior. Pocas veces se habia visto pasar la opinion británica de un extremo á otro extremo con tanta rapidez como en este período histórico. En dos ó tres elecciones solian caer los bandos vencidos y levantarse los bandos vencedores. Pero esta rapidez no se habia visto con frecuencia. Bien es verdad que la inmortal juventud de Gladstone, su palabra tan británica, su elocuencia tan esplendorosa, las efusiones filantrópicas de su alma templada para los más sublimes sentimientos, su amor á la libertad y á la emancipacion continua de la democracia, le han granjeado el lauro merecidísimo de su victoria.

Desde que la opinion europea le vió en Escocia; desde que le oyó en esa nunca bastante admirada mision electoral que ni agotaba sus fuerzas ni sus ideas, comenzó á sentir toda la importancia del triunfo que iba con su esfuerzo á granjearse. Bien es verdad que Escocia prefiere el partido radical á los partidos conservadores, porque, sin tener el odio que la católica Irlanda á la Iglesia anglicana, tambien desde su presbiterianismo, religion allí muy seguida, odia la Iglesia gerárquica y episcopal que los ingleses le han impuesto por medio del Estado, y desea una independencia religiosa, á la cual no puede llegar sino por la ampliacion constante de la libertad y por el pacífico advenimiento de la democracia. Así, en vista de las pretensiones de Irlanda y Escocia, en vista del aumento que han tenido los radicales en las filas del liberalismo británico, en vista de la situacion del Tesoro, precisa que el gran tribuno y hacendista, á cuyos talentos oratorios se debe hoy la victoria electoral y á cuyos talentos financieros se debió ayer la prosperidad de la Hacienda, éntre en el Gobierno y acepte la direccion de una política, á la cual ha contribuido con todas sus fuerzas y en la cual debe aumentar su envidiable gloria.

La renuncia de Bismark ha sido, como decia al principio, una de esas salidas del Canciller encaminadas al aumento de su fuerza. Le habian desconcertado las elecciones británicas, herido las complacencias de la corte con Rusia, molestado las últimas disposiciones financieras del Reistach; y ha querido mostrar una vez más su fuerza y su preponderancia, presentando su dimision, á fin de que el príncipe imperial le agencie algunas simpatías en el nuevo ministerio de Inglaterra, y el Parlamento alemán le aumente sus facultades y atribuciones políticas, y el Emperador le dé una muestra más de su eterna confianza. Todo lo ha conseguido, y continúa en su puesto, que dejará, cuando deje la vida.

La Cámara popular de Viena ha herido en el corazón al ministerio del conde Taaffe. El asunto adoptado para herirle parece á primera vista baladí, y en realidad tiene importancia y gravedad. Trátase de fondos secretos, y los han disminuido sin consideracion de ningun género á los múltiples deberes de todo ministerio austriaco. Inútil negar que una partida como la destinada á gastos, de los cuales no puede darse cuenta pública, se presta necesariamente al dispendio y á la inmoralidad. Mas imposible gobernar imperio tan grande como el imperio austriaco, que necesita agentes en Berlin, donde tantos planes se han fraguado; agentes en Petersburgo, donde tantas amenazas han surgido; agentes en Constantinopla, donde tantos intereses se han complicado; agentes en Londres, donde tantas alternativas se han sucedido; agentes en todas partes para sostener la máquina de una política complicada y coadyuvar al trabajo de una diplomacia atareadísima. Mas los fondos secretos resultan pretextos tomados por quienes abrigan verdaderos motivos para declararse en franca y abierta oposicion.

Los partidos están equilibrados casi en las Cámaras austriacas; el partido de la derecha, ó sea conservador, y el partido de la izquierda, ó sea constitucional. Este equilibrio de los partidos trasciende tambien á las dos Cámaras, de las cuales, al revés de lo que suele suceder en todo el mundo, la Cámara de los señores aparece mucho más liberal que la modesta Cámara del pueblo. Y en esa mayoría de la derecha que tiene el Gobierno, caben tantas fracciones compuestas de tantos y tan contrarios factores, que la imaginacion se asusta al contemplarlas en su conjunto y el entendimiento se esfuerza inútilmente por comprenderlas en sus diversas ramificaciones. Donde Bohemia quiere constituirse á toda costa, en una verdadera nacionalidad independiente; y Croacia reniega de Hungría, como Hungría renegará del Imperio; y los ruthenos están, respecto á los magiars, como los magiars están respecto á los austriacos; y una parte de la Transilvania quisiera irse con los rumanos, y toda Croacia con los poloneses; y Bosnia y Herzegovina protestan de sus nacientes anexionas, y el Tirol y el Trentino se creen más súbditos del rey Humberto que del emperador Francisco José; y el Austria no sabe hoy si mañana podrá cambiar ella misma, levantándose en los horizontes del tiempo como un nuevo astro, quizás oriental ó quizás germánico, ¡oh! apenas hay medio de formar en las Cámaras mayorías y oposiciones dirigidas por dos principios opuestos como las mayorías y las oposiciones en la libre y parlamentaria Inglaterra.

En naciones de esa suerte constituidas, el Gobierno tiene tantas dificultades, la máquina tantos resortes, la política tal número de complicaciones, lo porvenir tal cúmulo de sombras, lo pasado tal virtud para influir en lo presente, las determinaciones decisivas tales obstáculos, que nunca se resuelve cosa alguna con decision y siempre se remiten todos los asuntos á las vaguedades y á las incertidumbres que nacen de un aplazamiento, necesario á causa de la facilidad con que mutuamente se destruyen las fuerzas contrarias, puestas en conflicto, y llegan á una especie de equilibrio, la cual adquiere carácter de parálisis para los partidos de inercia, para los gobiernos. ¡Oh! De otra suerte procede el príncipe de Bismark. Cuando más disgustado está con las disposiciones cancellerescas del príncipe Gortchakoff, y las victorias inesperadas del radical Gladstone, y las intrigas cons-

tantes de la familia cesárea, sobreviene un acuerdo del Parlamento alemán, excusando de todo impuesto las libranzas de correos para el extranjero, y semejante bicoca le sirve de buscapié para una dimision, y semejante dimision, á pesar de anunciada mil veces y nunca admitida, de fundamento para mermar cada dia las facultades varias de los Estados particularistas y constituir esa unidad imperial, tan fuerte, que bajo su inmensa pesadumbre puede desaparecer, y en su raro aire asfixiarse toda la libertad alemana. De cualquier suerte que sea, reina cierto mal humor en Austria, y cierto mal humor en Prusia, porque las elecciones inglesas han venido á separarles un aliado como Disraeli, con cuyo apoyo contaban, y á traerles nuevas dificultades, tanto más de sentir, cuanto menos eran de esperar en sus futuras determinaciones y en sus preconcebidos arreglos sobre los tristes y pavorosos problemas del agitado Oriente.

Volvamos á las elecciones inglesas. A medida que estudiamos el triunfo de los radicales ingleses comprendemos que Inglaterra ha querido, en este último combate, mejorar las condiciones económicas y sociales de sus clases medias y de sus democracias, para completar su antigua política de libertad con una política de igualdad, como la reclaman los adelantos del espíritu moderno y el total de nuestras instituciones políticas. El aumento de los amigos de Carlos Dilke, el cual contará con una fraccion importantísima; la victoria del célebre agitador Bradlaugh, aquel gigante de tempestuosa voz, que nunca, hasta ahora, habia llegado al seno de la Cámara; el número de publicistas consagrados á las cuestiones económicas que formarán un núcleo considerable en el futuro Parlamento, prometen á Inglaterra profundas reformas en el derecho de adquirir y en la facultad de testar, progresos inmediatos en la constitucion de la familia que necesita destruir los mayorazgos, y en la constitucion de la propiedad que necesita desvincularse para adquirir el movimiento propio de la vida que late en el seno de las naciones modernas, henchidas todas por las corrientes de una progresiva democracia. Es necesario desligar un poco la Iglesia del Estado para dar satisfaccion al presbiterianismo escoces, como se le ha dado al catolicismo de Irlanda; es necesario movilizar la propiedad para destruir una aristocracia que aun tiene visos y caracteres feudales y antiguos; es necesario completar las libertades ingénitas á los ciudadanos ingleses con las condiciones económicas que tienen otros pueblos menos afortunados y sin los cuales apenas encontraría tierra donde estender sus raíces el nuevo estado social, producido por el concurso maravilloso del derecho de trabajo, de la ciencia, de todas las fuerzas sociales en el corriente siglo.

Felices naciones aquellas que gobiernan sus asuntos y rigen sus destinos. En presencia de unas elecciones se retiró el gobierno Gladstone, y en presencia de unas elecciones se retiró el ministro Disraeli. Por unas elecciones, Gladstone sustituyó á Disraeli en 1868; por unas elecciones Disraeli sustituyó á Gladstone en 1874; por unas elecciones, Gladstone vuelve á sustituir á Disraeli en 1880. De esta suerte, los partidos pueden organizarse en la legalidad; las grandes competencias establecerse á la luz del dia; los litigios políticos decidirse por el fallo de la voluntad y de la conciencia pública; las revoluciones perderse como el sueño de una enfermedad; las democracias advenir por medios pacíficos, y realizarse el progreso sin que precise acudir para fundar el orden á los golpes que descienden de arriba ni para fundar la libertad á las sublevaciones que provienen de abajo. He ahí, pues, en qué consiste la principal ventaja del estado político de Inglaterra. En este instante embarga mucho los ánimos un puro asunto de rúbrica á primera vista, y en realidad de suma importancia. ¿Debe retirarse el actual ministerio ante el veredicto de los comicios, ó despues que haya recibido un voto expícito de censura en la Cámara de los Comunes? Cuantos comprendemos que á pesar de su aparente carácter arqueológico y de su monarquía histórica y de su Cámara aristocrática, el Gobierno inglés se halla fundado en la voluntad nacional, como el último de los gobiernos democráticos, decimos que le cumple retirarse ante el voto de la nacion, expresado de pública y solemne manera por los verdaderos soberanos, por los electores ingleses, á cuya voluntad no debe oponerse, ni resistencia, ni dilacion alguna. Pero los que anteponen á esta teoría ciertas tradiciones británicas, dicen que el ministerio no debe retirarse despues del voto dado últimamente, sino despues que la Cámara lo haya constreñido á ello por medio de una solemne y explícita censura.

Crean estos que las elecciones se han empeñado en la política exterior, y que la política exterior no trae tan separada la derecha de los radicales del Gobierno reprobado en las elecciones últimas como pudiera parecer á primera vista; dicen que si Gladstone difiere de Disraeli en los medios y en los fines políticos, Hartingthorn sólo difiere en los medios, sobre todo, cuando de la cuestion de Oriente se trata. Y añaden los que así piensan, cuán fácilmente podría dividirse el partido vencedor en cuanto se pudiese á discusion la política propia con que piensa reemplazar en su nuevo Gobierno á la política vencida. No creo tales palabras. Parécenme ilusiones que la derrota despierta en quien vé extinguirse sus altísimas esperanzas y tiene que agarrarse á las tablas rotas en las espirales del naufragio. La política interior y la política ex-

terior del Gabinete, han sido presentadas á la comision; y la política exterior y la política interior han sido por los comicios maldecidas. Precisa, pues, resignarse á la derrota y dejar el poder á los radicales, como los radicales se lo dejaron á los conservadores obedeciendo el veredicto de la nacion expresada por los electores.

De todas suertes yo creo que la victoria radical en Inglaterra nos asegura por lo ménos algunos años de paz en Europa. La manía de la intervencion general y el objetivo de la grandeza británica, que ha mostrado con tanta claridad Disraeli, llevándole á intervenir en la alianza franco-prusiana y á dar esperanzas á los imperios germánico y austriaco de conquistas con las cuales debe soñar quien tiene una espada demasiado cortante para dejarla ociosa, y la necesidad de una cosecha en la conquista impuesta casi por lo excesivo de sus armamentos y lo gravoso de sus tributos. Hoy la Gran Bretaña opondrá su veto á guerras inconsideradamente empeñadas, y escudará, como pudiera escudar su propia independencia, la inviolabilidad y la seguridad del territorio francés, su aliado natural en este extraño período histórico. Pero no deben olvidarse con tanta facilidad las mil dificultades que Oriente suscita con tanta frecuencia. Refieren los viajeros el empeño que tiene Rusia de amontonar las mejores de sus tropas en las fronteras alemanas, pero en tal número, que los soldados se tocan unos á otros como los dedos de la mano, y componen una especie de cordon, cual si aguardaran inmediatas agresiones. Por otro lado, los diplomáticos se quejan de la administracion que Austria hoy aplica á las provincias eslavas del Imperio turco, que los protocolos de Berlin han puesto bajo su inmediata custodia.

Tradiciones demasiado absolutistas, arbitrariedad demasiado turca, desconocimiento continuo de la libertad de conciencia, predominio peligroso del rito latino sobre el rito griego, imperio excesivo de los nuevos empleados sobre las pobres poblaciones, simpatías escasas entre los esclavos naturales de Bosnia y Herzegovina; hé ahí el cuadro tristísimo trazado por todos cuantos conocen la naturaleza de aquellos pueblos y temen el nacimiento de algun inmediato conflicto. Si á esto se añade que el Montenegro no ha recibido aún los territorios decretados por el Congreso de Berlin; que la Grecia no tiene tampoco las satisfacciones aguardadas de su rectificacion de fronteras; que el hambre y la miseria aumentan cada día más en Constantinopla; que las esperanzas de los oprimidos crecen á medida que triunfan los radicales en Inglaterra, se tendrá una idea de las materias explosibles aglomeradas bajo las piedras de Constantinopla, la cual amenaza saltar en mil pedazos á la primer explosion de un conflicto europeo. No puede decirse que tengamos paz mientras la cuestion de Oriente nos amenace con sus complicaciones y el armamento de Europa resulte tan caro como la guerra más cruenta.

Acaba de suceder en Francia un incidente que muestra cómo las nuevas ideas van penetrando en la conciencia del clero y abriendo horizontes de verdaderas esperanzas á una inteligencia entre la religion y la libertad. El padre Didon, predicador dominicano, se empeña en sostener una tesis, que, si llegara prácticamente á demostrarse, aquietaría muchas conciencias, la tesis del estrecho enlace entre la democracia y el Evangelio. Y digo prácticamente, porque en teoría no cabe duda, no puede haber en ningun claro entendimiento que el principio evangélico y el principio democrático son de una perfecta y absoluta identidad. Pues bien; los superiores del padre Didon le han condenado á una pena disciplinaria, porque ha sostenido alguna tesis, sobrado republicana en su sentir, y porque ha mostrado en el púlpito su horror á la bandera borbónica.

Obran pésimamente los sacerdotes en imitar con la libertad el proceder de algunos liberales con la Iglesia. No parece si no que tienen decidido empeño en demostrar matemáticamente la tesis de estos respecto á la incompatibilidad absoluta entre el espíritu de la civilizacion moderna y el espíritu de la Iglesia católica. No olviden los sacerdotes que proceden así como de haberse frustrado los proyectos de reforma eclesiástica y los proyectos de alianza entre la libertad y el Cristianismo, acariaciados por Savonarola, provino la revolucion religiosa y las terribles consecuencias de la revolucion religiosa que aún llora hoy con lágrimas de sangre la Iglesia católica. Aliar la religion con la libertad; hé ahí una de las mayores glorias que pueden haber á los entendimientos superiores en nuestros agitados tiempos.

EMILIO CASTELAR.

### MONTESQUIEU.

Montesquieu y Rousseau han sido los dos grandes teóricos de principios diametralmente opuestos.

Montesquieu ha admitido, siguiendo el ejemplo de Aristóteles, tres categorías de gobiernos igualmente legítimas; la aristocracia, la monarquía y la democracia.

¿Cómo se comprende que los publicistas antiguos, como los modernos, hayan aceptado igual antimonio, es decir, tres gobiernos en tres soberanías legítimas, lo que es absurdo en teoría?

Montesquieu ha dicho que el honor ó la ambi-

cion, es el principio de las monarquías constitucionales, ó templadas; el temor, el principio de los Estados en que impera el despotismo; y la virtud ó el amor de la igualdad, el principio que domina en las repúblicas. En los diversos Estados, las leyes deben ser relativas á la naturaleza de estos Estados, el principio vital que los sostiene y que les hace obrar.

El *Espíritu de las leyes*, la obra inmortal de Montesquieu, vió la luz pública en 1748. Sus maestros, Platon y Aristóteles, pretendieron idealizar el mejor gobierno. Montesquieu quiso seguir sus luminosas huellas; pero mezclado por su condicion á los negocios de Estado, fué observador profundo de la época en que vivía, y del comercio del hecho real que aparecía á sus ojos, y del ideal á que aspiraba su espíritu elevado, y de la comparacion que hizo de los gobiernos de la antigüedad y de los tiempos modernos, resultó la percepcion grandiosa de los resortes que hacen funcionar el organismo de la Constitucion inglesa y formuló realidades vivas que constituyen su gloria, porque fué el creador original de este sistema.

Montesquieu, cuando quiere pintar el despotismo, surca la inmensidad de los Océanos y va á buscar al salvaje de la Luisiana en el desierto de la naturaleza agreste, al sér inculto y bárbaro que abate el árbol, para cojer el fruto.

Y no necesitaba atravesar los vastos mares para ofrecer todavía á la humanidad el espectáculo degradante de la tiranía en el Norte de Europa.

Este sábio legislador nos ha dejado dos modelos; el antiguo Gobierno francés y el Gobierno inglés, no digno de ser imitado el primero, porque no puede haber paralelo entre la monarquía de Luis XIV y la monarquía de la reina Ana. Inglaterra, más feliz que Francia, vió su Constitucion celebrada y preconizada, porque una revolucion habia establecido instituciones que marcaban un notable progreso sobre la nacion vecina, y el homenaje tributado á la superioridad de aquel pueblo hizo nacer un sentimiento de gratitud y admiracion por la verdad y el génio de Montesquieu, que, á pesar de ser francés, alcanzó el singular honor de que su obra haya sido venerada por la Cámara de los Comunes, por ser el Evangelio político en que se encuentra expresado el pensamiento vivo de la gran Albion.

Fué un verdadero pintor político de las dos monarquías que elevó al más alto grado de generalizacion; sus retratos encarnaban el sentimiento más profundo de su grandeza, y revelaban además que tendian á reflejar el ideal metafísico que respira en la *República* de Platon y en la *Política* de Aristóteles.

Platon no consideraba ninguno de los gobiernos que existian en su tiempo, digno de inspirar sus simpatías y de concentrar su atencion; apasionado del ideal, remontaba su vuelo á las regiones abstractas de la filosofía política, y no fué pintor, como Montesquieu, de la realidad viva. Aristóteles, discípulo de Platon, contradictor de su divino maestro, á quien reprochó de ser teórico, observó y describió el mecanismo de todos los Estados conocidos en su época, pero tampoco los presenta como modelos dignos de imitacion, y fundó su *Política* en la amalgama de diversos organismos, creando una utopia opuesta á la de Platon. Montesquieu creyó encontrar en las dos monarquías que contemplaba la idea absoluta de un gobierno político, relacionando sus funciones orgánicas con la ley universal de la vida de las sociedades.

Al fin del notable capítulo, *De la Constitucion de Inglaterra*, exclama: «Harmington, en su *Océano*, ha examinado cuál era el más alto punto de libertad á que podia ser elevada la Constitucion de un Estado. Pero se puede decir de él que no ha buscado esta libertad, sino despues de haberla desconocido, y que él ha construido Calcedonia, teniendo la ribera de Byzancio delante de los ojos.»

La Constitucion de Inglaterra era Bizancio para Montesquieu, y es tan exacto este juicio, que comprendiendo su inteligencia superior que se podia acusar de parcialidad apasionada su entusiasmo por la Constitucion de la Gran Bretaña, dice más adelante. «Al pintar la libertad establecida por las leyes inglesas, no pretendo rebajar á los otros gobiernos, ni decir que esta política extrema debe mortificar á los que no tienen sino una moderada.» Alude claramente á la monarquía de Luis XIV.

En el capítulo, *De las leyes en la relacion que ellas tienen con los diversos seres*, está concentrada toda la filosofía *Del espíritu de las leyes*. Montesquieu razonaba profundamente, al reconocer la ley del organismo político, la ley de la vida de las sociedades, en las formas que hacian patente la existencia de la Francia y de la Inglaterra.

Yo admiro, como Montesquieu, el mecanismo de la Constitucion inglesa, el espíritu que la anima, el progreso constante de la razon pública, que ofrece ejemplos tan magníficos, como el que acaba de presentarse la Europa, al ver surgir de los comicios el triunfo del partido liberal, sin que el ministerio conservador haya ejercido esas coacciones vergonzosas á que estamos, por desgracia, acostumbrados en la desventurada España. El pueblo inglés tiene conciencia de sus derechos, y ha pasado por terribles pruebas y sufrido profundas convulsiones antes de conquistar la envidiable libertad de que disfruta y el supremo poder marítimo y comercial que constituyen su pujante grandeza.

La historia nos demuestra que la violacion de sus instituciones y el poco respeto que tuvieron al Parlamento dos monarcas, «hizo subir al cadalso

á Carlos I y perder la corona, y ser condenado al destierro Jacobo II. Este rey habia perpetrado el crimen odioso de condenar á muerte al inmortal Sidney, que enardecido contra los atentados del despotismo, compuso en su soledad su célebre obra contra los gobiernos opresores: á pesar de su precaucion de no hablar del Gobierno inglés, fué complicado en un complot, en que no tomó parte, y el infame Jefferys, instrumento de la tiranía de Jacobo, le arrebató su manuscrito, sostuvo que el libro era un libelo contra el Gobierno de la Albion y el inocente Sidney murió en el suplicio.

Son innumerables las iniquidades cometidas por el despotismo inglés, antes de consagrar la libertad del pensamiento y la seguridad individual, que son las bases fundamentales de su derecho públicos. La reforma electoral, la libertad de comercio, la admision de los israelitas en el Parlamento, el gobierno del país por el país, sus costumbres públicas y todas sus libertades respetadas, hacen digna á la Gran Bretaña de la veneracion de los pueblos que aspiran á participar de sus admirables procedimientos.

Pero no se trata de la supremacía de una nacion, formada de grandes mecánicos y de grandes industriales, sino de su Constitucion, que, segun Montesquieu, su principio esencial, su idea madre, consiste en haber atribuido á las clases privilegiadas una parte en la legislacion proporcionada á sus privilegios; su mecanismo, siguiendo al mismo escritor, estriba en el contrapeso que la aristocracia opone á la masa entera de la nacion, en el principio que las *gentes distinguidas por el nacimiento, las riquezas ó los honores*, deben tener en la legislacion una parte proporcionada á las ventajas que ellos poseen, á fin de conservar ó acrecer estas mismas ventajas por las leyes que contribuyen á hacer.

Los conquistadores normandos trabajaron *pro domo sua* en la isla que sujetaron á su poder. Guillermo inscribió los nombres de la nobleza en la primitiva Carta, y estos nobles, constituyendo un cuerpo distinto de la masa de la nacion, tenian sus asambleas y deliberaciones aparte, sus intereses separados; la aristocracia fué la base fundamental de la Constitucion inglesa, en la que dominó el espíritu feudal de la Edad Media.

«El cuerpo de los nobles debe ser hereditario, añade Montesquieu; lo es primeramente por su naturaleza; y por otra parte, es preciso que tenga un gran interés en conservar sus prerogativas, odiosas por ellas mismas, y que en un Estado libre deben siempre estar en peligro.»

Así reconoce que el objeto directo de la Carta constitucional inglesa, fué el sostenimiento de los privilegios, que eran el derecho reconocido, sancionado por el hecho.

El espíritu democrático moderno se va infiltrando en la legislacion y en los hábitos del pueblo inglés, pero no es ménos cierto lo que afirma el autor del *Espíritu de las leyes*, al analizar el mecanismo de su Código político, que ha sido el ideal del partido doctrinario.

De Lorme, otro admirador despues de Montesquieu, de la Constitucion de Inglaterra, dice «que está basada sobre la fuerza del *egoísmo*, y que no es preciso comparar Gobiernos donde la libertad dependia de causas débiles, intermitentes y poderosamente contrariadas, á aquel en que esta misma libertad se ha establecido sobre una causa, ejerciendo su influjo poderoso en todos los tiempos, en todos los lugares y sobre todos los hombres.»

Montesquieu habia dicho privilegio, y De Lorme dijo egoísmo; que son los principios que han adoptado los partidos conservadores, que solo rinden ferviente culto al interés material, desdénando los resortes morales del hombre con menosprecio de la virtud, que es el alma de las Repúblicas; doctrina proclamada por el eminente Montesquieu.

Dejemos á los otros la riqueza y que la virtud sea nuestro patrimonio, dijo hace muchos siglos el legislador de Atenas, el sábio Solon. Esta es la gloria imperecedera, la honra imaculada de nuestros ilustres padres, los inmortales legisladores de Cádiz, los grandes héroes de la Independencia española, los gloriosos mártires de la libertad, que defendieron con abnegacion y patriotismo, condenados unos al suplicio, otros á la emigracion, á los presidios, sepultados en los calabozos, y despues de tantos años de sufrimientos, al volver al seno de la patria, elevados á la cumbre del poder: los que habian sido patricios constantes en sus ideas en la adversidad, no renegaron de ellas en la próspera fortuna, y, conservando el tesoro de su probidad, descendieron pobres al sepulcro, pero sus acrisoladas virtudes viven y vivirán eternamente en la memoria de los amantes del progreso humano, que no pueden olvidar los dignísimos ejemplos que nos han legado tan venerables varones.

Montesquieu estaba penetrado de la belleza semi-divina de las dos formas vivas de la sociedad política que ha descrito y formulado. El creia haber encontrado en estos gobiernos la *idea absoluta* de un gobierno político. El sintió lo general en lo particular; pero sin distinguir con cuidado esta fórmula tan general, se complació, al contrario, en confundir la una con la otra. Y el resultado ha sido que la Francia de Luis XIV ya no existe, porque ha sufrido una trasformacion profunda y la monarquía inglesa se regenera por el espíritu vital de la democracia moderna y del progreso humano.

Montesquieu habia hecho la censura de la monarquía de Luis XIV en sus *Cartas Persianas*. Su

ideal era el gobierno de Inglaterra y su teoría ha alcanzado el triunfo oficial en las monarquías constitucionales.

La invasión extranjera en Francia, después de la derrota de Waterloo, dió á este pueblo una imitación defectuosa de la Constitución de los ingleses. Luis XVIII escribió á estos últimos, que reconocía *deberles su corona*; es verdad que añadía, *después de Dios*, pero la opinión pública designaba á este príncipe como ateo.

Un profundo pensador calificó á la Constitución inglesa de ser la isla Santa Helena de la Francia.

Hemos expuesto cuál es la doctrina de Montesquieu. La Inglaterra es, en su juicio, lo absoluto, lo bello y lo bueno absoluto, pero esta apología del privilegio y del hecho que resalta en el capítulo *De la Constitución de Inglaterra*, dista mucho de ser justa y de encarnar el *ideal verdadero* de un gobierno fundado en los eternos principios de la justicia, de la igualdad y del derecho.

A pesar del génio del gran escritor y de sus grandiosos esfuerzos por deducir un verdadero principio del estudio comparado de las dos legislaciones, su obra es empírica, y no se elevó á la cima luminosa de la ciencia metafísica de la política.

La idea de Montesquieu había producido un fantasma de Constitución en el año 91 del siglo pasado, y no fué más vital la de 1814 y la de 1830.

Muy complicada y difícil es la elaboración de una obra política durable, porque es imposible que una idea sirva de principio á la política, si ella no puede mandar al mismo tiempo á la moral y á la ciencia; debe ser la ley misma de la vida, que explique la naturaleza esencial de la sociedad y la historia entera, que es esta sociedad realizada, y para alcanzar este fin, debe atender fundamentalmente á la naturaleza humana. La idea generadora de una Constitución adecuada á una gran evolución social, reside en las altas regiones de la inteligencia. El siglo XVIII había desdeñado la metafísica y se había extraviado en la psicología, debiendo haber abrazado estas dos ciencias, que son el principio generador de una buena constitución política. El espíritu humano se ha emancipado de todas las idolatrías y supersticiones del pasado. La historia, las revoluciones, los descubrimientos, atestiguan su grandeza. Descartes, Lutero, Voltaire, Colón y Galileo han abierto inmensos horizontes.

El espíritu del siglo XIX no reconoce más culto que la razón divina y la razón humana; *Dios y la libertad*.

EUSEBIO ASQUERINO.

### LA EXPLORACION DEL ÁFRICA.

El Africa es una parte del mundo á un mismo tiempo vieja y nueva. Es vieja, porque es mencionada en la historia desde la más remota antigüedad; es nueva, porque hasta el presente no ha prendido en ella la semilla de la civilización, tantas veces arrojada á su seno.

Allí se han descubierto señales que atestiguan el paso de las primeras emigraciones; allí, antes que despuntara el crepúsculo de las civilizaciones griega y romana, florecían ya reinos tan poderosos como el Egipto, donde la Biblia ha colocado algunas de sus escenas más tiernas, y cuya civilización ha quedado inmortalizada en ciclópeos monumentos, que han desafiado las injurias de cuarenta siglos; allí han existido naciones tan importantes como Etiopia y Numidia, y repúblicas tan florecientes como Cartago, reina de los mares y rival de Roma.

La Libia ha visto levantarse en su seno colonias griegas tan famosas como Cirene, y el Africa entera, si nos atenemos al testimonio de Herodoto, ha tenido que sufrir que los fenicios circunscribieran sus dilatadas costas con los derroteros de sus naves, á lanzarse á explorar mares ignotos.

Alejandro Magno deja allí, como huella de su paso, la ciudad que por su encargo traza el arquitecto Dinocra es, quedándose enriquecen los Ptolomeos, y que llega á ser con el tiempo la escuela universal de la Filosofía y á poseer la más célebre de las Bibliotecas.

Por el Africa han pasado los árabes como desbordado torrente, llevando en una mano el Korán y en otra la cimitarra y atravesando el Egipto, la Libia y la Mauritania, hasta encontrar por valla la inmensidad del Océano; por allí han pasado los ejércitos romanos; hasta ella llegaron las invasiones de los bárbaros y los invencibles tercios españoles, que el gran Carlos enviaba para exterminar los piratas.

Al pié de las célebres pirámides han dado sangrientas batallas las tropas de la República francesa, mandadas por el gran capitán del siglo; entre las ardientes arenas de los desiertos africanos, desaparecía el novelesco rey Don Sebastian.

Desde que Vasco de Gama saludaba en el siglo décimo quinto el Cabo de las Tormentas, apenas hay nación en Europa que no haya estampado su planta en el suelo africano.

La España circunda por el Noroeste sus costas con los presidios y establecimientos de Ceuta, Melilla, Peñón de la Gomera, Peñón de Velez, islas Chafarinas, Santa Cruz, Canarias y Fernando Póo; la Francia conquista Argel en 1830, y ocupa algunas islas vecinas á sus costas orientales; la bandera inglesa ondea en el Cabo de Buena Esperanza

za y en las costas de Mozambique; y los portugueses, holandeses é ingleses, se dividen casi exclusivamente el imperio de la Guinea y el Congo.

Puede decirse que el Africa ha estado en contacto con todas las antiguas civilizaciones, y se halla asediada por la de la Europa moderna, cuya marcha imponente y magestuosa puede contemplar á simple vista desde sus costas semi-salvajes.

A pesar de esto, el interior del Africa es todavía un misterio. La levadura que han depositado todos los pueblos y todos los tiempos, no ha fermentado. De la civilización de Egipto, apenas quedan más que venerables ruinas; Cartago fué un brillante y fugaz meteoro; los tesoros acumulados en la Biblioteca de Alejandría, fueron pasto de las hogueras encendidas por Omar.

El Africa se encuentra hoy en el mismo estado que en los tiempos primitivos.

Los escasos gérmenes de civilización que habían brotado en sus costas, han desaparecido al primer accidente; sus comunicaciones con el resto del mundo, son todavía un problema de remota solución; las fuentes del Nilo, el río más célebre de la antigüedad, continúan ignoradas (1).

El Africa sigue siendo una parte de la Tierra que no pertenece á la Tierra, habitada por una parte de la humanidad que nada tiene de comun con ella.

La Geografía busca en vano medios de llenar los inmensos vacíos en que la vista se pierde, al fijar una mirada sobre el mapa. Las líneas que parten de las costas para diseñar los ríos, las montañas, los lagos y otros accidentes y divisiones, se tornan indecisas al internarse, y luego se pierden completamente para dejar descarnado el esqueleto imaginario de los paralelos y meridianos.

Apénas uno que otro viajero temerario, como Mungo Parck y Livingstone, se atreve á penetrar en su interior á costa de peligros, privaciones y sufrimientos increíbles, para sucumbir en la demanda ó para referirnos después escenas que parecen fábulas inventadas para entretener las largas veladas del invierno, y descripciones que parecen fraguadas por imaginaciones calenturientas.

Las pocas noticias que tenemos son contradictorias, y las denominaciones diferentes y confusas; pero generalmente se admite que el interior del Africa está en estado salvaje, que reina allí un despotismo sangriento y repugnante, una ignorancia crasa, una superstición grosera, un embrutecimiento completo, y que para mayor degradación, la antropofagia forma estrecho consorcio con la esclavitud.

Las palabras *cafres* y *hotentotes*, nombres que se dan á algunas de las tribus que pueblan el Africa, han pasado á servir para designar en las lenguas europeas el colmo de la barbarie y el salvajismo.

La escasa civilización del Africa no ha pasado de sus costas.

El carácter de las poblaciones del litoral, es cambiar con facilidad, ser muy accesibles á todas las influencias extrañas. Por el contrario, el carácter de los pueblos situados en el interior de las tierras, es consistente y perseverante. Esos pueblos conservan su particular fisonomía, se identifican más consigo mismos, tienen, en una palabra, una vida más propia y un espíritu más independiente.

La civilización jamás ha penetrado en el interior del Africa, y he aquí el motivo que explica por qué no se ha mantenido en sus costas. No tenía base, no tenía consistencia, no tenía punto de apoyo.

Cuatro siglos hace que la América fué descubierta, y en este período relativamente corto, se ha transformado completamente. En sus inmensos ámbitos se levantan veinte naciones; cien opulentas ciudades, llenas de hermosos monumentos, cubren su suelo. Sus mares, ríos y lagos se hallan surcados por infinidad de naves, que transportan los productos de todos los climas; el comercio, la industria y la agricultura progresan rápidamente, y en fin, su cultura en todos sentidos hace creer con fundamento, que la América es la heredera inmediata de la cultura europea.

Original contraste ofrece con ella el Africa! Aquella, apenas descubierta, queda ya iniciada en los misterios de la civilización; y el Africa, con su antigüedad, sigue apartada del consorcio de las naciones.

¿Cuáles son las causas de este sorprendente fenómeno?

El Africa tiene una configuración especial. Sus costas, sumamente unidas, no forman ninguna entrada importante que facilite las comunicaciones con su interior. En Europa, en Asia, en América, tenemos mares que penetran en su seno, profundos golfos y caudalosos ríos que permiten la entrada de las naves, vehículos los más propios y adecuados para las comunicaciones y el comercio universal.

Fuera de esta causa puede además haber influido en el estacionamiento del Africa la circunstancia de encontrarse casi toda ella en la zona tórrida, pues sabidas son las consecuencias de la acción del clima en las aptitudes del hombre para el progreso.

A pesar de estos inconvenientes, ¿es posible resolver el problema de la civilización del Africa?

(1) Enrique Stanley pretende haberlas encontrado, pero este aserto necesita confirmación.

Los modernos tiempos han puesto en manos del hombre medios tan poderosos de transformación, que ningún pueblo puede resistirlos, por refractario que sea al progreso. No debemos olvidar que poseemos la imprenta, verdadera encarnación del pensamiento, y la electricidad y el vapor, que allanan todos los obstáculos, suprimen las distancias y salvan con brevedad los anchos piélagos que separan los continentes. El Brasil, las repúblicas de Centro-América, Venezuela, Colombia, Ecuador y nuestras Antillas, son ejemplos elocuentes de que el clima no impide que los pueblos puedan alcanzar un alto grado de civilización.

En realidad el siglo décimo nono no puede seguir así. El hombre debería abochornarse de no conocer todavía una gran porción del pequeño mundo que posee, cuando vemos que todos los días se remonta á escudriñar las regiones infinitas pobladas por los cueros celestes, á medir éstos, y hasta á sorprender los secretos de su composición, revelados por los espectros luminosos.

Todos los pueblos pagan y deben pagar su tributo á la civilización en beneficio común; la Rusia con sus pieles y sus trigos; la Inglaterra con su carbón de piedra y sus máquinas; los Estados Unidos con su algodón; la China con su seda y su té; la Arabia con su café y sus perfumes; la Italia con sus pastas, sus aceites y sus artes; el Brasil con su café, sus azúcares y sus diamantes; la India con sus perlas, su marfil y su especería; la Francia con sus bellos artefactos; las repúblicas del Plata con sus ganados; la España con sus espléndidos vinos, sus ricas frutas y sus minerales; y en ese mismo sentido, siguiendo la enumeración, hallaríamos que no hay país que no tenga su ofrenda que presentar en este nuevo altar consagrado al progreso de la humanidad.

La prosperidad del mundo y el bienestar de todos, se cifra en este cambio de productos y de servicios entre todos los pueblos que forman la familia humana. Cuando uno de ellos se sustrae á esta hermosa ley, desaparece un factor de la felicidad común y aparece un pueblo desgraciado.

Las naciones europeas han obligado á la China por la fuerza á abrir sus puertas al comercio extranjero, y sin embargo, hay una inmensa región, una parte entera del mundo sin explorar. Quizá innumerables riquezas existen ignoradas en el interior del Africa; quizá existen allí elementos suficientes para causar en el mundo un cambio de condiciones más grande que el que causó el descubrimiento de América; y todo esto lo tenemos aquí en las puertas mismas de nuestra casa, tropezamos con ello cuando salimos al umbral, y lo que es más singular, hemos pasado de esta manera las cuatro quintas partes del ponderado siglo décimo nono.

Es, pues, preciso, indispensable, levantar una cruzada enérgica en favor del pensamiento de explorar formalmente el Africa, trabajar por civilizarla, y hacerla entrar en el concierto de la especie humana, de la cual está divorciada.

El punto de vista en que España está colocada respecto del vasto pensamiento de la exploración y civilización del Africa, es asunto de muy serias meditaciones para un espíritu observador.

El Africa es nuestra inmediata vecina, y al alcance de todos está lo que nos importa tener buena vecindad.

Tal como hoy nos hallamos, podemos decir que tenemos los bárbaros sobre nuestras fronteras. Ellos dan refugio seguro á nuestros criminales, cometen continuas agresiones contra nuestras plazas, é impiden por aquel lado el desarrollo de nuestro comercio y la estabilidad de nuestras relaciones; de modo que tenemos que vivir siempre con el fusil al hombro.

No está muy lejos la fecha en que el Africa vomitaba innumerables hordas que, cual oleadas de un mar embravecido que rebosa sobre sus naturales diques, inundaba nuestra Península; ni está tampoco distante el tiempo en que las costas de Africa que miran á nuestras costas, no tenían más que nidos de piratas, los cuales, no contentos con saltar el comercio marítimo, asolaban nuestras costas, reducían á terrible servidumbre sus habitantes y abusaban de la debilidad de nuestras mujeres, que llevaban cautivas.

Del corazón del Africa salvaje parten las espesas nubes de insectos que se arrojan sobre nuestros campos y devoran con avidez nuestros sembrados.

Ténganlo presente el Gobierno y el país. No en vano nos criamos y nos desarrollamos junto á un continente salvaje. El contagio es peligroso y la influencia casi inevitable.

Este estado de cosas nos coloca en un rincón del mundo civilizado, y por lo tanto, fuera de las corrientes generales de las ideas, que constituyen el fondo y el alma de los tiempos modernos.

Debemos tomar, pues, una parte muy directa y activa, debemos hasta ser los iniciadores en todas las empresas que tiendan á sacar al Africa de su estado actual; y con esto cumpliremos un deber de humanidad y satisfaremos al propio tiempo un alto interés patriótico.

PEDRO ARNÓ.

En el próximo número daremos comienzo á la publicación del magnífico discurso pronunciado por el Sr. Castelar, en el solemne acto de su recepción en la Academia Española, documento importantísimo que está llamando la atención en todos los círculos de la capital.

**EJÉRCITOS PERMANENTES.**

Vivimos en el siglo XIX; enaltecese mucho la fraternidad universal; organízase *Congresos de la Paz*, y en todos los países civilizados en que hay Gobierno constituido, existe un ministerio de la Guerra.

Nada de consideraciones acerca de la guerra y sus horrores, de sus desastres y sus catástrofes.

Hablemos de la paz armada, de esa paz que se apoya sobre cimientos de metralla y muros de cartuchería y fusiles; de esa paz que pisa pavimentos forrados por filos de espadas, puntas de lanzas y bayonetas, hojas de yataganes y estratificaciones de balas de todos tamaños; de esa paz cuyo telegráfico arsenal, dá elementos que se llaman bombas, pilas que se dicen monitores y buques blindados, conductores que se conocen con el nombre de proyectiles cónicos de acero, torpedos, etc.

¿Para qué filosofar ante la evidencia?  
Los discursos huelgan aquí; guarismos y datos son lo que necesitamos conocer.

Allá van esos guarismos y esos datos, escudados por la autoridad de Mr. P. Larroque, consignados en su admirable libro «De la guerra y de los ejércitos permanentes;» premiado por el *Congreso de la Paz* de Lóndres.

Los trabajos hechos por Larroque, son ya viejos; son anteriores á la guerra de Crimea; datan de antes de 1855.

Rogamos á nuestros lectores los estudien con detencion, los lean sin prejuizar hechos; nada de pasión política, nada de fanatismos de escuela, de aspiraciones de partido; hablen los hechos, mudos, frios, pero terribles por su elocuencia, brutales por la dureza de sus enunciados, insensibles, incorruptibles, jueces silenciosos de las humanas locuras, fiscales enérgicos de fratricidios escandalosos.

Ante los datos que siguen á estas líneas, no es posible sostener en serio la representación de esa farsa, que se conoce con el nombre de gloria; esa iniquidad antipatriótica, que se llama equilibrio europeo; esa fratricida paradoja, que se dice honor nacional; ese satánico, sangriento absurdo, que se proclama en la frase, *necesidad de la guerra*.

No, una y mil veces no; el derecho de conquista no es derecho; el derecho de represalia no es derecho; el derecho de una familia sola no es derecho, cuando se apoya sobre el exterminio de multitud de familias.

En esa relación constan el personal y material militares de cada nación, presupuesto de Guerra; interés del improductivo dominio de toda propiedad militar; interés de la Deuda pública, originada por la guerra; suma correspondiente á la pérdida de trabajo de cada hombre en funciones de belicosa paz, es decir, el relieve, el esqueleto, lo árido, lo triste, lo positivamente feroz, del mantenimiento de los permanentes ejércitos.

La unidad monetaria adoptada por Larroque, es el franco; de modo que el lector se evita enojosas operaciones aritméticas, de antemano practicadas, en la reducción llevada á cabo por el autor.

Enojosa suele ser la lectura de abundantes guarismos; pero en el presente caso, aparece tristemente amena; la monotonía de los enunciados se descompone en la variedad de cifras:

**FRANCIA.**

*Personal y material.*

	Hombres.
Estados mayores.....	3.866
Gendarmería.....	22.589
Infantería.....	254.985
Caballería.....	61.187
Artillería.....	32.066
Ingenieros.....	9.290
Equipajes militares (parques en construcción, escuadrones de tren y compañías de obreros).....	5.071
Servicios administrativos (clero castrense, sanidad y administración militar).....	4.932
Veteranos.....	1.794
Legion extranjera argelina.....	6.110
Infantería indígena argelina.....	3.000
Caballería indígena argelina.....	3.560
Guardias de París.....	2.130
Reclutas incorporados en todo el año.....	50.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>460.580</b>

Treinta y seis plazas de primer órden; 150 cuarteles no fortificados; 4 escuelas militares; 49 hospitales militares; 13 almacenes generales; 2 parques de equipajes militares; 20 depósitos de remonta; 58 depósitos de forrajes; 3 fundiciones; 17 fábricas de pólvora y refineras de salitre

Constaba la marina de un personal efectivo de 57.725 hombres, que sumados con los que formaban el ejército de tierra, daban un total de 518.305 combatientes, con 29 navíos; 57 fragatas; 59 corbetas; 42 bricks; 6 brik-barcas; 35 buques ligeros; 71 avisos; 35 buques de transporte. Total 334, y además 5 puertos militares; 12 canteras, 1 fábrica de máquinas de vapor; 3 fundiciones, y también fraguas para el servicio de guerra.

	Francos.
PRESUPUESTO DE GUERRA.....	445.124.864
Interés del valor improductivo del dominio y material de guerra.....	168.417.412
Interés de la Deuda pública, originado por varias guerras.....	372.314.577
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de soldados y marineros.....	155.491.500
<b>TOTAL GENERAL.....</b>	<b>1.141.348.353</b>

**INGLATERRA.**

Treinta regimientos de caballería; 99 regimientos de infantería; 1 brigada de carabineros; 3 regimientos de las Indias Occidentales; 1 regimiento de carabineros de Ceylan; 1 regimiento de carabineros del Cabo; 1 regimiento de Santa Elena; compañías de veteranos; 1 regimiento de Malta; 1 batallón en Chatam; 1 depósito de caballería en Maidstone; 10 brigadas de artillería; 19 compañías de ingenieros,

Cuyas fuerzas daban un efectivo de hombres.....	123.629
Además una milicia de.....	60.000
(1) Ejército de la India, 160.000 cipayos, 120.000 auxiliares.....	280.000
Personal de marina.....	60.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>535.629</b>

Deducidos los 280.000 de la India y los 60.000 de milicia, daba el ejército inglés, sostenido por el Estado, un total de 183.629 hombres.

Once plazas fortificadas y varios fuertes; 11 prisiones militares; Academia real de Woolwich; 1 colegio militar; 1 asilo militar; 31 buques de vela de todas clases, de ellos 26 en construcción; 169 buques de vapor de todas clases, de ellos 11 en construcción, 18 arsenales; 3 hospitales de marina y 1 colegio naval.

De un presupuesto de 52.222.000 libras esterlinas, que reducido á francos, daba 1.316.794.081 francos, el ejército consumía en la época en que se tomaron estas cifras: la infantería y caballería 163.499.404; la marina, 147.476.382; artillería, 56.431.123; la guerra de los cafres, 7.563.000.

	Francos.
PRESUPUESTO DE GUERRA.....	374.969.909
Interés del valor improductivo, del dominio y material de guerra.....	120.000.000
Interés de la deuda pública originada por la guerra.....	693.319.946
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de los soldados del ejército de tierra y mar.....	91.814.500
<b>COSTE TOTAL DEL EJÉRCITO.....</b>	<b>1.280.104.358</b>

Esta suma es casi igual al presupuesto de la Gran Bretaña.

**AUSTRIA.**

Veintidos batallones de granaderos; 35 regimientos alemanes y polacos; 19 regimientos húngaros; 8 regimientos italianos; 14 regimientos de las fronteras; 1 de cazadores tirolenses; 25 batallones de cazadores; 2 batallones del cordón de la Buckowina; 2 batallones de czaikistas; 5 batallones de guarnición; 8 regimientos de coraceros; 7 regimientos de dragones; 12 regimientos de husares; 11 regimientos de hulanos; 2 escuadrones de dragones de Estado Mayor.

Además, artillería, ingenieros, administración y sanidad militar, etc.

Todas esas fuerzas dan un efectivo de hombres.....	300.000
Añádase á la anterior cifra la que arrojan las colonias militares de.....	200.000
Y por último; la milicia de Bohemia formada por.....	50.000
Así como la reserva ó landwehr de.....	22.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>572.000</b>

Compréndese en las anteriores cifra; el personal escaso de la austriaca marina.

Cuatro fragatas; 6 corbetas; 41 bricks; 5 goletas; 1 schooner; 10 vapores.

El presupuesto de ingresos era de 534.976.000 francos, de los que absorbía el ramo de Guerra las cantidades siguientes:

Ejército.....	312.000.000
Valor de las propiedades moviliarias é inmobiliarias afectas al servicio militar 2.000.000.000, cuyo interés á 4 por 100 es de.....	80.000.000
Deuda pública originada por la guerra, 2.973.827.480 francos, cuyo interés al 5 por 100 da.....	148.691.374
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 300.000 hombres, á 300 francos anuales por individuo.....	90.000.000
<b>TOTAL GENERAL.....</b>	<b>630.691.374</b>

**PRUSIA.**

*Personal y material.*

Cuarenta y dos regimientos de infantería; 38 idem de caballería; 9 brigadas de artillería; 9 compañías de ingenieros; 18 id. de inválidos; gendarmería; estados mayores y marina.

Total de hombres armados de ejército activo.....	150.000
Más la landwehr del 1.º y 2.º grado que comprendia.....	400.000
<b>TOTAL GENERAL.....</b>	<b>550.000</b>

Veintiocho plazas fuertes.

(1) Esta fuerza estaba sostenida por la compañía de los Indias.

Compréndese la fuerza efectiva de marina en la cifra general de gente armada.

Un vapor de guerra; 1 corbeta; 1 buque de transporte; 2 avisos; 3 vapores costeros; 36 lanchas cañoneras.

Del presupuesto de ingresos, importante la cantidad de 359.873.787 francos, consumen:

El ejército de tierra y de mar.....	108.276.339
Calculado el valor de toda clase de propiedad afecta al ramo de guerra en francos 2.000.000.000, el interés de esa cantidad á 4 por 100 redituaba.....	80.000.000
Ascendiendo la deuda pública ocasionada por la guerra, á 560.781.544 francos, importa el interés de esta deuda al 5 por 100.....	28.039.077
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 150.000 hombres á 300 francos por hombre.....	45.000.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>261.315.416</b>

**RUSIA.**

*Personal y material.*

Tropas de línea.....	Infantería.. 182.400	Caballería.. 43.200
Tropas de preferencia.....	Guardia... 80.000	Granaderos. 25.000
Colonias militares.....	Infantería.. 18.000	Caballería.. 7.200
Cuerpos locales.....	Ejército del Cáucaso..... 45.000	Cuartos batallones, quintos y sextos escuadrones de línea. 80.000
	Tropas irregulares..... 40.000	
<b>TOTAL.....</b>	<b>520.800</b>	

Personal de marina, comprendiendo marineros, artilleros y la infantería 42.000

Que sumados con el ejército de tierra, dan un contingente de 562.800 hombres.

Armada.—54 navíos; 48 fragatas; 40 corbetas bricks etc.; 34 vapores; 150 buques ligeros. Sostiene también 50 plazas fuertes; 26 escuelas militares ocupadas por 10.000 alumnos; 4 fábricas de armas; 5 fundiciones; 2 fábricas de pólvora; 2 fábricas de refinar; 4 arsenales; 32 hospitales militares; 2 canteras; 4 hospitales de marina.

De un presupuesto de ingresos, próximamente de 800.000.000 de francos, devoraba el de guerra las cantidades siguientes:

Ejército de tierra.....	148.500.000
Id. de mar.....	88.000.000
Calculando en 2.000.000.000 toda la propiedad asignada á guerra, el interés de esta suma á 4 por 100 dá.....	80.000.000
Interés á 5 por 100 de la deuda moscovita, producida por varias guerras, deuda que importaba 1.602.671.196 francos daba..	80.133.559
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 562.800 hombres, á razon de 200 francos anuales cada soldado.....	112.560.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>509.193.559</b>

**TURQUÍA.**

*Personal y Material.*

36 regimientos de infantería; hombres.....	100.800
24 id. de caballería.....	17.280
10 id. de artillería.....	13.000
2 id. de ingenieros.....	1.600
2 id. de cuerpos destacados.....	6.000
Reserva, próximamente.....	120.000
Contingentes auxiliares, cerca de.....	100.000
Tropas irregulares, próximamente.....	80.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>438.680</b>

*Marina.*

Infantería.....	4.000
Marineros.....	15.000
Los cuales unidos al ejército de tierra dan un contingente total de.....	457.680

La armada se compone de 16 navíos; 14 fragatas; 12 corbetas; 4 bricks; 8 vapores y 60 buques de varias clases.

Tiene Turquía 14 plazas fuertes y muchos puntos fortificados; 3 puertos militares y 3 arsenales.

Conocido el desórden administrativo, propio de un país despóticamente absolutista como Turquía, no extrañará á nadie, que siendo el presupuesto de ingresos de 200.000.000 de francos, absorba el ministerio de la Guerra, con todas sus consecuencias, las siguientes cifras:

Ejército de tierra y de mar.....	100.000.000
Rédito del valor de las propiedades afectas al servicio militar, cuyo valor se calculó en 1.000.000.000 de francos, á 4 por 100.	40.000.000
Se desconocía en absoluto la cifra exacta de la deuda de Turquía, enorme, por otra parte, en la época en que se hicieron estos cálculos.....	
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 457.680 hombres, calculando el producto del trabajo de cada hombre en 200 francos anuales.....	91.536.000
<b>TOTAL.....</b>	<b>231.536.000</b>

## GRECIA.

## Personal y material.

Infantería, hombres.....	10.000
Caballería.....	2.000
Guardias de corps.....	
Gendarmería.....	
Marina, próximamente.....	1.000
TOTAL.....	13.000

Una corbeta; 3 bricks; 2 gabarras; 25 barcos de varias clases y calados. Total 31.—Nueve plazas fuertes; 1 puesto militar.

Siendo el presupuesto de Grecia de 17.324.270 francos, importaban los gastos de guerra:

Ejército terrestre y marítimo.....	5.691.365
Tasada la propiedad de todo género afecta á guerra en 50.000.000 de francos, arrojaba al interés de un 4 por 100, la suma de....	2.000.000
Deuda pública á partir de la independencia de esta nación, por la guerra que sostuvo, para conseguir aquella, 78.300.000 francos, cuyo interés al 5 por 100 dá.....	3.915.000
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 13.000 hombres, calculando á 200 francos por hombre al año.....	2.600.000
TOTAL.....	14.206.365

## SUECIA.

## Personal y material.

Infantería y caballería de línea, ya en Suecia, ya en Noruega, hombres.....	22.000
Infantería y caballería de Indelta (especie de colonias militares).....	34.000
Landwehr de Noruega.....	9.000
TOTAL.....	65.000

Existía además en Suecia una reserva próximamente de 130.000 hombres.

Personal de marina, cerca de..... 15.000  
De los que 2.000 eran jefes y oficiales: unida esta cifra á la del ejército activo, daba..... 80.000

La armada constaba de 10 navíos; 10 fragatas; 12 bricks y corbetas; 11 schooners; 8 lanchas cañoneras; 26 trasportes, y además algunos cientos de lanchas, chalupas y otros barcos.

Sostenía también 11 plazas fuertes y 5 puertos militares.

Absorbía Guerra de un presupuesto de ingresos de 81.503.835 francos, las cantidades siguientes:

Ejército de mar y tierra.....	47.192.722
Calculando el valor de la propiedad total afecta al ramo de guerra en 500.000.000 de francos, el interés de esta suma es de....	20.000.000
Felizmente para Suecia y Noruega, en la época en que se tomaron estos datos, no existía deuda pública.....	0
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 80.000 hombres á 200 francos por individuo anualmente.....	16.000.000
TOTAL.....	83.192.722

## DINAMARCA.

## Personal y material.

Total cifra de ejército, hombres.....	25.000
Existe además una guardia nacional de cerca de 30.000 hombres.....	0
Personal de marina.....	5.000
TOTAL.....	30.000

Seis navíos; 7 fragatas; 12 corbetas, bricks y schooners; 72 lanchas cañoneras; 4 plazas fuertes; 1 puesto militar.

Presupuesto de ingresos, 42.747.194 francos, de los que consumen.

El ejército de tierra y de mar.....	11.738.400
El interés de 4 por 100 de 200 millones de francos que calcula vale la propiedad militar.....	8.000.000
El interés de 343.411.600 que importa la deuda causada por varias guerras á razon de 5 por 100.....	17.170.580
La suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 30.000 hombres, á 200 francos por individuo.....	6.000.000
TOTAL.....	42.908.980

## MANUEL PRIETO Y PRIETO.

(Concluirá en el próximo número.)

## UN PRÓLOGO DE UN LIBRO INÉDITO (1).

En el breve espacio que disponemos quisiéramos poder decir todo lo más interesante que se nos ocurre acerca de los *Estudios biográficos* del lord Macaulay, aquí coleccionados, y de

(1) Aparecerá este prólogo al frente de un volumen donde se hallan coleccionados algunos *Estudios biográficos* del célebre escritor inglés lord Macaulay. (N. de la R.)

los merecimientos de su traductor al castellano, nuestro buen amigo D. Mariano Juderías Bender; pero decir mucho en poco,—permítasenos la frase—es el secreto de los grandes escritores, y si nosotros presumiésemos que podíamos realizar nuestro ya indicado propósito, daríamos patente prueba de intolerable inmodestia. Habremos, pues, de contentarnos con decir poco, muy poco acerca del presente libro; puesto que corto, muy corto es el espacio que se nos concede para escribir en sus primeras páginas este brevísimo prólogo.

Comenzaremos afirmando, porque es una verdad que no necesita demostración, que el Sr. Juderías Bender presta un verdadero servicio traduciendo al español los escritos del insigne historiador Macaulay, y traduciéndolos en un lenguaje claro y castizo, tan distante de esa especie de *lengua franca* que usan muchos traductores, como de esa forma amanerada y arcaica con que algunos retóricos pretenden encubrir la vacuidad de sus pensamientos y lo vulgar de sus juicios. Dignas son las obras literarias de Macaulay de la buena suerte que les ha cabido al hallar en el Sr. Juderías Bender un traductor concienzudo é inteligente, que al presentarlas al público español ha conservado la clara exposición del pensamiento del autor, en el cual aparece como nota característica esa sagacidad profunda y práctica que distingue á los escritores británicos, así como la brillantez del ingenio y la idealidad metafísica, son respectivamente las dotes que más avaloran los escritos de los autores neo-latinos y germánicos.

Macaulay ha cultivado una de las ciencias que mayores progresos han alcanzado en la época en que ha vivido, en el presente siglo XIX. En efecto, la Historia, tal como hoy se comprende, es una ciencia novísima. Todas las religiones han encerrado en sus cosmogonías, á modo de una filosofía de la historia; á modo también, digámoslo así, de una historia de los tiempos, que hoy, con más ó menos propiedad, se llaman tiempos pre-históricos, y sólo dentro de los límites que consentían las creencias religiosas se movía el pensamiento del historiador, constituyendo estos límites, en algunas ocasiones, obstáculos insuperables, que vanamente procuraban vencer la crítica razonadora ó la atrevida incredulidad. El inmortal Vico no se equivocó, ciertamente, cuando, con más audacia que modestia, llamó *ciencia nueva* á su ensayo de filosofía de la historia, donde buscó las leyes generales del desenvolvimiento histórico de los pueblos y de las civilizaciones, no en las cosmogonías y revelaciones de la religión, sino en la observación de los hechos y en las decisiones de la crítica racional y discursivamente formuladas.

Aceptada en su sentido general la idea del gran pensador italiano, de que era posible deducir las leyes generales que regían en la sucesión de los acontecimientos que constituyen la variada trama de la historia de la humanidad; exajerada después esta tendencia, hasta el punto de llegar á sostenerse, que era posible construir *á priori* la historia de este sublimar planeta en que vivimos, y aun de la creación entera, deduciéndola de la realidad absoluta que se halla presente en el fondo de la conciencia humana, apareció como necesaria protesta la afirmación de que la filosofía de la historia era un sueño de imaginaciones calenturientas, y de que las causas pequeñas eran el origen frecuente de los más grandes acontecimientos.

La verdad es, que los inventores de sistemas histórico-filosóficos y sus naturales adversarios, los infatigables eruditos, los críticos al por menor y los pensadores empíricos, han contribuido por igual al progreso en que hoy se halla la ciencia de la historia. Y era lógico que así aconteciera. ¿Qué es la idea sin el hecho? Bella y nacarada nube que desapaerece arrastrada por el más ténue impulso de la poderosa realidad. ¿Qué es el hecho sin la idea? Informe trozo de piedra que aguarda la idea del escultor que ha de trasformarlo en estatua, en obra de arte; ó el pensamiento del arquitecto, que lo coloque como cimiento en el edificio que ha de levantarse con arreglo á principios y teorías científicas de racional evidencia. Necesario es el mármol para esculpir la estatua, y necesario es el conocimiento de los hechos para dar base á las ideas exactas que se hallan en las varias teorías que se han producido referentes á las más altas especulaciones de la ciencia de la historia, y bajo este punto de vista los escritores que, como lord Macaulay, son bastante filósofos para no menospreciar la investigación de los fundamentos esenciales de los actos humanos, y bastante sesudos para no perderse en las vagas regiones de abstractas idealidades, son los que mejor han servido y sirven para alcanzar exacto conocimiento de la verdad en los hechos producidos por la actividad de los seres humanos.

Sin embargo, fuerza es confesar que los juicios de Macaulay más son analíticos que sintéticos, pero quizá, y sin quizá, en el estado actual de la razon humana, sólo cabe el estudio fragmentario de los hechos,—si vale la frase,—y preciso es aguardar á que, pasado el fragor de la batalla intelectual que libran en este lámpo de siglos que comienza en el Renacimiento, y aún no ha terminado, religiosos y filósofos; creencias de lo pasado, y esperanzas en lo porvenir; idealismos que tocan en la locura, y materialismos rayanos en la grosería; preciso es aguardar á que, pasada esta tremenda batalla, otras generaciones, más felices que la nuestra, lleguen á alcanzar la fe en el soberano bien, ó el conocimiento de la unidad, que funda y rige su interior variedad,—como dicen los krausistas,—pero, hoy por hoy, la divisibilidad de las opiniones humanas llega hasta lo increíble, y puede decirse, con poca exageración, que, en materias de filosofía ó de política, que son las de mayor aplicación al trato y comercio social, cada escritor, y aún cada hombre, sólo se halla de acuerdo consigo mismo, y aún esto no siempre.

Sin duda alguna, conocedor lord Macaulay de la anarquía intelectual de la época en que escribe, limitase por lo general á exponer opiniones y puntos de vista más prácticos que teóricos, y fijando su atención en lo que considera justo y verdadero, ama la libertad como fervoroso *wigh* y condena el espíritu del catolicismo como nacido en el seno del protestantismo; pero ni su amor á la libertad le lleva hasta el extremo de aprobar los extravijs de la revolucion francesa, ni sus creencias religiosas le impiden reconocer los servicios que en ocasiones ha prestado el Pontífice romano á la causa de la civilización y del progreso de la humanidad.

De buen grado confirmaríamos, con el examen detenido

de las biografías de lord Chathan, William Pitt, Mirabeau y Barère, en el presente volumen contenidas, los juicios acerca de los merecimientos literarios de su autor, que de exponer acabamos; pero la tarea, aunque gustosa para nosotros, sería larga; y este prólogo excedería de los límites en que precisamente ha de encerrarse. Sin embargo, no dejaremos la pluma sin llamar la atención de los lectores de este libro, sobre la serenidad constante que domina en todas las apreciaciones de lord Macaulay; serenidad de juicio que no se perturba ni en los momentos en que aplaude las palabras ó los actos de Mirabeau ó de Pitt, ni en aquellos otros en que severamente censura el rebajamiento moral del terrorista Barère.

Leyendo los escritos históricos de lord Macaulay, y comparándolos con otros muchos del mismo género, se comprende cuánta exactitud encierra aquella máxima del conde de Ségur, que, traducida literalmente al castellano, dice así: «Muchos son los que leen y escriben acerca de la historia; pocos son los que leen y escriben historia.» El autor de los *Estudios biográficos*, en este volumen comprendidos, es uno de esos pocos que saben escribir verdadera historia.

LUIS VIDART.

## PUNTOS DE VISTA.

## I

No están todas las sepulturas en los cementerios, ni son los cadáveres los únicos que se entierran.

Tolo lo que desaparece muere y todo lo que se olvida se sepulta.

Hay en la lengua un abismo donde enterramos los más tiernos afectos de la vida; es la fosa común donde sepultamos nosotros mismos nuestros más vivos sentimientos.

Comparemos por un momento el día de la boda y el día de la muerte. Esto es, el día de la union eterna y el día de la separacion también eterna.

Preguntad al esposo en el momento en que la bendición del cielo acaba de santificar el amor de la tierra, y os dirá:

«¿Cuánto la quiero!»

Poco despues llega la muerte con paso silencioso y boca muda y señala con su dedo invisible la víctima que ha de arrastrar al sepulcro; y la víctima es aquella que pocos días antes inclinaba la cabeza sometiéndose cariñosamente al dulce yugo de una union eterna.

La vida ha desaparecido como la llama de una luz que el viento apaga.

Allí está el cadáver que conserva todavía el último calor de la vida; aún se dibujan en sus labios entreabiertos los contornos fugitivos de la última sonrisa; bajo los párpados caídos parece que todavía brilla el resplandor de la última mirada.

Preguntad en este momento solemne de eterna despedida al esposo desolado y os contestará:

«¿Cuánto la quería!»

¿Por qué ¡oh misterioso lenguaje de los humanos sentimientos! no puede decir ya: cuánto la quiero?

Existe en la naturaleza un hecho constante nunca desmentido en las sucesivas generaciones de sus variados linages.

Consiste el hecho en la perseverancia con que cada especie se obstina en no reproducir más que á sus semejantes.

Esta es la ley de la naturaleza. En el orden de los sucesos humanos bien se puede decir que esa misma ley es la ley de la Historia.

Las ideas vienen á ser las simientes cuyos frutos son los hechos; así es que, sembrando errores, sólo se pueden recoger catástrofes.

El mundo actual se encuentra bajo la acción inexorable de esa ley impuesta lo mismo á la naturaleza que á la Historia.

Si, en efecto, por el fruto se conoce el árbol, por el orden de los hechos que nos agitan y nos amenazan debemos inferir el orden de ideas que nos domina.

El trastorno en los acontecimientos nace siempre del trastorno de las inteligencias, porque es imposible que nadie se vuelva loco sin perder el juicio.

Detrás de todos los refinamientos están siempre todas las barbaries, porque no se puede obligar al fuego á que no incendie, al rayo á que no destruya, al huracán á que no arrase, á la corrupción á que no corrompa.

No nos damos cuenta de las inquietudes que nos asaltan, de la ansiedad con que vivimos, de la interinidad á que están condenadas todas las cosas que nos rodean y que nosotros mismos hemos creado, precisamente cuando parece que el hombre ha entrado en plena, permanente y pacífica posesion de todas las felicidades de la tierra.

Nosotros no acertamos á compaginar este absurdo enlace de las cosas.

Si todo está hecho para que se realice nuestra común felicidad ¿de dónde nacen tantas catástrofes, tantos desastres y tantas tribulaciones?

Los acontecimientos, más lógicos que los hombres, siguiendo docilmente el impulso de los errores que los enjendran, se enlazan entre sí con precisión rigorosa.

La lógica que los guía es la ley de la Historia.

No acierto á explicarme por qué las épocas en que se pronuncian más discursos han de ser por lo común las épocas en que menos se discurre.

El fenómeno salta á la vista: de un lado tenemos que se habla por los codos, y de otro nos encontramos con que todo lo que se hace parece hecho con los piés.

Por una parte el concierto de la elocuencia, por otra parte el desconcierto de todas las cosas.

No sé en qué misteriosa balanza se pesan las palabras y las obras, pero es el caso que en la misma proporción en que sube el platillo de la palabra baja el platillo de los hechos.

Asistid á cualquiera de los continuos concursos de oradores que la política nos ofrece, ya en el Senado, ya en el Congreso, y despues de una sesión más ó ménos borrascosa, saldreis de allí arqueando las cejas y exclamando:

—¡Bien!.. ¡Muy bien!

Pues descendid por un momento de las altas regiones en que se fraguan los rayos de la palabra: bajad, digámoslo así, á la tierra en que vivimos los simples mortales: poned el dedo en la llaga que de alto á bajo por todas partes presenta la realidad de las cosas, y huireis á esconderos en el último rincón de vuestra casa, y llevándoos las manos á la cabeza, repetireis muchas veces:

—¡Mal!.. ¡Muy mal!

Saco por consecuencia, que tener el talento en la punta de la lengua casi equivale á no tenerlo en ninguna parte.

En la antigua Grecia, se pensó alguna vez muy formalmente en coronar de flores á los filósofos y arrojarlos de la república.

Nosotros hemos decidido otra cosa: hemos resuelto legar á la posteridad las ruinas de todo lo existente coronadas de flores retóricas.

Los sofistas fueron los grandes hombres del bajo imperio.

El hombre embellece todo lo que ama y diviniza todo lo que cree. Pues bien, á pesar de que la ciencia novísima nos ha declarado nada ménos que dioses, todavía no nos hemos decidido á creerlo, en razón á que no encontramos manera de divinizarlos.

Cualquiera que sea la estension del poder que nos hemos apropiado, es lo cierto que, por ahora al ménos, no nos es posible arrodillarnos delante de nosotros mismos para tributarnos el homenaje de nuestra propia adoración, y en cuanto á reconocer en los demás el privilegio de esta deificación, la cosa ha llegado un poco tarde, pues nunca ha tenido el hombre peor concepto del hombre.

Sea lo que quiera, ello es que no somos unos dioses empíricos creados por la casualidad, no; el hombre-dios no es un quidam divino, no es el hombre (alias) dios, sino la ciencia humana elevada á divinidad por su propia y particular sabiduría.

Le debe á la naturaleza el ser hombre; perfectamente, pero el ser dios se lo debe á sí mismo.

Mas hé aquí un dios que nace llorando, que vive gimiendo, que enferma, que envejece, que muere, que tiene hambre, que tiene sed, que tiene sueño; que su propia divinidad le debe ser tan insostenible, que desde que es dios no alcanza un momento de reposo, y á dos ménos tres se desespera, enloquece y se suicida, como el último, como el más desdichado de los mortales.

Neron se hizo tributar honores divinos; Calígula se hizo Júpiter, y paseaba las calles de Roma en un carro que, en medio de ardientes relámpagos, tronaba lo mismo que las tempestades. Nosotros hemos perfeccionado el género: nos dejamos en libertad de que cada uno se rinda á sí propio el culto que más gracia le haga, y una vez dioses, nos hemos constituido en tempestad permanente. Todo truena entre nosotros, los tronos, los Bancos, los pueblos... Somos un trueno continuo. Difícilmente se encontrará en la historia de los hombres una dinastía de dioses más tronada.

Deduzcamos la última consecuencia. Aquí en la confianza de nuestra intimidad olímpica, todo podemos decirlo:

El hombre-dios no es, en resumen, mas que un pobre diablo.

Nihilismo en Rusia, socialismo en Alemania, comunismo en Francia... Digan lo que quieran los espíritus apocados, la perspectiva no puede ser más risueña. Eso sí, parece que se nos acerca el término del camino, porque despues del nihilismo, del socialismo y del comunismo no hay más allá; quieras que no quieras se ha pronunciado la última palabra, se ha agotado el furor de las innovaciones y la manía de los ideales; pero el último acto del drama debe ser siempre el más interesante. El nudo se aprieta más cada día... ¿quién lo desata? Se han sembrado las semillas, la tierra era fértil y hé ahí los hechos.

No sé qué diferencias pueden separar á esas tres fracciones del último pensamiento; pero existiendo entre ellas la homogeneidad del mismo fin, son quebrados de una misma unidad que tienen su comun denominador: la Internacional.

Muy bien; pero, ¿qué es esto?

Es la cosa más natural del mundo: una testamentaria ante la que se presenta un concurso de acredores.

¿Quién ha muerto?

Ha muerto la conciencia.

¿Y á esos acredores qué se les debe?

Todo, puesto que todo se les ha prometido y todo lo quieren.

¿Y cuáles son los títulos de su derecho?

Sus derechos son los de la pared que se desploma

so pretexto de que se han socavado los cimientos; el terrible derecho de la consecuencia que se desprende del principio; el derecho con que el fuego quema, el rayo aniquila, el huracán arrasa y la corrupción corrompe. Su título es la fuerza.

¿Qué piden?

Piden la herencia del mundo.

¿Qué son, pues?

Son nuestros presuntos herederos; más aun, nuestros herederos inmediatos; más todavía, nuestros herederos forzosos.

J. SELGAS.

## LOS MINNESANGER.

(Los cantores alemanes del amor).

La Edad Media y la Caballería son casi una misma cosa. La Caballería alemana que tenía por modelo á la francesa, sobre todo cuando el rey Enrique III se casó en 1043 en Ingelheim con Inés de Poitiers, se hizo la representante de la cultura internacional. Ya en el siglo XI la sociedad caballeresca que se agrupaba en torno del Emperador y de los príncipes, era la buena sociedad, el foco de los intereses estéticos y el público á que se dirigían los poetas. Ya en el siglo XI empezaban los caballeros á acompañar la danza con su música, pero los que eran los representantes de la idealidad no comenzaron á cultivar la poesía antes de la segunda mitad del siglo XII.

La flor más galana y aromática de la Edad Media germánica es el *Minnesang*, la poesía del amor, el canto de la primera juventud de nuestro pueblo, aquel canto tan hermoso y encantador como las flores de Mayo, tan melodioso como el trino de los ruiseñores, tan dulce como destello de luna, tan suave como el alba, tan brillante como rayo alegre de sol de primavera. El amor que se hizo ya el alma de la poesía de *Enrique de Veldeke*, el autor de la *Eneida*, engendró en el siglo XII aquella poesía delicada, soñadora, dulce, entrañable, pura y profunda, la *Minnepoesie* que podrían envidiarnos todas las naciones de la tierra: sólo el pueblo alemán posee la palabra *Minne*; esa joya de nuestra lengua, que quiere decir, aún más que amor, significando el pensar ansioso en la amada, el dulce recordar de la mujer adorada cuyo nombre el amante ni siquiera se atreve á pronunciar. Sólo el pueblo alemán posee aquella poesía, á la par juvenil y femenina, que se llama *Minnesang*, encantándonos con su esplendor tranquilo como reflejo de un amor que no es turbulento, sino piadoso, puro y confiado, abriéndose despacio como la concha, pero ofreciendo la perla genuina de la fé, que dura más allá de la tumba.

Sólo el pueblo alemán posee aquella poesía de un amor que es fiel, porque no puede ser otra cosa, aquella poesía cuyos rasgos distintivos son el anhelo y la esperanza, la modestia y la reserva; aquella poesía caballeresca, nacida por el culto de la mujer que hizo sumergirse á los caballeros, tanto en la esencia del objeto de su amor que ésta se hizo la suya, reflejando el *Minnesang* los dulces y entrañables sentimientos de la mujer alemana, en que Tácito encomiaba ya lo *sanctum et providum*, y en que Walther Von der Vogelweide elogia el caudor diciendo: «Quien busca el amor puro, ha de encontrarlo en nuestro país.»

¿Cuánto dista de nuestro sentido *Minnesang* la fisonomía de la poesía apasionada y varonil de los trovadores, la poesía de los celos y de los innumerables conflictos de la vida amorosa! Pero el *Minnesang* era sólo la flor de un día, pareciéndose á aquel bellísimo cuento de las hermosas flores de la floresta de que el cura Lamprecht habla en su *Canto de Alejandro*. Jamás el idioma alemán será más sonoro que entonces, y no obstante el amor ilimitado que profeso á la lengua inmortal del Romancero, diré con el distinguido crítico Vilmar, que quizá jamás se han cantado poesías en un idioma más melodioso que el alemán de la primera mitad del siglo XII, cuando se cantaban en el círculo brillante de nobles mujeres aquellas poesías que hicieron el mismo efecto que las cadencias de la alondra y los trinos del ruiseñor, teniendo cada uno de estos cantores del amor, su tono fundamental.

Consisten sus estrofas en dos partes iguales llamadas *Stollen*, á las cuales sigue el *Abgesang*, la tercera parte de la composición, que es más estensa que las dos partes anteriores.

Respecto al número y á la estension de los renglones y al orden de las rimas, hay la mayor libertad y variedad, de modo que aquellas poesías son puras como los sonidos de la naturaleza, y libres como los cantos de las aves.

Los cantos del amor los cultivaban los cantores caballerescos de los siglos XII y XIII, cuya vida llenaba tres cultos: el de Dios, el de su señor y el de la mujer adorada. El canto del amor, que no se trasladaba al papel, sino que se cantaba, pareciéndose en este punto á la poesía popular, y se guardaba por la tradición oral del canto vivo, era un arte áulico que se cultivaba en los castillos de los nobles, pulsando la lira hasta los reyes y príncipes, como Enrique VI y el desventurado Conrado, el rey Wenceslao de Bohemia, los duques Enrique de Breslau, Juan de Brabante y Enrique I de Anhalt; y á los cantores del amor, á los Wolfram de Eschenbach y Walther Von der Vogelweide, los acechaba la santa Isabel, aquella princesa peregrina cuyo corazón se elevaba desde el amor terreno al amor celestial, y en cuya tumba

se ha levantado como canto de piedra, como triunfo del amor de Dios, un templo á la par grandioso y encantador que está hablando todavía de las maravillas de aquel tiempo, haciéndonos oír en la armonía de sus arcos y columnas, los ecos modulados de inefable dulzura de los cantos que entonces se cantaron como expresión del anhelo terreno y de la ánsia hacia el cielo.

Constituye el centro del *Minnesang* el amor, empezando de ordinario el canto con una breve descripción del verano, que hace cantar á los pájaros y brotar á las flores, ó con una pintura del triste invierno, pasando despues á la semejanza, ó á la diversidad entre la naturaleza y los sentimientos del cantor. A veces levántase el afecto hasta la adoración de la mujer, como si fuese una santa: el aroma que ésta respira encanta al poeta, haciéndole envidiar hasta el trébol por haberlo hollado su pié. Pero entre los cantos de los *Minnesanger* figuran también alabanzas del amor celestial, himnos á la Virgen, cantos delicados á las Cruzadas y á la contemplación piadosa de la sabiduría divina y de las obras del Señor, mientras otros cantan la vanidad de la vida temporal, ó pintan la situación del Imperio alemán y de la Iglesia, del Emperador y de sus vasallos y del Papa y de los clérigos.

Con letras de oro deberían escribirse los nombres de los cantores del amor; pero sólo los de dos, Walther Von der Vogelweide y Wolfram de Eschenbach, los guarda la *Walhalla* del Rey de Baviera, mientras el número de los de que se han conservado canciones se eleva á ciento sesenta.

En todas las naciones sigue el canto épico, que celebra las hazañas del pueblo entero y que brota de los labios de este mismo, la poesía lírica, que en vez de las hazañas canta los sentimientos, las penas y alegrías del corazón, siendo poesía popular cuando canta los sentimientos de todos, y poesía artística cuando canta los de un sólo poeta. Poesía artística es también el *Minnesang* de los alemanes, el canto dedicado á ese ensueño dorado que suele absorber toda la juventud.

El canto de los que evaporaban el aroma de su alma á los piés de una mujer, saturándola de amor, empezó á florecer en Alemania por los años de 1180 con el cantor caballeresco *Enrique de Veldeke*, cuya *Eneida* busca lo poético en el mundo del corazón, en el afecto, en lo que han llamado «el egoísmo de dos», siendo algunas partes de su poema *Minnelede* (cantos eróticos) en medio de la epopeya. Faltaba la *Minne* (el amor) al *Canto de Roldan*; en cambio se mostraba ya en el *Rey Rother*, que continuaba las tendencias de *Waltherius* y de *Ruodlieb* (1).

Anteriores á Enrique de Veldeke, cuyo lenguaje es sonoro y robusto, fueron el Sr. de *Kürenberg*, que usaba la estrofa popular de los *Nibelungos*, y *Dietmar de Eist*, cuyas estrofas tienen, como las del *Kürenberger*, rasgos heroicos junto á las imágenes más delicadas de la poesía áulica.

Como sucesor de Enrique de Veldeke mencionaremos á *Federico de Hausen*, que no fué sólo cantor del amor, sino héroe, distinguiéndose por una severidad moral aquellos cantos en que, luchando entre el amor y el deber caballeresco, cede á éste. En los viejos manuscritos que contienen los cantos del amor encuéntrase el retrato de Federico de Hausen, el cruzado y heroico compañero de Federico I, en una actitud verdaderamente poética y correspondiente á su vida caballeresca: está en la nave que le conduce á la Tierra Santa, arrojando á la mar una hoja como saludo de amor á su querida, de la que está ausente, y á la cual no debía ver más, pues murió en 1190 en la batalla de Filomeno, siendo llorado por todo el ejército, que en vez de celebrar aquella batalla gloriosa como triunfo, la llamaba fatal, á causa de la muerte de tan querido héroe y cantor.

Pero el príncipe de los *Minnesanger* es, sin contradicción alguna, aquel para quien el mundo de la poesía no concluyó con el amor, no se marchitó con la rosa, no enmudeció con el ruiseñor; aquel cuyo númen poético pugnaba por salir á los labios en borbotones de grandes ideas encerradas en magníficas palabras, *Walther Von der Vogelweide*, á quien dedicaré un capítulo especial, así como á *Wolfram de Eschenbach*, *Hartmann Von der Aue* y *Godofredo de Strasburgo*.

Mencionaremos además al hijo de Federico I, *Enrique VI*, de quien han llegado á nosotros dos cantos tiernísimos, que contrastan con la crueldad que demostraba el cantor en Nápoles y Sicilia.

Dos cantos se han conservado también del joven *Conradino*, de los cuales el uno figura entre

(1) El *Ruodlieb* es la más antigua novela de la literatura europea, la primera novela caballeresca de la literatura universal. Con ella, que nació en el siglo XI, empieza la serie de novelas que, continuándose sin interrupción alguna hasta el *Quijote*, revivieron bajo Wieland.

Los predecesores de los clásicos de la Caballería eran poetas eclesiásticos, y tal fué también el autor de *Ruodlieb*, que escribió en latín. No hay en su novela una cumplida objetividad; en cambio una gran copia épica, y la vida particular y pública se manifiestan en cuadros riquísimos. Ya se muestra un sentimiento estético de la majestad de la mujer; eso lo prueban las imágenes que usa el vate cuando dice: «Una mujer que se encuentra en la flor de su juventud se parece á la luna brillante.» Ya aparece la piedad, que no se encontraba en el siglo X. Basta la victoria, y el que fué león en la batalla es cordero en la venganza. El *Ruodlieb* pinta la historia de un desterrado, siendo el interés elegiaco que se tomaba en un héroe expatriado una herencia de los tiempos merovingios.

los más delicados, recordando la corta edad del cantor, que cuando joven murió en el cadalso después de un sueño tan breve de fortuna.

Distínguese el cruzado y cantor *Reinmar el Viejo*, que vivió en la corte del duque Leopoldo I de Austria, y participó de la Cruzada de 1190, por su sentimiento, siendo la mayor parte de sus cantos diálogos entre su mensajero y su mujer amada. La muerte de *Reinmar* la lloraron poetas tan eminentes como *Walther Von der Vogelweide* y *Godofredo de Strasburgo*. Merece grandes elogios también *Enrique de Morungen*, a quien sobrepujan sólo pocos sucesores, pero ningún antecesor, encantándonos sus bellas y poéticas imágenes y sus notas entrañables. ¡Cuán llenos de júbilo son sus cantos al paladear el cantor el máximo de las delicias, al verse recompensado por el afecto de su amada! Entonces su alma es tan rica de alegría como si tuviese alas.

Mencionaríamos también al cantor inspirado del amor divino, el modesto bardo *Spervogel el Viejo*, cuyas poesías tienen un rasgo didáctico, mientras otro poeta, el caballero bávaro *Neidhart de Reuenthal*, que vivió en la corte de Federico el Batallador de Austria, y fué enterrado en la catedral de San Esteban en Viena, donde se ve todavía su piedra sepulcral, pasaba de los cantos en obsequio del Mayo, del amor y de las hermosas mujeres, á la pintura de la vida campestre, de los bailes de los aldeanos y de la vanidad de éstos, que se manifestaba en sus trajes lujosos; en fin, á la pintura vigorosa de la grosera realidad. Los cantos de *Neidhart*, que se imprimieron en Alemania todavía en los siglos xv y xvi, inspirando á *Fischart* y proporcionando á su autor el apodo de segundo *Eulenspiegel*, son en gran parte cantos burlescos y satíricos, escritos para vengarse de los aldeanos que le habían dado un chasco en las fiestas campestres, y para deleitar á los círculos áulicos.

Como sucesor de *Neidhart* aparece *Tannhäuser*, que floreció desde los años 1235 á 1270, pasando una temporada en Viena en la corte del último de los Babenbergos, el duque Federico el Batallador, que murió la muerte de los héroes, en 1246, en la lucha con el rey *Bela de Hungría*.—*Tannhäuser*, que perteneció probablemente á la estirpe de los *Tannhausen*, que floreciendo en Baviera y Austria, alcanzaron antes de espirar en el siglo xvii la corona condal, era un poeta amable, aunque liviano, un hombre inquieto y vagante, que tanto más bebía y amaba cuanto que sus condiciones desmejoraban, y á quien más dulce parecía el vino cuando no lo pagaba. Este representante más inspirado del fervor erótico, que durante tanto tiempo había caminado en la senda de los gozos terrenales, y que pinta con la mayor satisfacción las horas pastoriles que pasaba á la sombra de la floresta, deleitándonos con la descripción detallada de los encantos de su querida *Kunigunda*, pero que concluyó escribiendo una poesía que da testimonio de su penitencia, se hizo el héroe favorito del mito alemán, siendo cantado por las canciones populares aún á principios del siglo xvi. Sabido es que *Ricardo Wagner* le poetizó en el libreto de una de sus más populares óperas.

La decadencia del *Minnegesang*, en que la vida de fantasía del amor se compuso del aroma de Mayo, del esplendor de las flores, de esperanza tranquila y de dulce anhelo, la marcan la poesía y la vida del caballero poeta *Ulrico de Lichtenstein*, que por su idealismo, bastante cándido, merecía ser llamado el prototipo del caballero inmortal de la Mancha. No diríamos que *Cervantes*, al escribir su novela, haya pensado en las locuras del hidalgo alemán; pero del mismo modo que en Alemania se conocieron los cantos de *Roldan* y de los trovadores provenzales, un español hubiera podido verter á su idioma los libros del excéntrico *Ulrico de Lichtenstein*, que demuestran hasta qué grado pudiera extenderse la locura humana.

El antepasado de los que hoy son príncipes de *Lichtenstein*, el caballero *Ulrico*, que nació en Estiria á fines del siglo xii y tenía un castillo á orillas del *Mur*, escribió en verso las aventuras de su vida en un libro titulado *El Culto de la mujer*. Dijo «escribió», y he de corregirme diciendo «dictó», pues el que inmortalizó sus locuras, poniéndolas en verso, no sabía escribir ni leer. Hé aquí un resumen de su libro, en que están entrelazados numerosos cantos de amor y cartas eróticas, llamadas en alemán *Büchlein*. Habiendo sabido ya cuando niño que el deber de un caballero consiste en consagrar su vida á una dama, eligió por señora suya, cuando contaba sólo doce años, á una princesa, que fué probablemente *Inés de Meran*, y entrando á su servicio como paje, la amaba tanto, que bebía el agua que ella había derramado sobre sus blancas manos. Después de haber aprendido durante cinco años el servicio caballeresco, á saber, el cabalgar y el tornear, pero no el escribir, pues había de tener en su servicio un secretario á quien dictase sus poesías y que le leyese las cartas que recibía, fué en 1223 armado caballero en la corte de *Leopoldo el Glorioso*, prometiéndose después dedicarse perpetuamente á obras caballerescas en obsequio de su señora la princesa.

Pero ésta, en vez de aceptar sus homenajes, le hizo saber que sus labios, es decir, los de *Ulrico*, no merecían un ósculo de amor, pues el inferior era sumamente grueso. ¿Qué hace, pues, nuestro caballero? Sale para Praga, va á casa de un cirujano y se manda cortar parte del labio inferior hasta igualarlo con el superior, sufriendo tan dolorosa

operación sin exhalar un ¡ay!, sin inmutarse; todo por el quimérico amor de su señora. Al verle ésta después de tan estrafalaria ocurrencia, desfigurado el semblante y con dificultad para hablar, no pudo contener la risa y despidió en son de mofa á su pobre caballero. No desmayó por esto el antecesor de *Don Quijote*, y salió á recorrer países y á romper lanzas en honor de su dama. En una de sus muchas aventuras recibió una pequeña herida en la mano izquierda, desgracia que ponderó á la princesa, haciéndola saber que por ella había perdido un dedo; pero enterada la cruel *Circe* de que el dedo había sido solamente herido y no mutilado, escribió al caballero andante llamándole falsario, quien hizo acto continuo el pequeño sacrificio de cortarse el dedo, mandándose con un volumen de sus poesías, como comprobante de sus locuras. Asombrada la princesa al recibir tan extraño presente, exclamó: «¿Qué es esto! ¿puede esperarse semejante cosa de quien tenga cabales los cinco sentidos?»

Todavía el caballero enamorado prosiguió en sus locuras por alcanzar el favor de su dama, y vistiéndose de mujer, como si fuese la misma *Vénus*, reta en nombre de esta diosa griega á los caballeros de *Lombardía*, *Friul*, *Carintia*, *Estiria*, *Austria* y *Bohemia* á tornear con él, imponiéndoles la condición de que quien fuese derribado por la diosa *Vénus*, es decir, por él mismo, había de inclinarse hacia todas las direcciones del viento en obsequio de la princesa. Lo extraño es que el héroe de tan fantásticas aventuras estaba casado, y que en medio de sus expediciones visitó á su mujer, *Berta de Weitzenstein*, de la cual tenía hijos, y á quien, según él mismo dice, amaba mucho, aunque tenía por señora á la princesa, que asimismo estaba casada. Esta continuó burlándose tanto de él, que al fin el desdichado, después de haberla servido durante trece años, la abandonó por ingrata; pero si se curó de una locura, no lo fué de todas, pues luego eligió otra señora, y como el rey *Artus*, emprendió otra expedición romántica, y todas sus alegrías y penas pasadas las cuenta á la edad de cincuenta y seis años con el mayor candor, como si todo ello hubiese ocurrido en el momento en que lo contaba. Dudamos que nuestro hidalgo, que dos años después escribió el *Libro de las mujeres*, se hubiese curado jamás de sus locuras, aunque no le faltaba el tiempo para eso, pues alcanzó la edad de setenta y cinco ó setenta y seis años.

A los *Minnesänger* pertenecen también dos hijos del pueblo, *Conrado de Wurzburg* y *Enrique de Misnia*, denominado *Frauenlob*, á quien las mujeres de su ciudad y de su tiempo amaban tanto, que cuando en 1318 murió en Maguncia, las señoras de aquella población llevaban su cadáver, mientras la lluvia caía á torrentes, á la última morada, llorando al muerto y vertiendo sobre su tumba tanto vino, que éste se derramó en torno de la iglesia entera donde descansa el bardo.

Entre las frases de éste, citaremos la siguiente: «Así como en una vela pueden encenderse mil otras velas, la virtud que se anida en el fondo de un solo corazón puede encender para la virtud mil corazones.»

¡Ay! con la virtud y dignidad, con la idealidad de los caballeros en que estaban unidos la forma bella y el sentimiento entrañables, se extinguió también aquella poesía delicada, aquella primavera del arte que se llama *Minnegesang*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 30 de Marzo de 1880.

## ESTUDIOS SOBRE BIOLOGIA SOCIAL.

LEY MORAL; SU CRITERIO; SU SANCION; IDEA RELIGIOSA.

### I

La solution du problème politique et sociale est dans une foi morale et religieuse.

L. LENGLET.—L'homme et sa destinée.

«El Universo muestra á Dios; el hombre hace necesario un legislador.» Estas palabras de *Rousseau* entrañan no sólo un bello concepto, sino una gran verdad. Además, formulan nuestro pensamiento mejor que nosotros podríamos hacerlo.

En congruencia con ese concepto se ha dicho también, «que el hombre toca con sus piés la tierra y con su cabeza el cielo.»

«Os homini sublime dedit cælumque tueri  
Jusit, et erectos ad sidera tollere vultus.»

había dicho ya *Ovidio*.

Y es así, en efecto. Ligado el hombre por su organismo á la cadena fatal de la materia, lo está por su espíritu á la voluntad suprema, de la cual es un destello la fuerza creadora, la actividad libre y consciente de aquél. Pues si el espíritu revela la libertad, ésta á su vez lleva consigo la idea de responsabilidad, la cual entraña la de precepto ó ley. ¿Cuál es esta? ¿Quién la ha dado? ¿Dónde están su promulgación y su sanción? Hé aquí problemas que á fuerza de ser discutidos con pasión, y casi siempre con prejuicios formados de antemano, hijos unas veces de la educación y otras del espíritu de secta ó de escuela, parecen irresolubles.

Confesamos sin afectación que al tratar estas cuestiones lo hacemos con mucho respeto, casi con temor. La eterna disputa sobre ellas basta á demostrar de una parte la importancia y de otra la dificultad que entrañan.

Se habrá observado que venimos haciendo casi alarde de evitar la tecnología que, para tratar estas materias, emplea hoy cierta escuela con quien simpatizamos mucho; y esto lo hacemos por dos razones. Una es la de que, ni queremos pagar con palabras ni nos pagamos de palabras. No desconocemos la conveniencia, la importancia, y hasta la necesidad del tecnicismo en la ciencia; pero esto á una condición: la de que no se convierta la discusión ó la exposición de una doctrina en mera fraseología ó en pura algarabía por medio del tecnicismo. Otra de las razones es, la de que no somos dados á jurar *in verba magistri*: sin duda porque no creemos que la verdad sea patrimonio exclusivo, en todo y sobre todo, de ninguna secta ó escuela.

Cuando se dice que la ley moral es el bien y que el bien es la realización de la propia esencia del hombre, nos parece que si no se elude, por lo menos se envuelve la cuestión en una vaguedad tal, que lo absoluto de los términos hace incomprendible el concepto y poco menos que irresoluble la dificultad. Y cuenta, que al decir que la fórmula es vaga, estamos muy lejos de decir que sea falsa; al contrario, entendemos que encierra un gran fondo de verdad. Pero no hasta eso. Bueno que en materias tan abstractas, que rayan con lo indefinido y casi indefinible, no puedan darse ni deban pedirse fórmulas aritméticas; pero tampoco oráculos sibilinos.

Decir que la ley moral es el bien es oscuro y espuesto á error; porque hay bien físico y bien moral: uno y otro pueden efectuarse de conformidad con la esencia del hombre; pero lo frecuente es que estén en lucha, hartas veces en oposición. «Combatido sin cesar, de un lado por mis sentimientos naturales que me hablan en favor del interés común, y de otro lado por mi razón que habla en favor de mi propio interés, hubiera fluctuado durante toda mi vida en esa continua alternativa, haciendo el mal y amando el bien, siempre en pugna conmigo mismo...» Esto que *Rousseau* pone en labios del presbítero saboyano es lo propio que había dicho tan lacónica como bellamente *Ovidio*: es lo que se dice á sí mismo cada hombre: *Video meliora proboque, deteriora sequor*.

«En vano se ha querido, añade aquel profundo pensador, determinar la virtud (es decir, el bien moral) por medio de la razón solamente: ¿qué sólida base podríamos darle? La virtud, se dice, es el amor del orden; ¿pero puede y debe esamar sobreponerse en mí al amor de mi bienestar? Que los que tal dicen me den una razón clara y suficiente para preferir aquel á este. En el fondo ese pretendido principio se reduce á un juego de palabras; porque yo también puedo decir á mi vez, que el vicio es el amor del orden, tomado este en un sentido diferente. Donde quiera que hay sentimiento é inteligencia existe cierto orden moral: la diferencia está en que el bueno se ordena habida consideración al todo; y el malo ordena el todo habida consideración á sí propio. Este último se hace el centro de todas las cosas; mientras que el otro mide su radio y permanece en la circunferencia; y de este modo se ordena con relación al centro común, que es *Dios*, y con relación á todos los círculos concéntricos, que son las criaturas. Suprimid la Divinidad y hallaréis que únicamente el malo es el que raciocina; el bueno es en tal caso un insensato.»

Pues decir que la ley moral es el bien, y esta la «efectuación de la esencia del hombre», no es menos vago y ocasionado á errores que el decir que la virtud es el amor del orden; porque si moral y políticamente dá cada cual al orden el sentido en que abunda, y hay quien llama orden al silencio de los sepulcros, del propio modo hay apreciaciones y juicios distintos y aún opuestos acerca de lo que constituye la esencia del ser hombre. Ya hemos visto que muchos la hacen consistir en las maravillas del organismo y en el amor de sí propio. Y aún cuando las escuelas espiritualistas convienen en que la ley moral es independiente de la voluntad, unos colocan aquella en la concordancia del ser consigo mismo, con su naturaleza ó con su esencia, mientras que otros entienden que la ley ha necesitado formularse en preceptos, y que estos hayan sido revelados *ex ore aperto*, por su propio autor. Entre aquellos mismos, hay quienes dan la voz y la autoridad á la razón, y quienes para ello se la dan sólo á la conciencia. ¿No es posible, no es más que probable que haya más de un punto verdadero y perfectamente concordable en todas y cada una de esas teorías que mutuamente se combaten y que buscan la verdad por caminos opuestos? Lo que hemos dicho acerca de los elementos constitutivos del hombre, dá por sí solo gran crédito á esta hipótesis. Continuemos la investigación.

### II

El campo donde actuar puede y debe el principio activo, libre é inteligente del yo humano está circunscrito por la esfera de las relaciones que la propia constitución del hombre determina; relaciones con todo aquello de que participa, de que necesita y le necesita: con lo infinito, con lo finito, consigo mismo, con todo lo que es humano, con todo cuanto le rodea.

Su espíritu, que es voluntad, busca la voluntad Suprema, el foco luminoso de que es un destello. Su cuerpo, que es organizada materia, á sus leyes está sometido: la naturaleza le necesita y de ella es necesitado.

Pero si esa hipótesis constituye la unidad

hombre, de que dá testimonio la conciencia, y cuyo resorte prodigioso determina su personalidad, la comunidad de origen y la identidad de sustancia, le hacen fracción de otra gran unidad, miembro de otro gran cuerpo, la Humanidad.

Bello ha sido y bueno, tal vez necesario en los primitivos tiempos, para demostrar la confraternidad de los hombres, acudir, —seamitho ó tradición— á darles por único tronco á Adán y Eva. Pero hoy sabemos que la luz que proyecta el espíritu de todo hombre procede del mismo foco: que las necesidades y los resortes de su organización son idénticos... que todos somos hijos de un mismo Padre, que es Dios: que una misma Madre nos amamanta á su seno: la Naturaleza: *naturam optimam ducem, rerum omnium mater.*

Pero no es solamente la comunidad de origen y la igualdad de conformación y de sustancia las que hacen nuestro parentesco: son las propiedades de nuestra constitución, son las necesidades de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo las que establecen íntima conexión y obligatorias relaciones entre los hombres. «Aun cuando seamos muchos no hacemos todos más que un solo cuerpo, siendo recíprocamente miembros los unos de los otros.» decía el Apóstol á los primeros cristianos. Aplicad ese apotegma á todos los hombres, y esa es la palabra que mejor expresa la idea de Humanidad. Idea que no está bastante definida con decir, que somos individuos de una familia, ó socios de una misma compañía, no: somos todavía más, y el Apóstol se aproximaba á la verdad: somos miembros de un cuerpo que se llama Humanidad.

Las facultades de nuestra alma, las funciones de nuestro espíritu, las operaciones de nuestro entendimiento, todo en el hombre, aspiraciones, deseos, necesidades, requieren y exigen la reciprocidad más completa y la más perfecta mutualidad de servicios: todo está reclamando asociación y confraternidad.

El hombre no es lo que es sino por la Humanidad y para la Humanidad. Ni el celestial don de la palabra, ni los prodigios de la inteligencia, ni los encantos del arte, ni los arrobamientos del amor, ni el poder avasallador de la voluntad... nada de todo eso existiría, nada tendría razón de existir, si no fuera por la Humanidad y para la Humanidad. El hombre individuo con todas aquellas facultades, con aquellas formidables palancas, es deleznable y pequeño: la Humanidad es lo incontrastable y lo grande: domina los espacios y adelanta los tiempos.

Si el hombre aparece en ocasiones grande, si es digno de relacionarse voluntaria y conscientemente con el Creador y con toda la creación, es porque lleva en sí el resorte que mueve á la Humanidad; es porque aspira y respira su aliento: porque es elemento cardinal de ella. Y es tanto más digno, y más grande, es tanto más divino, es decir, más conforme á las miras del Gran Arquitecto, cuanto es más humano, cuanto, sin faltarle á sí mismo, más se da á la Humanidad. Sólo así concurre al armónico concierto universal: y esta es su más noble y más grande tarea. Humanizarse: hé aquí la gloriosa misión del hombre, individual y colectivamente considerado. Esta es su ley: para cumplir la cual no le basta cultivar esmeradamente una sola esfera de relaciones: el cultivo ha de ser integral y armónico.

No, no basta al hombre, para llenar su misión en la tierra, exaltar solamente su espíritu y absorberse en la contemplación: necesita atender á la materia, utilizando sus fuerzas y sus elementos, de paso que la perfecciona y embellece.

No, no le basta al hombre para humanizarse ser religioso, ó ser científico, ó ser artista: necesita ser hombre: recorrer adecuada, congruente y armónicamente, desde el centro de su esfera de acción, todos los espacios que encierran las esferas trazadas por los ródios de su actividad libre, inteligente y consciente. Que no apague la antorcha de su espíritu: que cuide de aproximarla, con pureza de intención, al foco de que es vivo destello; pero que vivificado en aquella inagotable fuente de amor y de luz, cultive con esos tesoros las relaciones que le ligan á la materia; y con la formidable palanca del trabajo y de la inteligencia arranque á la naturaleza sus secretos, y al suelo sus riquezas, utilizándolas en mútuo perfeccionamiento, para su bien y el de todos.

Porque todos solidario en la vida universal. La luz, la masa, el movimiento del astro más distante de la tierra influyen en ella. ¿Cómo no había de influir el hombre, que es su usufructuario! ¿Y cómo la vida del hombre no había de influir en la de la Humanidad de que es miembro!

El cultivo integral y congruente de todas sus relaciones es deber, condición, ley de la vida.

El cultivo voluntario y armónico dentro de medida y de ritmo de todas aquellas relaciones, constituye por consiguiente, la moral del hombre. De este modo realiza su propia esencia: de ese modo concurre y se acerca al bien: de ese modo cumple la voluntad de Dios en la tierra y se acerca á El.

### III

Pero, ¿cuál es la medida, y dónde está la piedra de contrastación para comprobar la legitimidad de la acción ó el grado de culpa de la omisión?

Esa medida, esa pauta no es patrimonio de ninguna familia ni persona: es patrimonio del hombre-humanidad. Sin duda alguna, que la medida Dios la ha dado: mas, para que el hombre y la humanidad la conozcan, todo hombre la lleva grabada

en su conciencia, espejo de su voluntad inteligente, expresión finita de su espíritu infinito; y la revelación en ese punto es de todo momento y de todo lugar, es immanente. Sin que sea la razón de cada hombre, harto sujeta al error, ni tampoco la razón de muchos, suma de la razón de cada uno, las que pueden darnos aquella pauta. No, no está en la razón, mero atributo, ó facultad de la actividad libre del yo humano: el patrón de aquella medida, la tabla de la ley, está en la conciencia de todos y de cada uno, está en ese reflejo fidelísimo de la voluntad consciente é inteligente: está en la conciencia universal, reveladora incesante de la Suprema voluntad del Gran Legislador.

«*Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus.*»

El hombre es voluntad, como lo entendían las antiguas Escuelas y lo sostienen las modernas: voluntad inteligente y libre que se refleja en la conciencia, la cual contiene y revela sin cesar al hombre lo que es conforme ó contrario á su esencia, es decir, á la ley eterna de su ser, al bien moral, á lo que le humaniza, á lo que le hace digno de sí propio y del Supremo Ordenador de los mundos, de Aquél de quien proviene la luz que ilumina su espíritu y el amor que inflama y ensancha su corazón.

«El reino de Dios está dentro de vosotros...» decía á sus discípulos el Crucificado. Y para infundirles fe, no tanto en la razón de cada uno, cuanto en el espíritu libre de todos, en la colectividad, les decía en otra ocasión: «Donde estén dos ó más congregados en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos.»

Pero, ¿la fórmula? dirá alguno; ¿el verbo, la palabra, lo concreto, lo fijo de la medida... dónde está? Porque no basta que sea juez y reflejo del yo la conciencia; ni basta que sea principio activo y libre la voluntad; ni que sea faro luminoso la razón; ni basta que aquella tenga sus determinadas esferas de acción; ni que su movimiento evolutivo haya de ser íntegro y recíproco, para que sea congruente; no basta todo eso. Se necesita un criterio de certidumbre, algo que hable á todos y á cada uno con voz inequívoca y segura; se necesita una piedra de toque, donde contrastarse puedan, no solamente la bondad ó la malicia, sino los quilates de la acción ó de la omisión.

Pues bien: esa piedra de toque, ese criterio existe; y no hay que ir á buscarle detrás de una zarza, ni en lo alto de una montaña: se le ha colocado aquí unas veces en el templo, otras en la mezquita, allí en la pagoda, acá en el Congreso, ó en la Academia; pero está en el hombre mismo, está en la humanidad: ese criterio le muestra el concierto armónico del hombre consigo mismo, y con cuanto le rodea, de cuyo concierto dá testimonio la conciencia: resultado indefectible del cultivo integral, congruente y voluntario de sus relaciones: contraprueba inequívoca de que ha cumplido el deber y ejercitado su derecho en medida conveniente, voluntaria y humanamente.

El *Honesto vivere: Neminem ledere: Jus suum cuique tribuere...* es un estrecho molde en que la ciencia de los jurisconsultos romanos vació la noción del deber. Por que esta noción entraña más adentro y va más allá: no se ciñe á evitar el mal: se estienda á practicar el bien: no quiere al hombre pasivo y obediente: lo quiere activo y benéfico; no le basta que el hombre no haga á otro lo que no quiera para sí, que no le dañe, que viva honestamente, y que dé á cada cual lo que de él sea: no le basta eso: quiere que el hombre remedie el mal, tome parte en el que los otros sufren y practique el bien hasta donde pueda y en cuanto pueda: quiere que sea dichoso compartiendo con los demás su dicha; y que la aumente, mediante esa participación. Ley de amor no le ordena las privaciones, ni se contenta con las omisiones: le desea goces y le ofrece estímulos en el amor llevado hasta la abnegación. No le aconseja que imite al Brahman incrustado en el tronco de un árbol: aspira á que siga las huellas de Hércules; que purgue de monstruos la tierra y se consagre al bien de la humanidad. Hasta ahí va, á todo eso alcanza el cultivo integral y armónico de todas las relaciones del hombre.

Privado de los medios y de la posibilidad de hacer el bien, la coacción y la fuerza podrán impedir, pero nunca anular la voluntad, consagrada á mantener y cumplir el derecho y el deber, esa voluntad constante y perpétua de hacer el bien. La fuerza podrá, por consiguiente, turbar la armonía general; pero no el concierto armónico del yo humano dentro de sí. Por efecto de aquella coacción y de su consiguiente perturbación, lo inarmónico universal influirá sobre el hombre y sutirá exteriormente; pero exento de responsabilidad y tranquilo en su conciencia, continuará inalterable lo armónico de su concierto interior, y su espíritu gozará de paz.

Ese concierto tiene variedad casi infinita de acordes, de tonos, de ritmos: tiene las condiciones de la belleza; y belleza grande dan al concierto universal la variedad de ritmos y de cadencias de que es susceptible cada humano espíritu. Con las mismas notas... ¡qué infinita combinación de sonidos armoniosos! Esa es la tarea de la voluntad inteligente y libre, destello vivo del Espíritu Universal, de la Suprema Voluntad, que ha dado el tono y la medida al concierto de los Mundos. Obra de sus manos el hombre, y obra la más perfecta, lleva en sí mismo el ritmo de su armonía. Obedecer á este ritmo es su deber. Mantenerle en su libertad,

como condición necesaria para llenar aquél, es su derecho.

¿Y quién duda que en esa armonía entran por mucho las relaciones del hombre para con Dios y con la Naturaleza? Cultivarlas voluntariamente y en adecuada medida y tono, hace un deber del culto al Sér Supremo; culto que debe tributarse en espíritu y en verdad: y otro deber hace del comercio con la Naturaleza. Del primero se halla tan lejos la idolatría como la impiedad, la superstición como la indiferencia. Del segundo está tan distante la apoteosis como el desprecio de la materia.

### IV

Lo inmanente de la ley moral en la conciencia no hace innecesaria ni mucho menos la religión, como no hace innecesaria la ciencia. Al contrario, la ley moral requiere sanción, y á más de subvenir á esta necesidad, la religión satisface otra de no menos importancia, la del sentimiento religioso, peculiar al hombre é inseparable de él; sentimiento vivificador de su espíritu, revelador de su alto origen y de su ulterior fin; y la satisface manteniendo al calor de creencias más ó menos espirituales y más ó menos en armonía con la moral, la relación de respeto y de adoración entre la criatura y el Creador. La religión salva, no sólo en el sentido de que mantiene viva aquella relación y despierta la conciencia, sino en el de que vivificando el espíritu nos humaniza; impide que las pasiones nos seduzcan, que la materia nos domine, y degeneremos en bestias. La religión, sobre satisfacer una necesidad del espíritu, es una medicina. El hombre tiene necesidad de creer.

Sin la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma, la moral no tendría base ni su ley tendrían sanción: la moral sería obra deleznable de las pasiones que nos extravían y de la razón que tantas veces nos alucina por servir á los intereses de aquellas. Ciertamente que la razón nos alumbraba, pero es cuando no la han apagado las pasiones mismas, ó la han cubierto de sombra y oscuridad las tinieblas de la ignorancia y las alucinaciones del miedo, ó las concupiscencias de la materia avasalladora y bestial. La conciencia misma se despierta y se enciende ante toda idea religiosa, ante toda luz vivificadora del espíritu.

Cuando los materialistas y los excépticos, manejan el escalpelo del análisis y las ingeniosas sutilezas de la crítica superficial y amarga, se gozan en poner en esqueleto todas las religiones positivas, y en mostrarnos sus deformidades con el microscopio en la mano, olvidan lo fundamental por lo secundario, lo trascendente por lo accidental y lo somero. ¡Que se ha abusado, dicen, de todas las religiones por sus ministros! ¿Y de qué no abusa el hombre? De la salud, de la fortuna, de la fuerza, de la libertad, de la dicha, de la desgracia misma, de los demás y de sí mismo, de todo abusa el hombre.

¡Que los misterios son absurdos y los milagros son quimeras! ¿Y qué importan para lo fundamental y trascendente de la religión los milagros y los misterios? ¿Y quién sabe lo que son en realidad los misterios y los milagros? A estas fechas no ha acertado la misma teología á definir el milagro. Y en cuanto á los misterios... también la ciencia, también la filosofía ha tenido sus misterios. ¡Qué más! La política ha hecho su camino al amparo de los misterios. ¡No es pequeño misterio el hombre! ¡Y hartos misterios entraña el progreso de la humanidad!

Pero, ¿qué hacen las religiones positivas, se dice, que no haya hecho, que no pueda hacer la religión natural? No hacen poco si hacen lo mismo: pero ¿y si además de suplirla cuando desaparece, la depuran cuando se deprava? La religión natural ha caído en el fetichismo y en la antropofagia. ¿No se han depurado progresivamente las mismas religiones positivas? ¿No se han espiritualizado más cada vez? Y á medida de ello, ¿no han contribuido poderosamente y en mayor escala á humanizar al hombre y á la sociedad? ¿No han contribuido á emanciparle del yugo de la materia y del poder de la fuerza? ¿No han venido irradiando sobre la gran masa luz cada vez más clara, ideas cada día más puras acerca de Dios, del hombre, de su origen, de su ley y de su destino? Ciertamente que éstos y otros beneficios no siempre han sido obra del cuerpo sacerdotal: muchas veces se han obtenido contra él, ó á su pesar, contribuyendo á ello la filosofía y las ciencias y las artes: cierto; pero siempre á la luz de las antorchas que han encendido los fundadores de las religiones, déseles el nombre y el concepto que se quiera.

Que el fanatismo y la superstición han sido funestos y lo serán siempre, lo tenemos por axiomático. Pero el mismo Voltaire consideraba mucho más funesta la incredulidad: preveía sus estragos. Limpiemos la religión de sus extrañas y deformes vestiduras, que son verdaderos harapos, y adoremos á Dios en espíritu y en verdad.

Una de las objeciones más banales contra la sanción religiosa, es la de que la recompensa y la pena privan del mérito á las buenas acciones y rebajan el concepto de la virtud. ¡Como si la satisfacción del bien obrar no fuera también una recompensa; y como si el gusano roedor del remordimiento no fuese también un castigo! Pero aparte de esto, los modernos críticos no han visto lo que ya vió Rousseau: la idea de recompensa y de pena, sobre que no priva del mérito á la virtud paciente y resignada, justifica á la Providencia. «Aun cuando yo no tuviese otra prueba de la inmortalidad

del alma, dice aquel filósofo, mas que el triunfo del malvado y la opresión del justo en este mundo, esto solo bastaría a disipar mis dudas. Una disonancia tan chocante en la armonía del universo me estimularía a buscar la solución: y después de meditarlo me diría: no, no acaba todo en esta vida para nosotros: con la muerte vuelve todo al orden... Aquí abajo mil pasiones vehementes absorben todas nuestras facultades y ahogan la voz de los remordimientos: las humillaciones y las degradaciones que atrae el mismo ejercicio de las virtudes impiden saborear sus propios encantos. Solamente cuando desligados de las ilusiones que nos producen el cuerpo y sus sentidos lleguemos a gozar de la contemplación del Sér Supremo; cuando la belleza del orden embargue todas las potencias del alma, y cuando nos ocupemos únicamente en comparar lo que hemos hecho con lo que hemos debido hacer, solo entonces será cuando la voz de la conciencia recobre toda su fuerza y todo su imperio; solo entonces será cuando el purísimo deleite que nace del propio contentamiento, y el amargo pesar de haberse envilecido, distinguirán por medio de sentimientos inefables la suerte que cada cual se haya preparado.»

«No me preguntéis si habrá otras fuentes de felicidad y de sufrimiento: os declaro que lo ignoro; pero bastan las que comprendo para consolarme de esta vida y hacerme esperar otra. Excelente recompensa es para los buenos la de existir conforme a su naturaleza: pero yo añado que serán dichosos; porque su autor, el autor de toda justicia, al hacerlos sensibles no lo ha hecho para que sufra; y cuando, no habiendo ellos abusado de su libertad en la tierra, ni faltado a su misión por su culpa, han sufrido, sin embargo, en esta vida, es indispensable que sean indemnizados en la otra. Esta creencia está fundada, no tanto en el mérito del hombre, cuanto en la noción de bondad que me parece inseparable de la esencia divina. Yo no descubro en esto más que las leyes del orden eterno, y a Dios dando testimonio de sí mismo.»

Permítasenos terminar este artículo con las siguientes palabras de *Lucien Lenglet*: «La solución del problema político y social está en una creencia moral y religiosa. Esta creencia nos falta; y mientras que no se adquiere todas las revoluciones materiales imaginables no lograrán darnos la nueva organización de la sociedad.»

T. RODRIGUEZ PINILLA.

## ALLÁ VAN LEYES, DONDE QUIEREN REYES.

(TRADICION TOLEDANA.)

*Allá van leyes, donde quieren reyes*, es una frase popular que encierra alto sentido filosófico, y que más parece hija de nuestro siglo, escéptico y burlón, que de una época en que la creencia en el derecho divino de los reyes era firme y segura base sobre la cual descansaba una parte del edificio social.

Y, sin embargo, no es así. Esa frase, que ha quedado como proverbial en nuestra lengua, que puede ser arrojada siempre como una protesta enérgica al rostro de los poderes constituidos en autoridad, que parece engendrada por el pesimismo y la indiferencia en un día de desesperación; ese dicho popular que acude constantemente a nuestros labios y que debe resonar como un sarcasmo, como una irónica adulación y una burlesca carejada en el oído de los despotas, nació al calor de la fé primitiva, en aquellos tiempos en que Dios enviaba sus ángeles a los reyes para predecirles el éxito de una batalla ó darles una victoria que asegurase en sus sienas la vacilante corona, y en que los monarcas, hijos predilectos de la divinidad y sus representantes en la tierra, eran buenos ó malos, tiranos ó benévolos, según eran muchas ó pocas las faltas cometidas hácia el Sér Eterno por los pueblos que ellos venían á regir.

No hay, sin embargo, nada más justificado. Cuando por vez primera oí yo este antiguo proverbio, verdadero como lo son todos los del pueblo, saturado de esa extraña filosofía tan segura, tan exacta, que se revela en todas las locuciones populares, en todos los dichos que componen nuestro Refranero,—que parece escrito por la experiencia en el trascurso de los siglos, conforme se ha ido madurando por el juicio y la observación,—distaba mucho de creer su origen tan lejos de nosotros, y cuando me convencí de ello no pude contener mi extrañeza; pero esa extrañeza desapareció bien pronto cuando pedí á la tradición la vieja historia oculta entre los anchos pliegues de su manto.

Escuchadla. Encierra gran enseñanza para todos, y se remonta al siglo XI de nuestra Era y al reinado de Don Alfonso VI de Castilla.

### I

El forastero que se hubiera hallado en Toledo uno de los días más secos y calurosos del ardiente estío de 1086, á esa hora en que el sol colocado en el meridiano divide el medio día ya pasado, del medio día por pasar, hubiese sido testigo de un extraño espectáculo que indudablemente habria despertado su atención. Los retorcidos callejones de la histórica ciudad de Al-Mamun, recientemente arrancada á los sarracenos, eran recorridos por una multitud que caminaba unas veces en silencio y otras atronando el espacio con sus gritos, en dirección al Zoco, antiguo lugar testigo de los torneos con que en determinados días celebraban sus triunfos y sus victorias los árabes toledanos.

Los más opuestos sentimientos pintábanse en aquellos rostros huraños y altivos que parecían provocar un desafío con el gesto de desdén que recogía sus labios, y sostenerlo con la chispeante mirada que brotaba de sus ojos. De cuando en cuando, roncros rumores, preñados de amenazas, que llenaban el viento como el ruido del torrente desbordado por la lanura, salían confundidos de la inmensa reunión de gentes

en que se agrupaban, sin separación de clases, el traje morisco de los muzárabes, cristianos que se quedaron con los moros durante la conquista, sujetos á leyes especiales, y la bélica armadura de los cristianos puros, descendientes de aquellos otros cristianos que á vista del turbión sarraceno huyeron á las montañas de Asturias á plantar con mano firme sobre el monte Auseba la Cruz que habia de volver á reunir bajo sus brazos las ciudades que la traición la arrebatara.

Todos ellos parecían unidos por un mismo sentimiento, corriendo á un mismo fin, arrastrados por una misma idea, y esta idea, este fin, este sentimiento, debían ser muy grandes, cuando tan poderosamente los combatían y de tal modo sublevaban todos los espíritus y fundían en una aspiración común todas las aspiraciones.

Grande era, en efecto, el motivo que arrastraba á todas las clases de la sociedad cristiana de Toledo á hacer aquella ruidosa manifestación, á desafiar de tal suerte las iras de los gobernantes y hasta á arrostrar el enojo del mismo rey, tan querido, por otra parte, de su pueblo, elevando su voz tumultuaria hasta las gradas de su trono. Alfonso VI, influido por los monges de Cluny, á los cuales habia entregado la dirección de su espíritu, y por su esposa Doña Constanza, francesa de nación, y por lo tanto súbdita humilde del papado, no temía indisponerse con su pueblo poniendo mano atrevida en lo que existe de más sagrado para el hombre: en el culto con que reconoce la omnipotencia de su Creador.

Era muy antiguo en España el rito que guardaba íntegras y en toda su pureza las venerandas tradiciones de los primeros tiempos del cristianismo. Los mismos apóstoles lo trajeron á la Península, cuando por todas partes se extendieron para llevar á todos los hogares del mundo entonces conocido la palabra del Evangelio; él habia sido el lazo de unión de los cristianos primitivos, y la sagrada bandera á cuya sombra se habian agrupado los conversos españoles, cuando en el seno profundo de los lugares subterráneos, desconocidos á sus dominadores, los romanos, se reunían para llamar la protección de Dios sobre su frente. Los mártires le habian sellado con su sangre generosa, repitiendo las oraciones que dictaba en su marcha hácia el suplicio, que acabando con su cuerpo devolvía la libertad á su alma, la virgen Leocadia; los santos le habian seguido en sus sencillas ceremonias, y primero enfrente de los romanos gentiles y enfrente luego de los godos arrianos, él conservaba el recuerdo de todas sus plegarias, la memoria de todas sus bendiciones. Con las palabras que él marcaba, iniciaban las madres á sus hijos en las enseñanzas de la creencia civilizadora; las oraciones que contenía habian caído como un dulce rocío sobre la tumba de una porción de generaciones. Cuando, más tarde, la sociedad gótica, guiada por Recaredo, abdicó en el tercer concilio la herejía de Arriano para abrazar el catolicismo, San Leandro, San Isidoro, San Eugenio, San Ildefonso y San Julian añadieron fervientes oraciones á las oraciones hechas por el apóstol, y reunidas en un cuerpo por la fé, dando de esta manera un timbre más al viejo misal apostólico, al dejar en él huella de sus pasos sobre la tierra en su peregrinación al cielo.

Pero muere el poder de los godos en España; húndese en el revuelto Guadalete la sociedad gigante que habia recogido la preciada herencia de Roma, y los cristianos fugitivos se retiran al centro de una cueva escondida en lo más frágil de las montañas de Asturias, para borrar allí, á fuerza de sufrimientos, las culpas y los vicios de su raza. No todos huyen, sin embargo; la tolerancia es el arma favorita de los soldados de Tariq, que sólo exige un tributo y deja á las poblaciones el libre ejercicio de su religión; y durante los siete siglos que dura la dominación de los árabes en España, el misal apostólico, llamado gótico primero y muzárabe después, fué el luminoso faro que sostenía las fuerzas abatidas de los cristianos, hablándoles del cielo, de un más allá que entreveían en sus sueños, de una libertad que acariciaban como dulce quimera en sus largas horas de servidumbre; fué el arca santa flotando sobre las aguas del diluvio, llevando en su seno el culto de Dios, la fé en su omnipotencia, la esperanza en su misericordia.

Muchos títulos eran estos para que el pueblo amase el libro sagrado donde acudía á buscar plegarias con que lamentar sus desgracias ó himnos con que cantar su felicidad, y no obstante, aún se unía otro á todos ellos; el rito muzárabe era el rito nacional, el rito sagrado, conservándose á través de los siglos desde los tiempos apostólicos, á pesar de todas las dominaciones, semejante á esas luces emparedadas cuando la invasión sarracena, con las estatuas de los santos á cuyos pies ardían, y que se conservan milagrosamente durante el tiempo que dura su dominación, sin que los años las consuman; renegar del rito muzárabe era para los católicos españoles tanto como renegar de su fé primitiva, renegar de su patria tan querida, tan laboriosamente reconquistada, renegar de sus tradiciones religiosas, renegar de San Leandro, de San Eugenio, de San Ildefonso.

Y sin embargo, era preciso; el Papa, cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, lo exigía, y el rayo de la excomunión vibraba ya en su mano, pronto á herir la frente rebelde que no se doblegase á su poder. Los reyes cedían uno tras otro á las órdenes pontificias, y ya sólo en Castilla se conservaba el rito antiguo; pero los monjes de Cluny dominaban por completo en la inteligencia del gran rey Don Alfonso VI, así como en su corazón la reina Doña Constanza, y aquéllos porque habian tomado á su cargo realizar los deseos del Pontífice, y ésta porque el culto galicano despertaba todos sus recuerdos de la infancia, todos los sueños de su patria, unos y otra hacían ruda guerra al rito gótico en el ánimo del monarca.

No era ésta la primera vez que el papado, en su empeño por dominar en absoluto las conciencias y erigirse en único poder de la cristiandad, trataba de inmiscuirse en el rito gótico para sustituirle con el romano, logrando así que fuera uno el culto y una la lengua con que los cristianos alabarán á su Dios. Ya en el siglo X envió Juan X un legado á España para que se enterase de la verdad de los rumores que se habian hecho correr por la córte de Roma de que el trato con los moros habia introducido en el rito gótico variaciones contrarias á la unidad del dogma; pero demostrada la falsedad de tales asertos, fué confirmado por el colegio de cardenales. En el siglo siguiente varios legados vinieron, uno tras otro, á tratar la abrogación del culto nacional, y todos se

volvieron sin conseguirlo, ya por estar autorizado por Juan X, ya por la oposición de los obispos españoles que para poner término á empeños tan opuestos á la opinión en Castilla, decidieron nombrar una comisión que presentase al Papa Alejandro II, que á la sazón regia los destinos de la Iglesia, el misal, breviario y ritual muzárabes, como se verificó, mandando el Pontífice, en vista del informe que le dieron los cardenales que nombró para examinarlos, que nadie condenase ni mudase el oficio de la Iglesia de España.

Pero no en todas partes era tan obstinada la oposición de los pueblos, ni tan poderosa su voluntad que los reyes vacilasen antes de desafiarla. Aragón y Cataluña habian cedido ya admitiendo las condiciones que el Papa les imponía, y solo Navarra y Castilla, esta última sobre todo, se obstinaban en su negativa á recibirlas.

Por entonces subió al trono pontificio Gregorio VII, carácter enérgico, y decidido á llevar el peso de su influencia á los países que tuviesen por ley el catolicismo, y comprendiendo que el primer paso para que esto sucediese en España habia de ser la abolición del rito nacional y su sustitución por el romano, tomó con gran empeño la empresa, escribiendo con este fin diversas cartas á Sancho V de Navarra y á Alfonso VI de Castilla. Esto, unido á las escitaciones de Doña Constanza y de los monjes de Cluny, y al deseo de este último rey de complacer al Papa, fué causa de que se decidiera á introducirlo en Burgos en el año 1077.

No lo consiguió, empero, sin resistencia; por el contrario, la halló y muy grande en el clero y las clases populares, que le obligaron á que sometiese su determinación al juicio de Dios, tan común en la Edad Media. Nombró el rey el campeón del ritual romano, y el clero y el pueblo el defensor del muzárabe, cuyo nombre, Juan Ruiz de las Matanzas, ha llegado hasta nosotros, y el día del combate, y después de las formalidades de costumbre, lucharon los dos combatientes, siendo vencido el campeón de los pontífices, y quedando vencedor y reconocido por tal, Juan Ruiz. A pesar de esto, y con gran escándalo de todos, introdujose en Burgos el aborrecido breviario entre las quejas del clero y las murmuraciones del pueblo, que de este modo veía despreciadas sus viejas tradiciones.

Tal era el estado de la cuestión cuando tuvo lugar la reconquista de Toledo: poco después de este golpe fatal para la dominación árabe en España, Alfonso VI, firme en su propósito de suprimir el culto nacional, trató de establecerlo en su nueva ciudad; pero crecieron de punto las dificultades, á causa de lo venerado que era en ella, hasta el punto de que algunas veces se le llamaba *rezo toledano*, y nuevamente el rey, de acuerdo con el clero, decidió pedir á Dios sentencia de la causa que así lo dividía.

### II.

Este era el motivo que impelia á las gentes á acudir en gran número á la plaza del Zoco, donde iba á tener lugar el nuevo juicio de Dios que habia de decidir sobre la supremacía extranjera en España. Cada cual fiaba en la justicia y bondad de su causa y en la fuerza de su derecho, y creyéndose defensor del verdadero culto, á la par que amante de su patria, ni uno solo desconfiaba del éxito. Sólo el rey se encontraba impaciente, y dirigía en alrededor sombrías miradas, buscando en el rostro enérgico y decidido del arzobispo D. Bernardo y de la reina Doña Constanza una fuerza que sentía se le escapaba por momentos. A pesar de todo, él también era hispano-godo; en aquel breviario, que ahora se proponía derrocar, habia leído con voz trémula durante su retiro en Sahagun, las oraciones que diariamente elevaba á Dios, pidiéndole la reconquista de su trono de Galicia, injustamente usurpado por su hermano Don Sancho de Castilla; aquellas mismas plegarias, de que ahora quería renegar, habian sido su único consuelo, su única esperanza, su única arma contra la desesperación, en los largos días de destierro que pasó junto á las márgenes del Tajo, mientras vivió merced á la munificencia de Al-Mamun... Pero lo mandaba el Pontífice, lo quería su esposa, lo aconsejaba su arzobispo, y ante tan fuertes influencias no habia de vacilar por mucho tiempo el rey que años más tarde desmembró de su territorio el reino de Portugal para pagar escasos servicios de un conde borgoñón, á quien dió la mano de su hija Doña Teresa, rompiendo para siempre con este acto poco meditado la unidad de la Península; falta original cometida por el monarca en el siglo XI y cuyas consecuencias sufrimos todavía al terminar el siglo XIX.

Debajo del arco que hoy se llama de la Sangre alzabase un ligero estrado desde el cual dominaba el rey á la multitud, rodeado de lo más florido de su corte, y teniendo á su izquierda al francés arzobispo que fortalecía su ánimo, un tanto conmovido, con frases lisonjeras, que llegaban á los oídos del monarca castellano sin conmover su corazón. A su derecha, la reina Doña Constanza, rodeada de sus damas, pálida y convulsa esperaba atenta el resultado decisivo de la escena que iba á pasar ante sus ojos. En el centro de la plaza una gran pira aguardaba solamente una señal para desplegar un vistoso manto de fuego, de cuyas entrañas habia de salir la voluntad de Dios, como de las entrañas del rayo salió el Decálogo en la cumbre del monte Sinaí. La gente llegaba sin cesar al sitio de la prueba, formando en torno á la plaza una estensa muralla de cuerpos humanos que cada vez se hacia más compacta; sus miradas, mezcla de indignación y de respeto, iban de la pira al trono, clavándose con más insistencia en D. Bernardo y en la reina, que de cuando en cuando se miraban también con inquietud. Era aquella una atmósfera pesada que se respiraba dificultosamente; faltaba aire tranquilo y puro á los pulmones oprimidos; y en la sombra que por los rostros estendía,—nube preñada de amenazas,—fulguraban relámpagos de cólera.

El calor era sofocante. El viento parecia traer efúvios del infierno sobre sus alas voladoras. La tierra, agostada por un sol de fuego, estaba sedienta de la lluvia bienhechora que parecían presagiar unas espesas nubes que poco á poco fueron condensándose sobre la gótica ciudad. Corría el sudor de todas las frentes, inundando todos los rostros, pero nadie abandonaba su puesto. Los concurrentes se apretaban unos contra otros, sin quejarse, sin murmurar, para no interrumpir la ceremonia que iba á dar principio, absorto cada cual en pensamientos que eran los mismos que agitaban aquellos

cerebros excitados manteniendo en constante tension las inteligencias. Nadie se apercebía del bochorno; la atención general estaba concentrada en el monton de leña que se alzaba en mitad de la ancha plaza.

En frente de la pira, y al lado del trono, sobre un pequeño altar, estaban colocados los dos misales, y entre ellos, alumbrado por dos velas amarillas, un crucifijo que estendía sobre ambos sus brazos como para abarcarlos á los dos. El profeta de Nazareth iba á ser testigo de aquel extraño juicio, que decidiría de la eleccion de culto. Nadie más interesado que el mismo Dios para señalar la forma en que quería ser adorado.

Levantóse de pronto el rey, y su simpática figura se mostró erguida sobre el trono. Hizo una señal con la mano, y se dejó caer en su asiento palpitable de duda y emoción. El duelo iba á empezar. En aquel instante, un extraño estremecimiento hizo palpitar con más fuerza todos los corazones, y se animaron todas las miradas. Se oyó un ¡ay! ahogado y un silencio sombrío, un silencio de muerte, reinó despues en la plaza. Hubiera podido oírse el ruido del viento al columpiar las hojas de los árboles.

Se adelantó entónces el arzobispo, despues de besar la mano del monarca de Castilla, se dirigió con vacilante paso hácia el altar, y postrándose de hinojos ante él, empezó á modular fervorosas oraciones. En aquel momento solemne, él tambien se preguntaba si había obrado bien siguiendo las inspiraciones del Pontífice, y aunque creyendo firmemente la justicia de la causa que defendía, su mente, incapaz de comprender los designios inexcrutables del Eterno, vacilaba y necesitaba ver expresada la voluntad del cielo para tranquilidad de su conciencia. ¿Qué pasó en aquel diálogo mudo del hombre y Dios? Ninguno de los que vieron al arzobispo levantarse tranquilo y sereno para besar los pies del crucificado hubiera podido decirlo; pero la muchedumbre le vió tomar con mano firme los dos misales, dirigirse con ellos hácia la pira y colocarlos en medio de ella sobre la leña pronta á arder, volviendo á retirarse en seguida á ocupar su puesto tras el asiento del monarca. Luego, un hombre puso fuego á la inmensa pira, oyóse el crujido de la leña que se retorcia al ser envuelta por la llama, y por un instante todo desapareció en la hoguera.

Pero por un instante nada más. De repente oyó un gran ruido, y uno de los dos misales, arrojado de la pira por una fuerza invisible y extraña, cruzó como un proyectil el aire y fué á caer intacto á los pies del rey D. Alfonso; era el misal gótico el que las llamas despedían de su seno, no atreviéndose á hacer presa en sus veneradas hojas. El romano siguió en el fuego, y bien pronto no fué más que un monton de cenizas.

—¡Milagro!—gritaba el pueblo conmovido.—¡Milagro!—los caballeros; y las mujeres abrazaban á sus hijos porque ya estaban seguras de enseñarles las mismas oraciones que ellas aprendieron. Parecía haberse ganado una gran victoria contra los enemigos de la cruz.

—Nada puede contra nosotros,—decía un anciano,—la influencia del Pontífice, que no sé yo por qué no há de respetar nuestras costumbres, nuestros usos, nuestras creencias. Lean en buen hora los extranjeros en sus nuevos misales arreglados por ellos á su gusto, y déjenos á nosotros rezar las mismas oraciones con que evocaban los apóstoles la misericordia de Dios y la presencia de Jesús.

—Ya se habrá convencido el rey,—decía otro,—de que Dios no quiere que muera nuestro culto sacrosanto. San Ildefonso, sin duda, velaba por él impetrando la proteccion de la virgen María, á quien tanto defendió durante su vida contra los hereges. El fuego ha consumido el misal galicano y no ha tocado ni á una hoja del nuestro... Y es que todas ellas están benditas por Dios, y sobre cada una vela un santo, uno de los santos de Toledo, que leyendo las hojas de ese libro, encontraron la senda verdadera de la luz y de la perfeccion.—

Levantóse en esto el rey, y seguido de su corte, descendió á su palacio, antiguo alcazar mandado construir por Wamba, y reedificado para mansion suya por los reyes árabes de Toledo. Una sombra tenaz cubria su rostro; la reina y el arzobispo, pálidos de terror, seguían á Don Alfonso sin atreverse á interrogarle con la vista. Los cortesanos, impresionados vivamente por el espectáculo que acababan de presenciar, marchaban tras ellos cabizbajos, sumergidos en profundas meditaciones. Poco despues la multitud cruzaba alegremente la plaza, cantando la victoria conseguida por el rezo nacional contra el extranjero, y una espesa columna de humo se perdía en el aire, oscureciendo la inmensidad del horizonte.

Dios había hablado, y sólo quedaba á los hombres ejecutar y cumplir sus decretos divinos. Nuevamente se había rasgado el velo de la nube y el resplandor de los relámpagos había alumbrado otras tablas de la ley.

### III

Aquella noche los castellanos, y los que de españoles fieles á sus viejas costumbres se preciaban, durmieron tranquilos, sonriéndose, no obstante su acendrado catolicismo, al pensar en el efecto que causarían en el Pontífice las decisiones de Dios tan contrarias y opuestas á las suyas. Ni uno sólo abrigaba la más pequeña duda sobre la rectitud del rey, y en vano se les hubiera objetado el recuerdo de lo acaecido en Búrgos, porque hubieran respondido que el caso no era igual; que la accion sobrenatural y milagrosa no fué tan directa en el primero como en el segundo; que éste, además, venía á confirmar plenamente lo sentido por aquel, y por último, que fuerte con la proteccion divina, el antiguo misal gótico era sobrado grande para que pudiera oponerse el romano, siquiera tuviese de su parte las simpatías del Papa, cabeza visible, para los católicos, de la Iglesia de Jesucristo.

Pero el pueblo es un niño, á quien de nada sirven las enseñanzas del tiempo, y que como tal, no lee nunca ese libro gigante de la experiencia, madre y sostenedora de la vida; el pueblo es noble, generoso, recto, y no comprende las argucias de los teólogos, ni los sofismas de los legistas, capaces de tranquilizar, á fuerza de silogismos, la conciencia más perturbada, si así conviniera á sus intereses; el pueblo es siempre jóven, y el poder siempre viejo, y por esta razon, en todas las luchas que sostiene, el poder artero y artificioso

vence siempre al pueblo inocente y sencillo. No hay en el mundo dique que pueda oponerse al capricho de un déspota, que salva el primero la valla religiosa, dentro de la cual se encierra como en una ciudadela fortificada. Esto es lo que pasó en la ocasion á que nos venimos refiriendo. A pesar de la voluntad del pueblo tan claramente manifestada; á pesar de que tenía en su apoyo la proteccion del cielo, tal como se entendía su declaracion en aquellos *Juicios de Dios* de la Edad Media,—mezcla de barbarie y supersticion,—á pesar de que las olas de la indignacion popular llegaban hasta las gradas del mismo trono, Alfonso VI, fuerte por sus victorias contra los moros, fuerte tambien con el apoyo del Pontífice, no pudo resolverse á disgustar al Papa, á no complacer á Doña Constanza, á enemistarse quizá con los monges de Cluny, y poco tiempo despues de la escena que hemos referido, expidió un decreto, por el cual se abolía el rito gótico, reemplazándole por el galicano.

Es verdad que interpretando á su modo el hecho tenido entónces como sobrenatural, del que había sido testigo, metiase en sutilezas metafísicas para buscar una explicacion razonada á lo que no la tenía, y dar una sombra de legalidad á lo que sólo era prueba evidente de su debilidad para oponerse á las extrañas influencias que pesaban incesantemente sobre él; es verdad que, tratando de interpretar el deseo de Dios, ordenaba que el rezo antiguo se mantuviese en Toledo, puesto que el misal muzárabe había salido de la hoguera, y que se observase en el resto de su reino el romano, puesto que había permanecido entre las llamas como demostrando que no era en la histórica ciudad de los Concilios donde había de ser observado; es verdad que concedió grandes privilegios á las iglesias que institua como guardadoras del viejo culto nacional; pero á pesar de esto, sus disposiciones causaron un efecto desastroso en sus súbditos que comprendían lo que tal decision significaba.

Aquello era desprenderse voluntariamente de una independencia mantenida á través de los siglos desde los tiempos apostólicos; formar una cadena que sujetase la conciencia, ahora que poco á poco, lenta pero seguramente, iban rompiendo la que sujetaba su pié al carro triunfal de los hijos del Profeta. La influencia francesa, que despues había de dar tan amargos frutos; la soberanía de Roma, que más tarde, haciendo á España hija predilecta de la Iglesia, había de empeñarla en desesperada y ardiente lucha contra el progreso y la civilizacion, quedaban establecidas en este oculto rincón del Occidente. Ya tenía el Papa intervencion directa en nuestros asuntos espirituales; ya nuestras oraciones eran las mismas que las de los pueblos sujetos servilmente á su poder. El culto nacional había muerto y con él nuestra libertad.

Entónces fué cuando el pueblo, desengañado, comprendió que su fé sencilla había sido juguete de su soberano y del arzobispo; entonces fué cuando comprendió que la voluntad de los súbditos, las costumbres, Dios mismo, no son nada ni nada significan para los déspotas, si en algo se oponen á los deseos de los que, imperando sobre los cuerpos por un derecho que aún busca sin encontrarle la razon, quieren tambien imperar sobre las conciencias; entónces fué cuando nació ese dicho popular que anda en labios de todos, esa frase punzante y aguda como la hoja de un puñal, fina como una sonrisa sarcástica que penetra hasta el corazon, y parece desgarrar los oídos del que la escucha; ese viejo proverbio toledano, tan natural, y sin embargo, tan excéptico, que parece un grito desesperado del esclavo, defensa de todas las injusticias, expresion clara y evidente de lo que es en el mundo ley única, ley suprema: *allá van leyes, donde quieren reyes*. Pronto hará ocho siglos que salió de labios del primero que dió con el forma á su pensamiento, y aún, por desgracia, puede repetirse en todos los tonos y en todos los idiomas por casi todos los pueblos de la tierra.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

## LOS BUFONES EN FRANCIA

DESDE ENRIQUE II Á NUESTROS DIAS.

Brusquet escribió á la corte de Roma acusando al mariscal de haber huido de Francia y de haberse puesto á la cabeza de piratas argelinos que trataban de saquear á Ostia, Civitavecchia, Ancona y sobre todo el rico santuario de Nuestra Señora de Loreto. Pero la alarma del Vaticano duró poco, porque en breve se supo la falsedad de la acusacion. En cambio Brusquet fué acusado en 1562 de hugonote y de haberse apoderado de pliegos que contenían noticias desfavorables á la causa reformista. La acusacion era infundada, pero produjo su efecto, porque Brusquet se vió obligado á huir para salvar su vida, y el populacho mostró su ortodoxia católica saqueándole la casa. El fugitivo se refugió primero en Nogent, al lado de madama Buillon, grande amiga de los hugonotes, y despues en casa de madama Valentinois. Desde allí escribió á Strozzí procurando reconciliarse con él y suplicándole que influyera con las autoridades para que le permitieran volver á París; pero su petición no tuvo resultado, y perdiendo la paciencia y la salud, murió en el castillo de Anet en 1563.

Despues de Brusquet recuerdan las crónicas dos célebres bufones de la corte de Enrique III, especial patrocinador de esta clase de individuos. Llamábanse Sibilot el uno, y el otro Sebastian Chicot. El nombre del primero llegó á ser sinónimo de bufon de talento; y ser un Sibilot quería decir un hombre de agudísimo ingenio y de chistes de superior calidad. El duque de Mayena, que siempre estuvo conspirando, solía decir que para ser tan grande hombre como el Rey no se necesitaba más que algunas tropas y un Sibilot. Sin embargo, de Sibilot tenemos pocas noticias especiales; los biógrafos se extienden más acerca de la vida y hechos de Chicot. El Cardenal Perron en 1694 hace un gran elogio de este bufon; dice que era un noble gascon muy orgulloso de su naci-

miento, y que por nada en el mundo se quitaba la partícula de, antepuesta á su apellido.

Como muchos nobles gascones, Chicot era pobre, pero no fué á París en busca de fortuna, si no más bien en busca de proteccion contra el duque de Mayena, que había dado en enamorarse á una señora, objeto al mismo tiempo de los homenajes de Chicot. Su figura, su valor personal y sus chistes, atrajeron pronto la atención de la corte, y sobre todo del rey; y Chicot descubrió que podía sacar más provecho de su talento en los palacios del Louvre y de Fontainebleau, que dedicándose á cualquiera profesion en París.

Alejandro Dumas, en su novela *La Dama de Monsoreau*, traza una pintura de este personaje, que segun el nuevo diccionario biográfico, es un retrato exacto. La familiaridad que llegó á existir entre el rey y el bufon era tanta, que dormían en la misma habitacion y viajaban en la misma litera, tirada por seis mulas ó por otros tantos buyes cuando los caminos eran demasiado escabrosos. La litera, dice Dumas, contenía á Enrique, su médico, su capellan, el bufon, cuatro de los donceles del rey, un par de grandes perros de caza y una canastilla de chucherías que se apoyaba en las rodillas de Enrique III, pero que iba colgada á su cuello con una cadena de oro. Del techo de la litera colgaba una jaula dorada, en que iban dos tórtolas blancas con collarín amarillo. A veces se veían dos ó tres abejas en aquella especie de arca de Noé, como la llamaban los parisienses, y los viajeros se entretenían en hacer cintas, mientras Chicot hacia anagramas con los nombres de los cortesanos. Chicot era un hábil tirador de florete, y todos los dias tenía costumbre de tirar con el Rey; pero su lengua era todavía más aguda que su espada, y causaba en los cortesanos más profundas heridas. Generalmente asistía á la sala del consejo, y de cuando en cuando daba su parecer sin dejar de hacer pajaritas y barcos de papel y ponerlos en órden de batalla. En las ocasiones más serias Chicot solía decir un chiste que hacia reír al Rey á carcajadas.

Los graves consejeros se ponían entónces más serios que nunca, y cuando el Rey se reía á más y mejor, Chicot solía gritar con voz estentórea: ¡Silencio! lo cual detenía la risa del Rey inmediatamente y excitaba la de los consejeros. Una vez mirando desde las ventanas de Palacio observaron un fraile subido en un burro que predicaba á una multitud del pueblo que le rodeaba. El burro, oprimido y tal vez hambriento, rebuznaba de cuando en cuando mientras el predicador continuaba su arenga.

—¿Quién es el predicador?—dijo el Rey; —porque observo que hablan los dos á la vez.—El de abajo,—dijo Chicot,—es el más elocuente; pero el de arriba es el que habla mejor el francés.

En otra ocasion le encontró Enrique delante de un tablero de ajedrez considerando las piezas y meditando profundamente.—¿Qué haces ahí?—dijo el Rey.—La situacion de éste Rey me tiene con cuidado,—contestó Chicot.—En el ajedrez el Rey es un personaje insignificante: no tiene voluntad, no puede moverse más que trasladándose de una casilla á otra, á derecha ó á izquierda, adelante ó atrás, mientras que está rodeado de caballeros que saltan tres casillas á la vez, ó de peones que le cercan; y si está mal aconsejado, se pierde.

Enrique empleó alguna vez á Chicot en misiones diplomáticas, y una de ellas llevó para el Rey de Navarra, que despues fué Enrique IV. Dumas dice que Chicot salvó la vida del Bearnés en la batalla de Cahors, y allí dicen que fué donde el Rey de Navarra le hizo prometer que entraría á su servicio cuando Enrique III muriese. Flögel, el Cardenal Perron y Sully mencionan á Chicot como bufon de la corte de Enrique IV; pero es evidente que estuvo al servicio de los dos reyes, y el Borbon fué tan indulgente con él como lo había sido el Valois. En las Memorias para la Historia de Francia, tomo II, se dice que cuando el duque de Parma pasó á Francia, Chicot dijo al Rey delante de todos los cortesanos.—Amigo mio, veo perfectamente que no harás nada de provecho mientras no te hagas católico ó pretendas serlo. En otra ocasion, le dijo:—Estoy convencido de que para que reines pacíficamente en Francia, debes enviar al diablo á los papistas y á los hugonotes. En el sitio de Ruan, Chicot se condujo con tanto valor que hizo prisionero por su propia mano á Enrique de Lorena, Conde de Chaligny, y le llevó á presencia del Rey, diciendo á éste último:—Te regalo al conde; consérvalo. El conde, cuando supo que había sido capturado por un bufon, se puso tan colérico, que alzando la espada, le dió en la cabeza con el pomo un golpe tan violento que á los quince dias murió el pobre Chicot.

Durante su herida, pusieron en su cuarto otro herido hugonote. Visitóle un clérigo, y en el momento en que el hugonote estaba espirando, el clérigo le negó los consuelos de la religion diciendo que era herege, y no podía auxiliarse. Chicot no pudo llevarlo con paciencia, y débil como estaba, se levantó de la cama con ánimo de castigar al clérigo por su falta de caridad; pero ya se encontró tan débil que no pudo conseguirlo, y cayó otra vez en la cama, donde murió á muy poco tiempo.

En la corte de Luis XIII había dos bufones: uno llamado Maret, cuyas gracias consistían en imitar el acento gascon de ciertos nobles, y aún del mismo Richelieu; y otro agregado mas particularmente á la casa del hermano del Rey, Gaston de Orleans, y llamado Luis de Neufgermain. Este



Neufgermain era una especie de loco que aparentaba grandes habilidades para la poesía, y no componía más que desatinos. Dábase á sí mismo el nombre de poeta heteróclito de S. A. R. el duque de Orleans. Sus versos eran muy parecidos en la forma y en la sustancia á los de cierto pobre escritor de nuestros días que inventó la poesía que llamaba *pentacróstica* y *laberíntica*.

Los cortesanos le daban piés forzados los más extravagantes, y con ellos componía sandeces que hacían reír cuanto mayores eran. En la corte de Luis XIV el bufón más notable fué L' Angeli, hijo de buena familia, que había llegado tan á ménos, que tuvo á gran fortuna pasar á Flandes con el Príncipe de Condé como mozo de cuadra. Pronto su ingenio natural y satírico llamó la atención del Príncipe; y á su vuelta de Flandes, creyó hacer un buen regalo al Rey Luis XIII presentándole aquel muchacho. L' Angeli se hizo notable en el reinado de Luis XIV y llegó á ser el bufón oficial, en cuyo oficio reunió un caudal considerable, porque cuando los cortesanos querían que digese un chiste se hacía pagar de antemano y lo mismo cuando querían estar exentos de sus burlas.

Cuando murió este bufón, Luis XIV no le nombró sucesor. Con D' Angeli se cierra la lista de los bufones oficiales de la corte de Francia, lo cual no significa que no haya habido bufones desde entonces, lo mismo en Francia que en otras cortes, aun cuando no estaban agregados á la persona del monarca, ni recibían estipendio de Palacio.

Del tiempo de Luis XIV se recuerda un elegante cortesano, Vardis, que después de haber escandalizado á toda la corte con sus audaces galanterías, y por cierto que la audacia debía ser grande para escandalizar á los cortesanos de aquella época, fué desterrado por el Rey á Provenza, donde estuvo treinta años haciendo las delicias de las mujeres y la desesperación de los hombres que le envidiaban y no podían rivalizar con él. Al cabo de este tiempo el conde Vardis, ya sexagenario, obtuvo permiso para volver á París. No sabía cómo sería recibido del Rey, pero comprendiendo que todo dependía de la primera entrevista, pensó en presentarse en la corte con el traje que era la suprema elegancia en el día de su destierro, es decir, treinta años antes.

Presentóse, en efecto, en aquel traje y pareció tan ridículo, que el Rey y cuantos estaban delante soltaron la carcajada. Su cabeza era una perfecta caricatura y llevaba una de esas casacas azules bordada de galones de oro y plata que se habían llamado en otra época justillos de privilegio, porque nadie podía llevarlas sin un privilegio del Rey. Luis XIV, como hemos dicho, soltó la carcajada á la vista de aquel personaje que parecía arrancado de un cuadro antiguo, y el conde de Vardis exclamó:—¡Ah, señor! ausente de V. M. no solo se hace uno infeliz, sino ridículo. El Rey le presentó al Delfín á quien Vardis hizo una profunda reverencia. Luis se echó á reír y dijo:—Vardis, has cometido una tontería; ya sabes que nadie puede saludar en mi presencia á otro más que á mí.—¡Oh! dijo Vardis con aire que hubiera hecho honor á un bufón oficial; no sé nada; lo he olvidado todo desde que me ausenté de V. M. ¿No he hecho más que una tontería? V. M. tendrá que perdonar 30.—Es posible, contestó el Rey, pero te ruego que te detengas en la 29.

También hablan las crónicas del duque de Roquelaure como bufón oficioso de la corte de Luis XIV, reputación que debe principalmente á Saint-Simon que le odiaba, y por consiguiente le presentaba de la manera más desfavorable que puede. Para dar una idea de la especie de chistes que se gastaban en la corte de aquel famoso Rey, citaremos un extracto de Amadeo Renée, titulado: *las Sobrinas de Mazarino*.

Vivia entonces con el Cardenal la más joven de sus sobrinas, que era una niña de unos siete á ocho años de edad, llamada Mariana Manzini. El cardenal, una tarde se puso á chancearse con su sobrina acerca de los galanes que suponía la hacían la corte, y llegó hasta decirle que estaba embarazada. Mariana se puso colorada como un tomate, y su tío siguió la chanza y quiso continuarla hasta el fin, dando á cortar los vestidos de la niña para hacerle creer que tenía más abultado el talle. La cólera de Marianita divertía á toda la corte, y no se hablaba más que de su próximo alumbramiento, hasta que una mañana encontró entre las sábanas de la cama un niño recién nacido. Marianita tuvo que convenir entonces en su maternidad; dió grandes gritos de desesperación, é hizo colorado tiempo con el recién nacido, asegurando que no había advertido nada. La reina madre, Ana de Austria, hizo una visita de ceremonia á la niña y pidió que le hiciese el honor de nombrarla madrina del pequeñuelo. Toda la corte imitó á la reina Ana de Austria, y se des hizo en ceremonias y cumplimientos respecto de la imaginaria madre, pasando con gran pompa unos en pos de otros delante de la cama, según prescribía entonces la etiqueta. El cardenal estrechó á su sobrina para que declarase quién era el padre del niño, y ella respondió que no podía ser nadie más que el rey ó el conde de Guiche, porque eran los únicos que la habían dado un beso.

De esta naturaleza eran los chistes de aquel tiempo y de esta manera las personas de calidad preparaban el ánimo de las niñas para entrar en sociedad.

También hubo bufones en la corte de Luis XV, aunque no oficiales. No eran necesarios cuando el

Rey era el primero que tenía la imperturbabilidad del mayor bufón. En una ocasión en la tertulia real, y estando jugando á los naipes, Mr. de Chauvelin fué acometido de un ataque de apoplejía del cual murió. Al verle caer, dijo uno de los cortesanos:—Mr. de Chauvelin se ha puesto malo.—¿Mal? dijo el Rey volviendo la cabeza y mirándole; está muerto: que le saquen atuera; espadas son triunfos, caballeros.

El mayor bufón que se recuerda de la corte de Luis XV fué el mariscal Duque de Richelieu. Llamábase el Rey el hombre más inútil y más amable de su reino, y en una ocasión Luis dijo delante de él:—No hay en toda Francia un hombre más inútil.—¡Ah, señor!—respondió el duque en tono amable de reconvención, V. M. se olvida de sí mismo.

Con Luis XV tendremos que cerrar la lista de los bufones franceses de corte. Vinieron luego la libertad, la república, el primer imperio, Luis Felipe, otra vez el imperio y, por último, otra república, y entonces los bufones ya no se burlaron de los reyes, sino más bien de la nación entera. Vaya un ejemplo. Cuando Napoleón III reunió por primera vez las Cámaras después del golpe de Estado que le elevó al Trono, su primer ministro escribió un discurso de apertura en el cual decía que en las elecciones de diputados había reinado la mayor pureza y escrupulosidad y que todos los hombres de la Cámara elegida tenían la mayor libertad imaginable para expresar sus ideas.

Aún se podrían multiplicar los ejemplos, tanto de la época napoleónica como de las anteriores y aún de la posterior; pero esto no entra en el cuadro de nuestro estudio, el cual se refiere solamente á los bufones oficiales de las cortes.

NEMESIO FENANDEZ CUESTA.

## DOLORES.

(Continuación.)

### CCLI

Hubo algunos momentos de silencio. Dolores, al parecer tranquila, pero atermantada por un horrible malestar interno, se ocupaba de acabar de vestir á Carmen, y de tiempo en tiempo la besaba. La niña aparecía también triste y como fatigada. Estaba pálida, y con el aspecto de la convalecencia de una enfermedad.

—Padre mio,—dijo al fin Dolores,—nosotros acostumbramos á tomar café con leche por la mañana. ¿Será usted tan bueno que quiera ir por un cuartillo, ahí, cerquita, á la esquinilla? Yo voy á poner el café. Así acabaremos más pronto. Quiero salir con la niña cuanto antes. El aire libre la hará mucho bien.

—Yo me he consagrado á velar por tí y á servirte,—dijo el señor Blas.—Así cumpliré al mismo tiempo con mi conciencia y con mi corazón. No me des dinero,—añadió, viendo que Dolores echaba mano á su faltriquera;—me queda todavía. Pero dame el cacharro donde he de traer la leche.

Dolores se le dió.

—Hasta ahora,—dijo saliendo.

Y al bajar las escaleras, murmuró:

—Me echa fuera para quedarse sola con él. Y bien; sea lo que Dios quiera.

El señor Blas se interrumpió á la vista de una joven que subía, y que se rozó con él á causa de la estrechez de las escaleras.

—¡Vaya una hembra,—dijo,—y vaya unos ojos! ¿A dónde irá?

Aquella joven era María, la montañesa, la vaquerita de quien estaba enamorado don Pedro.

El señor Blas se había detenido. Necesitaba saber á dónde iba aquella buena hembra. Sintió que se detenía en la bohardilla de Dolores y que llamaba á su puerta.

—Vamos,—dijo el señor Blas;—es, sin duda, un conocimiento de Dolores; llega á tiempo; así Dolores no podrá hablar con el muchacho, y yo volveré antes que esa chieca se haya ido, y verá si, á mi vez, encuentro un pretexto para llevarme á Pedro.

Y continuó rápidamente el descenso.

### CCLII

—Necesito una explicación terminante,—dijo Dolores á Casquetillo en cuanto se quedó sola con él.

—¡Explicación! ¿Y de qué?—dijo Casquetillo, que continuaba apareciendo contrariado, confuso, sombrío.

—No, aquí no; allí,—dijo Dolores estendiendo su brazo derecho hacia la ventana, y señalando el lejano cementerio del Sur que desde allí se descubría;—allí, al pie de las tumbas de los padres de Carmen, entre el solemne silencio de la muerte. Allí no puede mentir un hombre que tema á Dios.

—Iré contigo,—murmuró Casquetillo.

—No, no,—dijo Dolores,—quiero oír misa antes en la capilla: no quiero que nada me distraiga.

### CCLIII

En aquel momento llamaron levemente á la puerta, como con miedo de parecer poco comedido. Casquetillo se levantó y abrió. Retrocedió al ver á María. Esta por su parte, dejó ver en sus hermosos ojos una expresión de alegría íntima, de expansión del alma. Una de esas miradas que son una revelación, que se exhalan sorprendiendo á la voluntad, anticipándose al sentimiento de la conveniencia, haciendo inútil la reflexión, alarmando al pudor; y cuando instantáneamente la voluntad se apercebe, el sentimiento de la conveniencia sobreviene, la reflexión acude y el pudor se siente excitado, encienden en rubor un purísimo semblante virginal y causan una confusión que completan la revelación, que la subliman, que manifiestan que el amor que por sí mismo y como por sorpresa se ha revelado en aquella mirada, es la predestinación del sér en cuyos ojos ha resplandecido con la luz casi divina del alma enamorada.

### CCLIV

Aquella mirada que se había hecho sentir en el mismo sér de cuyos ojos había fluido, que la había dicho que, á pesar de su voluntad, ella había adorado, acariciado, manifestado toda su ternura de que ella misma estaba asombrada, con un asombro de felicidad, á Casquetillo; y aquella mirada que la había enrojecido con un hechicero rubor, produjo en Dolores un efecto completamente contrario: la oprimió el corazón, la hizo sentir la mordedura de unos celos mortales, la estremeció, la empalideció, la desesperó, aumentó, porque el amor es infinito, el doloroso que por Casquetillo sentía, la saturó de amargura, la hizo sentir un incomprensible aniquilamiento del sér viviente por un exceso de vida; la ansiedad de las ansiedades, el dolor de los dolores. Se sintió como estrujada por la mano descarnada y fría de una desgracia implacable: sintió sobre su frente el aliento helado de la muerte.

### CCLV

María se reprimió cuanto la fué posible, adelantó, y dijo con la voz insegura:

—Muy buenos días.

—Muy buenos días, amiga mía,—respondió Dolores, que había dominado completamente su emoción:—¿cómo va? ¿se ha repuesto usted por completo del accidente de ayer? Siéntese usted.

—Aquello no fué más que un vahido,—dijo sentándose María:—yo vengo á dar á usted las gracias por sus cuidados y por el afecto que me demostró.

—Yo no hice nada que ni siquiera merezca recordarse,—dijo con una afable facilidad Dolores.

La conversación se hacía difícil: las formas no bastaban: había allí algo explícito, sentido y comprendido por los tres. María estaba en una posición falsa, y como era pura, y estaba bien educada, comprendiendo su situación se sentía como sobre áscuas.

A pesar de las graves sensaciones que pesaban sobre el alma de Casquetillo, experimentaba no sabemos qué deleite recóndito, qué alegría misteriosa, qué influencia superior á su razón, por lo que había visto, y aún continuaba viendo, en la primera mirada de sorpresa de María y en la confusión que á aquella mirada había seguido, y que aunque ménos perceptible, más dominada, continuaba.

### CCLVI

—Yo venía además á otra cosa,—se apresuró á decir María.

—Disponga usted de mí,—dijo Dolores con su dulzura habitual.

—Yo creo, por lo que ayer ví,—continuó María,—que usted trata con confianza á don Pedro, á ese señor que vive más arriba.

—¡Oh, sí!—dijo Dolores.

—Pues bien; yo quisiera que usted suplicara á don Pedro....

### CCLVII

En aquel momento llamaron á la puerta. Casquetillo se levantó y abrió.

Apareció don Pedro, ni más ni ménos que como si María le hubiese evocado al nombrarle.

Venia en pantuflas, con un levitón raído, un pantalón viejo y corto con rodilleras, y un gorro tunecino también muy traído y llevado.

—Te he oído, te he sentido,—dijo dirigiéndose á María:—yo siento tus pasos y los conozco desde que empiezas á subir las escaleras: ¿por qué te has detenido aquí? ¿Por qué no has subido?

Vaciló María, pero instantáneamente tomó esa expresión de resolución que tanto se determina en los jóvenes que tienen aún algo de niños, y que marcan la valentía de una voluntariedad que aún no ha domado la experiencia de la desgracia:

—Pues mire usted, don Pedro,—dijo María:—yo creo, por lo que he visto, que usted y mi amiga y ese joven son ustedes... ¿qué diré yo? como si fuesen una familia.

—¡Indudablemente, indudablemente!—dijo don Pedro que miraba alternativamente, con un recelo mal encubierto, á María y á Casquetillo.—¿Pero á qué viene esto?

—Viene,—dijo María acreciendo en resolución,—á que yo necesito decir á usted algo que no me atreva á decirle, y he venido á buscar á mi amiga para que ella se lo dijera á usted.

—¿Y qué es ello? ¡Sepamos!—dijo don Pedro con la lengua contraída, tartamudeando.

—Pues es, que yo no me quiero casar con usted,—dijo María.

### CCLVIII

No sabemos lo que hubiera contestado don Pedro, porque en aquel momento, la puerta, que había quedado únicamente encajada, se abrió y apareció el señor Blas, que traía en la mano el cacharro con la leche.

—Y dice bien la muchacha,—exclamó dejando sobre la mesa el cacharro.—¿Quién diablos, que no esté loco, puede pensar en el casamiento de una chieca que se viene al mundo y con más hermosura que la que conviene, con un vejeterio setentón? Si á lo ménos estuviese usted en los tiempos en que conoció á la excelentísima señora condesa de X...

### CCLIX

Sucedió lo que la noche anterior. Don Pedro se estremeció, miró con el espanto del pánico al señor Blas, y sin ser dueño de sí mismo, se levantó, y se dirigió como en fuga hacia la puerta. Pero el señor Blas le atrapó en el momento que la abría. Por razón del impulso salieron ambos al descansillo.

—Tenemos que hablar,—le dijo:—le conviene á usted, me conviene á mí, nos conviene á todos: espéreme usted en su cuarto.

Y le soltó. Don Pedro, vacilante como un ebrio, subió á su mechina. El señor Blas volvió á entrar en la bohardilla.

### CCLX

María se despedía. Se sentía allí mal: tenía á su vez celos, ó más bien sentía, sin comprenderlos, los efectos de los celos.

Dolores, aunque jorobada, la parecía hemosisima, irresistible: y en verdad la excitación de su sentimiento, su exaceración daban una hermosura ideal, suprema, á los grandes ojos negros de Dolores, y á su mirada algo de prepotente, de sobrenatural, de supremo: aparecía en ella como en una trasfiguración, un sér de más allá de la vida: había en sus ojos luz, más que luz, esplendor: María veía con un doloroso asombro que Dolores, á pesar de su corcoba, era una criatura irresistible: como que ella misma se sentía poderosamente atraída por ella.

Se despidió, al fin, procurando dominar su confusión, y se fué: ni Dolores ni Casquetillo dijeron una sola palabra despues de la salida de María: únicamente el señor Blas dijo:

—Vamos, yo hacia falta aquí, y Dios me ha traído á tiempo: todo esto se arreglará.

—Y qué hay aquí que arreglar?—dijo Casquetillo.

—Más de lo que tú piensas, muchacho,—respondió el señor Blas.

—Yo creo que todo está perfectamente arreglado,—dijo Casquetillo;—yo espero más: es necesario que cuanto antes Dolores y yo nos casemos.

Dolores se había puesto á hacer el café: no dijo una sola palabra. Carmen, asida á sus ropas estaba junto á ella.

—Cuando digo yo que aquí hay que arreglar mucho!...—dijo el señor Blas.

Y se interrumpió. Luego, despues de algunos instantes de silencio, añadió:

—Y por qué te callas tú, hija mia, cuando este buen mozo dice que se quiere casar contigo?

—Porque quiere desesperarme,—dijo con irritación Casquetillo.

—No, no es por eso;—dijo Dolores con la voz lánguida y triste:—es porque...

Y se detuvo.

—Veamos,—dijo el señor Blas,—una razón.

—Porque yo estoy ya bastantemente casada... con mis deberes,—dijo Dolores con la voz firme.

Pero bajo aquella firmeza se sentía algo que daba espanto por lo doloroso.

## CCLXI

—Tomemos el café,—añadió Dolores empezando á poner un muy pobre, pero muy limpio servicio sobre la mesa.—Yo voy á salir con la niña: pero es temprano y habré vuelto á la hora del almuerzo: á las once estaré aquí.

—Sabe Dios donde estaré yo á las once,—dijo el señor Blas;—pero explícame algo acerca de eso de tus deberes.

—Yo me debo toda á esta pobre criatura,—dijo Dolores.

Y se inclinó y besó á Carmen.

—Y acaso no me debo yo todo entero á ella y á tí?—exclamó con vehemencia Casquetillo.

—Por Dios, no hablemos más de esto,—dijo con una dulce firmeza Dolores:—yo he tomado una resolución decisiva, no debo apartarme de ella, y no me apartaré.

—Bueno,—dijo el señor Blas;—¿no quieres que hablemos más? Pues no hablemos: esto es una tormenta: todas las tormentas pasan y esta pasará también: repito que yo lo arreglaré todo.

## CCLXII

Tomaron el café en silencio. Era difícil, dejada aquella conversación, entablar otra. Casquetillo estaba consternado: conocía bien á Dolores: como era natural, las dificultades que se levantaban delante de él irritaban el amor del alma que le había identificado con Dolores. Por otra parte, el conocimiento de que Matilde había causado la muerte de sus padres, había convertido en un aborrecimiento cruel, ansioso de venganza, la fascinación que la maravillosa hermosura y el alma de fuego de Matilde, le habían hecho sentir. En cuanto á María, la débil impresión que en él había causado había pasado: se había borrado completamente: se había olvidado de la jóven y hermosa montañesa como si nunca la hubiera visto.

## CCLXIII

—Bien,—dijo cuando hubo tomado, haciendo un esfuerzo, su café;—puesto que nada tenemos que hablar, me voy: tengo que ir á la redacción y dar cuenta de mi persona. Como siempre volveré á la hora del desayuno.

Y tomando su sombrero se fué. Estaba seguro de que el señor Blas abogaría por él con Dolores, y quería dejarlos solos.

El señor Blas no se atrevió á seguirle: además de esto, y teniendo en cuenta un proyecto que había concebido, le importaba mucho más hablar cuanto antes con don Pedro. Por otra parte, veía que no era la ocasión oportuna de convencer á Dolores, de desarmarla, y se apresuró á salir.

—Tú tienes que vestirte, hija mia,—la dijo:—y yo tengo que hablar con... tu abuelo, esa es la verdad... tu abuelo... cuando yo digo que lo arreglaré todo! Conque ¡adios: no sé si podré venir á la hora del almuerzo: hasta muy pronto, sin embargo.

Y sin esperar la respuesta de Dolores, se fué.

Dolores se vistió, acabó de arreglar á la niña, bajó con ella, dejó la llave al portero por sí Casquetillo no iba á buscarla al cementerio, y volvió ántes que ella, y tomó, llevando á Carmen de la mano, hácia la calle de Atocha.

## CCLXIV

Casquetillo no había ido á la redacción de su periódico. Le importaba muy poco todo lo que no fuese Dolores. Se embosó, por decirlo así, en el café de San Sebastian, tras una vidriera, replegado en un rincón. Dolores debía pasar por allí para ir al cementerio. Pidió una copa, la pagó para estar libre, y esperó.

## CCL

No tardó en pasar Dolores. En la lentitud de su marcha se comprendía el abatimiento de su espíritu: llevaba la cabeza

inclinada sobre el pecho, y dejaba tras sí como una estela de dolor. Casquetillo esperó aún despues de que Dolores y la niña hubieron pasado y desaparecido, y luego salió del café y las siguió muy á lo largo. Dolores tomó un carruaje en la parada de delante del Banco de España: teniendo en cuenta lo rígido de la economía de Dolores, Casquetillo no pudo dudar de que Dolores se sentía mal, de que no podía llegar á pié al cementerio. El carruaje que había tomado arrancó: entónces Casquetillo partió á la carrera, llegó á la parada, tomó otro carruaje, y mandó al cochero siguiera al que conducía á Dolores y á la niña.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará).

## CRÓNICA.

O Abril ha robado á Febrero el privilegio de ser loco, ó envidioso de la fama que al Benjamin de los meses del año pudiera caberle por su locura, en estos tiempos que acreditan su formalidad con pedrados y secuestradores, ha querido ser loco también. No de otra manera nos explicamos que un día, sofocado y ardiente por la visita del sol, nos haga pensar con su trato cariñoso y afable en la proximidad del caloroso estío, y que al siguiente se ponga serio, se le anuble el rostro, lance contra nosotros torrentes de su ira lluvia y granizo, amenace convertirnos en estatuas de nieve y no tenga, para los que tanto esperábamos de su venida, otra cosa que la herencia de Marzo; el campo que verdea, la lenta y parsimoniosa resurrección de los árboles y un derroche de lilas que se disputan nuestras miradas en las puertas de los templos, en los tios de los balcones y en las cabezas de las mujeres bonitas.

Los que han dicho que Abril es la gran exposición que anualmente abre la naturaleza á la admiración de los hombres, no han pensado que la apertura de esa exposición pudiera retardarse alguna vez, y justamente este año se ha retardado. Las mañanitas, más que para ver exposiciones están para coger pulmonías. Las horchaterías abiertas podrían representar gráficamente el anacronismo. Y los blancos y almidonados delante de donde las horchateras guardan las cucharillas y las propinas, nos hacen el efecto de un témpano de hielo.

Pero no acusemos á Abril de perezoso. Esas faltas que en él lamentamos son más que de su pereza obra de su error. No supo ofrecernos un idilio, y nos ha ofrecido una tragedia. No tuvo virtud para congregarnos, como otras veces, á la juventud enamorada en las hermosas calles de árboles del Retiro, y ha tenido valor para reunir inmensa é inquietada muchedumbre al pié de las gradas de un patíbulo. Un cuadro espantoso; en el fondo el crimen que el olvido ha empezado á borrar, y en primera fila la expiación terrible, para la cual el tiempo es una palabra hueca de sentido. La pasión que empieza en el oscuro y triste calabozo de una cárcel alumbrado por cuatro velas verdosas, y donde se oyen, haciendo coro á las palabras de consuelo del sacerdote, y á la respiración fatigosa del reo, las voces de los presos que gritan una salve, y acaba en manos del verdugo. Los impulsos generosos de la caridad que llevan á los labios palabras de rezo y de perdón, y el impulso irresistible de la curiosidad empeñado en contar hasta el último segundo de la agonía de un desventurado. Algo como una romería y un entierro.

Cuando todo acabó, la multitud que había presenciado la ejecución, lanzó un grito sordo y prolongado.

Mezcla de oración y de rugido.

\* \*

La Academia Española, dejó por breve rato su casa de la Calle de Valverde y se trasladó al templo de las Trinitarias. No iba á confesar dudas etimológicas; ni á purgar arcaísmos; ni á pedir que los sillones que resulten vacantes se ocupen con escritores místicos, por que eso lo hace sin pedirlo; ni á rezar porque las dietas se aumenten y el diccionario se concluya pronto: iban á unir sus plegarias á las de la iglesia en las horas fúnebres, que á la memoria del Príncipe de nuestros ingenios se celebraban, y á saber si el sepulcro de Cervantes seguía en su sitio.

Porque aun cuando parezca extraño, este deseo era muy natural. Dias antes en una sociedad geográfica, se había presentado á Cervantes como viajero, y descubierto este nuevo mérito en él, no era mucho temer que sus restos anduvieran de viaje.

El genio sería la más grande de todas las virtudes sin los envidiosos en vida y sin los falsos testimonios de los comentaristas despues de la muerte. Pero estas dos plagas acibarán no poco la gloria, y Cervantes ha sido como ninguno víctima de ellas. Los cervantistas no le dan momento de reposo. Green sin duda que no es bastante para su fama, sin más allá, el haber escrito las admirables páginas del *Quijote*, y no cesan de buscar en él nuevos talentos. Así le han hecho médico, marino, juriconsulto, maestro de obras, y milagro que no agente de orden público, tenida en cuenta su habilidad en descubrir los misterios de la casa de Monipodio.

Estuvieron en moda las sociedades mineras, y le saludaron sus comentaristas como un gran ingeniero de minas, atendidas las escavaciones que

hizo para librarse de su cautiverio en Argel; construyese el hipódromo, y no faltó quien dijo que Cervantes era muy entendido en carreras de caballos y que de ello acreditaban los troteos de Rocinante; se dijo en tono burlon que el autor de *La tía fingida* debía ser conservador-liberal, y un periódico, fundándose en que un autor inglés ha dicho que en *Don Quijote* quería pintarse á Carlos V, ó á San Ignacio de Loyola, ha sostenido que Cervantes debía ser ultramontano; la prensa de toda Europa, elogia ahora con entusiasmo las exploraciones del navegante sueco Nordenskiöld, y ya tenemos á Cervantes viajero. Por este camino no es extraño que se quiera demostrar mañana que era tan inventor como Edison ó tan matador de toros como Lagartijo.

Si nó de Cervantes, sino de Calderon de la Barca se hubiese dicho que era viajero, lo hubiéramos creído. Sus restos mortales, más que de un coche fúnebre, van á necesitar de un carro de mudanzas. Comprendemos que se admire y reverencie al gran dramático, gloria de España, pero la admiración no nos parece que está reñida con la quietud. Que se pronuncien discursos en su elogio; que se representen sus inmortales obras en todos los teatros, que se le dediquen sonetos y décimas á destajo, que se escriban en honor suyo miles de loas, aunque preferimos una Lola fea, á una loa bonita, pero que se le deje quieto. Estrenó el viaducto de la calle de Segovia, no para suicidarse, sino para ir en restos desde la iglesia de San Francisco al cementerio de San Nicolás, y ahora vuelta á salir de San Nicolás para establecerse, suponemos que interinamente, en la iglesia de San Pedro de los Naturales. No parece sino que sus admiradores, guiados por noble emulación, se han propuesto, ya que él demostró que *La Vida es sueño*, demostrar que la muerte es andar de un lado para otro. Si es así, les aconsejamos que renuncien á los aplausos de la posteridad generosamente y dejen los restos de Calderon tranquilos.

La gloria para ser eterna no necesita mudarse de casa.

Si como tiene interpelaciones tuviera elogios, el gobierno del Sr. Cánovas sería el mejor de los posibles y apesadumbrados pero imparciales tendríamos que reconocerle merecimientos que hoy con justicia le niega todo el mundo. Si los errores gubernamentales de la actual situación, así en lo que á la recta interpretación de los preceptos consignados en el Código fundamental se refiere, como en lo que toca á los desórdenes administrativos, á la falta de seguridad individual y á las dudas en la legislación, justifican un debate político, sereno y ardientísimo, la discusión de los presupuestos, tan olvidada siempre y nunca como hoy, tan digna del concurso valioso de todos los partidos aconseja esperar. Pero no es la tregua tan pacífica como la tranquilidad, y el sueño de los ministros la quisieran. Frecuentemente la denuncia de un periódico, las gravísimas dudas á que dan lugar las contradicciones entre la ley de matrimonio civil, y el decreto de 13 de Febrero de 1875 obra del Sr. Cárdenas; la inmunidad del diputado desconocida ó el humanitario deseo de arrancar al patíbulo alguna de sus víctimas, provocan en el Parlamento incidentes ruidosos de gran trascendencia, y entonces es de ver cómo los ánimos se acaloran, el Gobierno sufre, y la campanilla presidencial repica. Resultado de estas escaramuzas, es la larga lista de las interpelaciones anunciadas que, ó mucho nos equivocamos, ó muere el Gobierno sin dejar sus cuentas corrientes.

La interpelación del Sr. Candau meditada y enérgica, fué un viaje de exploración y estudio por el centro de la administración española. Como De Maistre cuando viajaba alrededor de su cuarto, el Sr. Candau, recorriendo los laberintos de la administración pública, ni se extravió ni ha dejado de sacar saludables enseñanzas. No ha temido perderse en los oscurísimos túneles de que el camino estaba lleno, y separando con discreta mano el lienzo pintado, que cubría su entrada fingiendo paisaje ubérrimo de vegetación esplendente, ha encontrado la hegemonía de la inmoralidad, las sociedades de créditos abandonadas, el comercio perdido, el contribuyente en la miseria, la tiranía para el pobre y la impunidad para el poderoso. Viaje por tierra de la Mancha en día ardientísimo de Agosto. La tierra seca y polvorienta, el cielo azul, el sol sofocante. De hora en hora un árbol raquítrico que nos recuerda otros climas; ó un molino de viento que espera en vano el reto de un caballero andante. Más fácil es que lograra su deseo si esperase asalto de bandidos.

El Gobierno, en cambio, más que á estos asaltos, debe temer á las deserciones. No hay asunto que en el Parlamento se dilucide que no dé motivo á una disminución en las fuerzas de la mayoría; y este fenómeno, que aisladamente juzgado pudiera creerse desprovisto de trascendencia, es muy significativo cuando se tiene en cuenta que un partido político es algo más que un ejército, y que cuando la unanimidad en las prácticas de gobierno falta, la muerte se avecina. El partido conservador ha venido sufriendo, tiempo hace, grandes desprendimientos, y ya apenas si cuenta con la devoción de los amigos personales del Sr. Cánovas, que ha tenido la virtud de procurarlos asiento en el banco azul, y con el apoyo más bien resignado que entusiasta de los llamados húsares, que no tienen otra disciplina ni otro ideal político.

que la voluntad de su espléndido jefe. Lo mismo que la solución de la crisis de Marzo separó de la mayoría a los amigos del general Martínez Campos y el presupuesto de Cuba al Sr. Fabié, cuya actitud de oposición decidida y enérgica, más que en el discurso de despedida, se ha notado en la denuncia hecha de absurdos legislativos que profanan la santidad de la familia, el debate político que se anuncia puede traer otra nueva y más honda división en el partido conservador, y con ella su dispersión completa y total ruina. Pero aun sin esto, los constitucionales creen que aprobarse los presupuestos y recibir la herencia de Cánovas será todo uno.

No se contentan con parodiarse a Job, y quieren ser émulo de los Santos Inocentes.

Los presupuestos de la Península se han empezado a discutir: los de Ultramar se han aprobado en el Congreso. Del debate, que para llegar a este acuerdo fué preciso, quedan un recuerdo y un desengaño. El recuerdo de sesiones soñolientas, en las que era rarísimo encontrar arriba de una docena de diputados, y en las cuales pronunciaron discursos notables y elocuentes los Sres. Labra, Moret y Portuondo, con los que contrastaban mucho las declaraciones ministeriales de algunos diputados cubanos; el desengaño, de no haber encontrado en los presupuestos de Ultramar ninguna de las reformas económicas que la resolución del problema cubano exige.

Buscábamos esas reformas en ellos con la ansiedad con que los anticuarios buscan los sepulcros de los Faraones en las escavaciones de la necrópolis de Tebas, y hemos encontrado el sepulcro vacío.

En el Congreso y en el Senado, la consternación ha sido tremenda. Huyó presuroso de allí el ángel de la elocuencia, yendo a perderse entre las sombras, como el barco roto y deshecho por tempestad terrible va a sumergirse en lo profundo de los mares; alternaron con las oraciones que de ordinario se oyen en el severo templo de las leyes, palabras profanas, a cuyo frente venían estas dos: «robos y secuestros»; no nos asaltó, como otras veces, el recuerdo de las glorias que llenaron nuestra tribuna con la magia seductora de su palabra, y obra de espejismo o milagro del sueño, vimos desfilar por el augusto recinto de las leyes sombras horribles, que con sombrero calañés en la cabeza y trabuco al brazo, no pedían presupuestos sin déficit, sino la bolsa o la vida. Fué en los días en que se hablaba del secuestro de Molinero y del desarme de los guardias civiles, y en que el Sr. Cánovas del Castillo maldecía de ciertas conquistas de la revolución. Los debates habidos con tal motivo en el Parlamento dan sobrado asunto para una novela de Ponson Du Terrail, ó para asegurar que Dumas no exageraba al hablar de lo que era la seguridad individual entre nosotros. Bandidos que contratan con los constructores de ferro-carriles, y cobran contribuciones no votadas en Cortes, pueblos y trenes asaltados, secuestros que quedan impunes, una lista de celebridades tristes, que se multiplican como los infusorios. Sólo falta que la poesía popular cante sus hazañas, y que los ciegos vayan de pueblo en pueblo con su canturreo tristísimo, que horroriza más que deleita, preguntando sus fechorías. Entonces no será difícil que los ingleses, que se perecen por las emociones fuertes, vengán a conocerlos, ni más ni menos que el doctor Rumphius, fué buscando momias al Egipto.

Los bandidos existen, luego están en alguna parte. Saber donde, debe ser aunque no lo parezca, problema tan difícil como el del movimiento continuo, cuando es cierto que la Guardia civil no los ha encontrado todavía. Se sabe de ellos que son rumbosos al modo de sus antepasados Diego Corrientes, Jaime el Barbudo y Los Niños de Ecija; que encuentran siempre un cortijo donde descansar y un arca con dinero; que marchan de dos en dos para no ser sorprendidos, que duermen entre los jarales, que usan escopetas de dos cañones sistema Remington, puñal y revólver y que están provistos de anteojos de campaña para ver a la Guardia civil. Si el bandidaje sigue, se va a hablar de los montes de Toledo con la misma curiosidad que de los zulús.

Parece lo natural que habiendo en España Guardia civil y ejército, el Gobierno no debía consentir que la seguridad individual se cotizase a ménos precio que el consolidado; pero quizás el Sr. Cánovas ha comprendido que tal empresa con ser seductora y gloriosa no estaba a su alcance, y se ha contentado con renegar de la revolución, con decir que el bandolerismo es una enfermedad social incurable en nuestro país, y con acusar de ineficaces a las leyes, olvidando que en el momento en que tales cosas decía, veintitres sentencias de muerte lanzadas por los tribunales y cinco cadáveres surgiendo horribles de entre las sombras llevaban a todas las conciencias el temor y el espanto.

Después el Sr. Cánovas saltó desde las lamentaciones de Jeremías a los salmos de David, y dijo que en los campos de España se disfrutaba más tranquilidad que en París y en Londres.

Más que en París y en Londres, no. Tanta como en el centro del Africa, sí.

En el trabajo lento, pero de éxito seguro, que exige el restaurar en sus antiguos pedestales a las conquistas democráticas, por las aguas de inespere-

rada inundación ocultas a la vista cariñosa y fecundante del sol, cabrá gloria imborrable al Manifiesto progresista democrático que se publicó poco tiempo hace, y al cual responden numerosas adhesiones. Pero los albores del renacimiento vienen de más atrás. En todas las sociedades, a la libertad política ha precedido la libertad de comercio, y a todos los recuerdos de beneficios perdidos se ha anticipado el recuerdo de las ventajas que al consumo reporta siempre la facilidad en el cambio de producción. Si la sanción de los derechos individuales favorece el engrandecimiento de la vida política, que es el engrandecimiento de las sociedades, las ventajas de la reforma arancelaria de 1869 se demuestran con la evidencia incontestable de los números, y no protestar contra su suspensión hubiese sido debilidad punible. Para defender esa reforma y recabar nuevas adquisiciones, por la iniciativa del ilustre orador, Sr. D. Gabriel Rodríguez, con el concurso de reputados economistas y el apoyo decidido del comercio, renació la Asociación para la reforma de los Aranceles. Su vida es corta, pero laboriosa. En los *meetings*, en la información lanera, y ahora en la relativa del derecho diferencial de bandera, ha logrado grandes triunfos y no es extraño. Defiende la verdad, y tiene por fiel aliado a la elocuencia.

Día solemne, ansiado, grande, glorioso, inolvidable. La elocuencia entraba en la Academia Española, y aquel recinto augusto que nos habla de tantas glorias literarias, de la valiente inspiración de Nicasio Gallego, del genio dramático del duque de Rivas, de las obras admirables de Vega y de Ayala, le llenaba todo entero el gran tribuno, con su asombrosa imaginación, con su ingenio poderosísimo, con su alma de artista que busca siempre la eterna revelación de la hermosura, con la magia de su palabra que ha robado a la música su ritmo, a la pasión sus acentos y su brillo al sol.

La elocuencia se llama Castelar. Cantor de la naturaleza, cuya transformación incesante le habla de la inmortalidad; cantor del arte porque en él empieza la religión luminosa de la libertad; cantor de las grandezas de la patria, porque cree que para pensar necesitamos de su lengua, y para rezar y para explayarnos en lo infinito, necesitamos de sus poesías y de sus plegarias; cantor de la libertad y de la democracia, Castelar como orador, no sólo pertenece a España, pertenece al mundo. No se le juzga, se le admira, y al oírle sentimos dentro de nosotros algo del divino espíritu que anima su palabra, lloramos lo que él llora, amamos lo que él ama, aborrecemos lo que él aborrece, y le aplaudimos con delirio, orgullosos de que hable la hermosa lengua de Cervantes.

Ni en la Dióspolis Magna llena de palacios y templos y obeliscos y sicomoros que tenía por espejo las aguas del Nilo; ni en la Grecia de los sombríos bosques, del Partenon, de los dioses olímpicos, del Parnaso y del taller de Fidias; ni en la Roma gentilicia del Foro, del Capitolio y del Senado; ni en el Parlamento inglés cuando Chatam arrebataba con sus discursos; ni en la Revolución francesa, y eso que al decir de Lamartine, nunca tal vez en este mundo, desde la encarnación de la idea cristiana, produjo país alguno en tan corto espacio de tiempo semejante erupción de ideas, de hombres, de naturalezas, de caracteres, de géneos, de catástrofes, de crímenes y de virtudes; ni en la oratoria sagrada de que es el genio Bossuet; ni en los bosques vírgenes de la Irlanda, donde O'Connell era, por virtud de su inspirada palabra, el jefe y el profeta y el Dios de su pueblo, recibió adorno ó merced la elocuencia que el Sr. Castelar no posee. Su oratoria es la heredera legítima de tantas otras inspiradísimas; su nombre digno de figurar al igual de los de Cicerón y Demóstenes y Mirabeau; su fama universal.

Después de lo dicho, no quiero dar noticias biográficas de Castelar, porque creo que esto sería hacer una ofensa a mis lectores. La gloria de Castelar es tan grande, que a todos los españoles nos toca por serlo algo de ella, y por eso pocos son los que no saben de memoria la vida del gran orador. Saben que a los veinte años pronunció su primer discurso, que fué su primer triunfo, y le ganó reputación inmensa; saben que explicó en el Ateneo de Madrid acerca de *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, y que sus admirables oraciones se han traducido a casi todos los idiomas; saben que ha escrito preciosas novelas, que ha sido catedrático; que el día que habla en el Parlamento se prefiere una papeleta de tribuna a un billete de Banco; que lee mucho; que es distraído; que publica libros a destajo y cuenta los artículos por millares; que tiene una memoria sin rival, y que entró en la Academia el pasado domingo.

Todo el mundo pregunta por qué no ha entrado antes y este es su mejor elogio. De otros académicos se pregunta por qué han entrado.

¿El discurso?... De Castelar.

Sé que no lo van ustedes a creer, pero la noticia es ciertísima, aunque parezca tan inverosímil como que el señor Cánovas abandone el poder por su propio y voluntario desistimiento ó cierre la envidia a los literatos las puertas de su casa. Campoamor ha publicado la quince edición de sus *Doloras*... sí, señores, la quince. Esto, en España, es

un milagro, pero conviene no olvidar que Campoamor ha hecho ya otros. Ha hecho que el público le lea y le ame, que las mujeres se le aprendan de memoria, que el talento le admire, que todos los poetas le estudien y que la crítica le salude como al poeta de más eterna juventud, más pensador, más original, más sencillo y más popular de España.

El carácter de su poesía; la tendencia de ella, unir la ligereza con el pensamiento y la concisión con la importancia filosófica; su *humorismo*, son los que mejor convienen y más al vivo retratan el carácter de nuestra naturaleza, en la cual viven en vecindad estrecha la risa y el llanto, y de nuestra época, que se asusta más de la cárcel que del infierno; que reza a los santos y los encuentra feos; que duda de todo y en todo cree.

Campoamor ama a lo bello sobre todas las cosas y a sus amigos como a sí mismo. No es el primero que ha escrito *Doloras*, pues Heine y Musset tienen algunas composiciones de ese género; pero es el que las ha escrito mejor. No tiene antecesor ni tendrá herederos. Zorrilla tuvo por padre un ruiseñor. Campoamor, como poeta, no tiene padre conocido. Pero canta tan bien como el ruiseñor, y sabe más... mucho más.

La quince edición de las *Doloras* lleva el retrato del autor.

La poesía con cara de banquero.

Cuando hace poco más de un año publicó Ortega Munilla su preciosa relación contemporánea *La Cigarra*, la crítica, admirando en este libro la ternura infinita, lo primoroso del estilo, la delicadeza de los pensamientos y el colorido de los cuadros, y recordando los veinte años del autor se preguntaba: «¿Dónde ha aprendido a escribir Ortega Munilla?»

Después de aquella *Cigarra*, que además de su guitarra rota, de su desnudez y de su gracia trajo un conflicto para la señora de Añover y una reputación envidiable para Ortega, vino *Lucio Teller*, ménos aplaudido con serlo mucho de lo que en justicia merece; luego *El tren directo*, que acaba de proporcionar a su autor un nuevo triunfo y ahora todo el mundo se pregunta: «¿Cuándo escribe Munilla?»

Por que su actividad, que sería plausible siempre, es prodigiosa, tratándose de obras como *El tren directo*. Se puede abrir este libro por cualquiera de sus páginas, seguros de encontrar en ellas descripciones admirables, ingeniosos pensamientos, aroma y color. Las imágenes brotan de la pluma de Ortega como las flores en el campo llegando Mayo. Leed *El tren directo*, y pensareis lo mismo que yo. El novelista no habrá alcanzado la experiencia que dan los años mejor que el talento; se echarán de ménos las grandes pasiones, y se notará que huye de los conflictos, más que por no sentirse capaz de aborzarlos, por que le desagradan; pero el escritor se ha apropiado todos los estilos y recuerda a Gautier en el color, a Dickens en los detalles y a Galdós en la delicadeza y en la ternura. ¡Qué mejor elogio! Dickens y Galdós son dos de los primeros novelistas de Europa.

leyendo *El tren directo* se admiran tan bonitos pasajes, como viajando por el Norte de España con más tranquilidad y a ménos precio.

La noche en que se verificó el beneficio de Vico la función terminó a las dos. Si este sistema de acabar los espectáculos progresa, dentro de poco el público que asista a los beneficios regresará a su casa cuando los serenos dejan de dormir de pie y las criadas de servir van a la compra. Esto es contrario a las instituciones sociales, al orden público y a la tranquilidad de las familias, y debe concluir. Por fortuna los beneficiados no pagarán el gas. De otro modo los beneficios, más que de utilidad, serían motivo para conquistar aplausos y arruinarse.

Vico estuvo admirable representando un precioso cuadro dramático de Blasco, que fué muy aplaudido. La Magdalena arrepentida. Blasco, se ha cansado de hacernos reír y nos hizo llorar. Pero tan inesperado era esto en él, que un periódico que quiso dar cuenta del *Ultimo adios*, sin verle, dijo que «era un juguete que habia excitado continuamente la hilaridad del público.»

En el *juguete*, se muere Vico, la Mendoza Tenorio está a punto de volverse loca, y el público llora hasta desgañitarse.

Para quien a esto lo llama juguete, no hay más drama posible que la Necrópolis.

Al concluir la representación de *La Dama de las Camelias* en el Teatro de la Comedia, un célebre doctor amigo mio que ha asistido a la agonía de Margarita Gauthier (la Marini), abandona precipitadamente su localidad; sale por el pasillo central de las butacas, repartiendo pisotones y codazos, ve a un acomodador y le pregunta:

—¿Por dónde se entra al escenario?

—¿Qué quiere V., doctor?—le digo acercándome a él.

—Voy a estender la partida de defunción. La Marini se ha muerto de verdad, y como yo estaba en la primera fila de butacas, soy casi casi el médico de cabecera.

MIGUEL MOYA.

## Á LA MEMORIA

de mi querida hermana política D.ª Rosario de Anduaga  
VIUDA DE GARAY.

Del mundo te alejaste y fuiste al cielo  
en alas de la muerte trasportada;  
de tu sér sólo queda en este suelo  
materia inerte y forma inanimada.

Más siempre vivirás en la memoria  
como un rayo de luz de eterno brillo,  
de cuantos tengan fé y amen la gloria  
y rindan culto al mérito sencillo.

Porque el alma inmortal que á Dios debías,  
exenta de flaqueza y de malicia,  
hizo de la mansion donde vivías  
el templo del honor y la justicia.

Lloran allí lo mucho que perdieron  
tus hijos, tus hermanos, tus amigos,  
que en los azares de tu vida fueron  
de tu alto génio y tu virtud testigos.

FERNANDO CORRADE.

## MIS CANTOS.

Á MI AMIGO ANTONIO ZAMBRANA.

Zambrana... no, tú no sabes  
Mis recónditas congojas:  
Yo soy un árbol sin hojas,  
Yo soy un bosque sin aves.

Una fuente  
Cuyo cristal transparente  
No reproduce riberas  
De acacias y de palmeras,  
Ni en sus brutidos cristales  
Fingen mágicos cambiantes  
Las estrellas palpitantes  
De las noches estivales.

Muerde mudo y con furor  
El dolor el pecho mio...  
¡No hay silencio más sombrío  
Que el silencio del dolor!  
Mis cantares  
Ecos son de hondos pesares;  
Los lanzo al mundo con miedo,  
Pero guardarlos no puedo...  
Y en esta lúgubre calma  
Vienen á ser mis canciones  
Fugaces exhalaciones  
De las tinieblas del alma.

¿Por qué un dolor y un afán  
Perpétuos, goces me vedan?  
¡Mis desengaños se quedan,  
Mis ilusiones se van!  
Los arboles  
De mis años juveniles,  
El tiempo con mano fría  
Los transforma en noche umbría:  
Ya mi vigor se deshace,  
Nieve al cabello se adhiere,  
Pues cada goce que muere  
Es una cana que nace.

¡Cómo enferma una existencia  
Si rugen las tempestades  
Allá en las profundidades  
Oscuras de la conciencia!  
El pasado  
De mil recuerdos cargado,  
Cual fúnebre peregrino,  
Los echa en nuestro camino;  
Entónces el remordimiento  
Nos lastima tanto, tanto!  
Que se deshacen en llanto  
Las fibras del sentimiento.

¡Qué entristece á los que aman  
Ver desde extraños lugares  
Las sombras crepusculares  
Que los recuerdos derraman!  
Y allá lejos...  
A los últimos reflejos,  
Vagos, lánguidos, flotantes,  
De dichas agonizantes,  
Mirar ancianos que imploran,  
Vírgenes que himnos levantan,  
Y junto á niños que cantan  
Tiernas esposas que lloran!

Sueños de rosa y espumas  
De mi regalado Oriente,  
Venid, rasgad de mi frente  
Estas nieblas, estas brumas!  
Juventud,  
Con qué ráuda prontitud  
De mi horizonte te vas  
Para no volver jamás!  
Y al irte, en rápidos giros,  
Ayl ni siquiera me dejas  
La música de las quejas,  
El canto de los suspiros!

Un delirio, una ilusión  
Fué, Zambrana, ¿no te asombras?—  
La primer mancha de sombras  
Que cayó en mi corazón.  
¡Las mujeres!  
Esos misteriosos séres  
Hacen la vida querida  
Para robarnos la vida;  
Y de lo bello al través,  
Con halagos seductores,  
Llenan el alma de flores  
Y las marchitan despues.

Sus inocentes engaños  
Se llevaron mis creencias,  
Y aquellas albosescencias  
De aquellos primeros años.  
Mas no lloro

Ese perdido tesoro,  
Porque en sus ojos ardientes  
Bebí el amor á torrentes,  
Y amor todo lo creó;  
De amor al soplo fecundo,  
De las tinieblas, el mundo,  
Derramando luz brotó.

Con su aliento soberano  
Deifica el sér más mezquino  
Y lo humano hace divino  
Y lo divino hace humano.

Por do pasa  
Purifica, eleva, abrasa:  
Cuanto palpita ó se mueve,  
La vida en el amor bebe:  
Amor! principio inmortal,  
Sombra, fuerza, melodía,  
Luz, calórico, armonía  
Del concierto universal!

¡Y yo amé! El fecundo riego  
Bebió el alma estremecida  
De ese élixir de la vida  
En una copa de fuego.  
¡Qué hechicera  
Es esa impresion primera  
De una amorosa mirada  
Allá en la noche callada!  
Y, qué extrañas impresiones  
Sentimos, si en dulce exceso,  
El sacramento de un beso  
Desposa dos corazones!...

Ella era un lirio del rio,  
Pura y blanca cual ninguna,  
Hecha de rayos de luna  
Y de gotas de rocío.

Su mirar  
Era el suave luminar  
De una estrella cuando asoma  
Medio oculta en verde loma;  
Porque en su rostro reunia,  
Como en espléndida corte,  
A la hermosura del Norte  
La gracia del Mediodía.

¡Y me amó! Su virginal  
Perfume fué para mí:  
Pero ¿qué te importa á tí  
Mi novela espiritual?  
Mis quejidos  
Llegarán á tus oídos  
Como la historia de un hombre  
Desconocido y sin nombre.  
Tú, que en los pátrios vergeles,  
Por tu palabra inspirada,  
Vas con la frente inclinada  
Al peso de los laureles.

Tú marchas por el feo mundo  
Sol de la gloria alumbrado,  
Y te duermes arrullado  
Por los aplausos del mundo.  
Tu talento  
Trae de allá, del firmamento,  
Esa inspiracion divina  
Con que seduce y domina;  
Pues tus palabras, aroma  
Destilan de fé: van llenas  
De aquellos rayos de Atenas  
Y de aquel fuego de Roma.

Yo soy un triste viajero  
Oseurecido y sombrío,  
Que hasta en aquel pueblo mio  
Era casi un extranjero.  
Yo batallo  
buscando lo que no hallo:  
amo y pienso y me consumo  
por un fantasma de humo.  
¡Y... cómo el artista siente  
existir así ignorado,  
y morir desesperado  
sin un laurel en la frente!

Y ¿qué es la música, el canto,  
si está muerto el corazón?  
¡Sensible congelacion  
de dolor, quejas y llanto!  
Cada gota  
de sentimiento que brota  
en mi lira estremecida  
es una flor de mi vida:  
es un fúnebre rumor,  
gritos que el seno me hieren,  
de esperanzas que se mueren  
nadando en olas de amor.

Ya la fé en mí sér no arde,  
ni mi lira finge ufana  
los himnos de la mañana,  
los murmurios de la tarde.

Ya á los dias  
De mis puras alegrías,  
El tiempo cruel les ha echado  
El sudario del pasado:  
Por eso en tan triste calma  
Vienen á ser mis canciones  
Fugaces exhalaciones  
De las tinieblas del alma.

JOSÉ JOAQUIN DE PALMA.  
Habana 1879.

## CANTARES.

Me has dicho que á Dios adore,  
y amándote lo hago así;  
que á Dios se adora en sus obras  
y yo á Dios lo adoro en tí.

Abeja de amor yo soy  
que en torno tuyo vagando,  
libo la miel más sabrosa  
en el panal de tus lábios.

Aunque soles son tus ojos,  
nunca los comparo al sol;  
que el astro-rey tiene manchas,  
pero tus pupilas no.

Dicen que son las mujeres  
engañosas y falaces;  
y dicen bien, pero tú  
no eres mujer, eres ángel.

No quiero la libertad,  
que quiero vivir esclavo,  
si, tirana, me aprisionas  
en la cárcel de tus brazos.

Entre tus lábios divinos  
mil besos ocultos duermen;  
cuando se acerque mi boca  
mándales que se despierten.

PLÁCIDO LANGLE.

Á MI QUERIDA HIJA PEPA.

Hija de mi alma,  
Mi amargo pesar  
Tus besos endulzan,  
Templando mi mal.  
Ven, hija, á mis brazos  
Mi frente á besar:  
Tu amor es mi gloria,  
Tu amor celestial.

La dicha que guardo  
Cifrada en tí está;  
Cuanto más te quiero,  
Mi amor crece más.  
Al cielo pregunta  
Si es posible amar  
Con mayor cariño,  
Con mayor verdad.

Cuando ruja el trueno,  
Y el ronco huracán  
El estrago anuncie  
De la tempestad,  
Sol de mi esperanza  
Sal pronto á brillar,  
Y á tu lumbre pura  
Las nubes huirán.

La vida, hija mia,  
Es vasto erial,  
Desierto arenoso,  
Turbulento mar  
En el que naufraga  
Quien no halló jamás  
El puerto seguro  
Del amor filial.

Tu sombra embellece  
Y alegra mi hogar,  
Reinando en su seno  
Cual ángel de paz:  
Paloma querida,  
Sér angelical,  
Dime que mi amparo  
Tú siempre serás.

Dime que me quieres,  
Vuélveme á abrazar:  
Ceniza por premio  
No tenga mi afán.  
Dime que á mi tumba  
Irás á rezar,  
Y que allí una lágrima  
Por mí verterás.

EL MARQUÉS DE HEREDIA.

UN FERRO-CARRIL.

Diz que en cierta poblacion  
los vecinos se reunieron  
y á su diputado hicieron  
la siguiente peticion  
que al punto le remitieron:

«Señor diputado:—Mil  
vecinos que están presentes  
y la autoridad civil  
que suscribe, reverentes  
piden un ferro-carril.

El de la villa vecina  
fuera tal vez adecuado  
si alto hiciera en mi oficina  
y en la tienda de la esquina  
y el domingo en el mercado.

En las Cortes, sin demora,  
usté arregle este belen;  
y nada más por ahora.—  
Memorias á la señora  
y que usté lo pase bien.»—

Respuesta del diputado:  
—«Señor alcalde: el dia seis

recibí vuestro recado.  
¡Albricias! ya está acordado  
ese ramal que quereis.»—

No bien á la poblacion  
llegó noticia tan grata,  
hubo baile, procesion,  
repique, iluminacion  
y se gastó mucha plata.

El alcalde, muy formal  
salió al balcon principal  
de la casa Ayuntamiento  
y anunció con gran contento:  
—¡Ya nos ponen un ramal!—

MARIANO RAMIRO.

Habana, 1880.

## MONOLOGO.

(DE UN DRAMA LÍRICO INÉDITO.)

ESPERANZA.

¡Lágrimas mias, brotad,  
brotad en siniestra calma!  
¡Testigos de mi ansiedad,  
ayes que aprisiona el alma,  
salid del pecho, volad!

¡Oh, justo Dios, Dios clemente,  
que mis infortunios miras,  
¿por qué si soy inocente  
descargas sobre mi frente  
la tempestad de tus iras?

¿No basta el yugo pesado  
de mi esclavitud odiosa?  
¿No basta haberme quitado  
el dulcísimo cuidado  
de una madre cariñosa?

¿Tambien sofocar pretendes  
en mi ser, de espanto yerto,  
este amor en que me enciendes?  
¿Cómo, Señor, no defiendes  
la existencia de Roberto?

No imploro gracia de tí,  
ni misericordia, no,  
pero tu justicia sí:  
¿Sé justo! ¿Qué hallas en mí?  
¡Dios santo! ¿Qué te hice yo?

¡Si del dón de merecer  
es medida el padecer,  
si con la gloria premiais,  
cuán inmensa debe ser  
la que á mi me reservais!

(Desde la ventana contemplando el amanecer.)

¡Ay de mí! ¿Qué bello dia!  
¡Qué dia tan apacible  
contrasta la pena mia!  
¡Cuánta luz, cuánta alegría...  
y qué calma tan horrible!

Gira la celeste esfera,  
y el sol brillando en su centro  
los espacios reverbera...  
¡Todo es vivir allá fuera!  
¡Todo es morir aquí dentro!

(Señalando al corazón.)

MARCOS ZAPATA.

EN EL CAMPO.

El alegre tañido  
de festival campana  
despierta en las aldeas  
la voz de las cabañas.

Los valles y los montes  
eruzan las ondas ráudas,  
que agita el bronce pio  
cuando á los fieles llama.

Con el oido atento,  
escucho el són que pasa,  
y entiendo que se aleja,  
fingiendo que se apaga.

¿A dónde van los ecos  
de tantas esperanzas,  
bandada religiosa  
de notas de fé aladas?

¿A dónde van, vibrantes,  
perdiéndose lejanas,  
las ondas que transmiten  
la voz de la campana?

¿En qué playa se pierden,  
en qué término páran,  
en qué roca se quiebran  
qué abismo se las traga?

¿Acaso el hondo abismo,  
soñado, de la nada?  
¿Más, cómo, siendo eterna  
la universal dinámica?

No mueren, nó: sonoras  
persisten, se dilatan,  
y en vibracion constante  
sus notas himnos cantan.

Armónicas, eternas  
y misteriosas vagan;  
es el verbo su acento,  
son la fé de las almas.

JOSÉ PUIG PEREZ.

ANUNCIOS.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

**DIGESTIONES ARTIFICIALES**  
**VINO**  
 BI-DIGESTIVO DE  
**CHASSAING**  
 PREPARADO CON  
 PEPSINA Y DIASTASIS  
 Agentes naturales e indispensables de la  
 DIGESTION  
**12 años de éxito**  
 cura las  
 DIGESTIONES DIFÍCILES O INCOMPLETAS  
 MALES DEL ESTÓMAGO,  
 DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,  
 PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS  
 ENFLAQUECIMIENTO, CONSUMICION,  
 CONVALESCENCIAS LENTAS,  
 VÓMITOS...  
 PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.  
 En provincia, en las principales boticas.

**NUEVAS MAQUINAS DE COSER**  
 Los mejores para Familias, Costureras, Sastres, Zapateros  
 Guanteros, etc., etc.  
 La "UTIL" 50 fr. La "PRÉCIEUSE" 90 fr.  
 La "NUEVA SILENCIOSA"  
 verdadera "Expeditiva" completa de 40 guias  
 accesorios. Garantía 10 años.  
 MÁQUINAS HOWE, SINGER, etc.—MÁQUINAS PARA GUANTEROS  
 MÁQUINAS PARA PLÉGAR, CLAVETEAR, etc., etc.  
**Maison A. RICBOURG (S. g. d. g.)**  
 Delegado de los Mecánicos de la Villa de Paris en la Exposicion Universal de Londres de 1862.—Medalla  
 de Honor en la Exposicion Universal Paris 1867 y 1878.—Miembro del Jurado en la Exposicion 1879.  
 (Envío franco de precios y Catalogo) **20, Boulevard Sébastopol, 20** (precios y Catalogo)  
 Tarifa reducida y condiciones excepcionales á los Agentes, Comerciantes y Exportadores.

**HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA**  
 Paris, 10, Rue St. Georges  
 Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.  
**BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.**  
 Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.  
 Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado  
 servicio.

**CASA GENERAL DE TRASPORTES**  
 DE  
**JULIAN MORENO**  
 CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
 DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
 Y  
 UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

**A. LOPEZ Y COMP.ª**  
 MADRID.—ALCALÁ, 28.

**PALACIOS Y GOYOAGA**  
 SASTRES.  
 3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

AVIS.

MM. les annonceurs sont prevenus que les annonces et reclames qu'ils desireront faire passer á LA AMERICA doivent étre remis necessairement á l'Agence Perojo, 31, Boulevard Bonne Nouvelle, la seule agence á Paris premiere et des annonces et des reclames.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.  
 NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.  
 PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga. Se expenden tambien billetes directos via de Cádiz, para SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea. Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen. Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

**CABELLO y BARBA — COLOR NATURAL**  
 Proveedor de S. M. la Reina de Inglaterra  
 y de S. M. el Emperador de Rusia.  
 1 MEDALLA DE ORO Y 3 DE PLATA  
**REPARATEUR AU QUINQUINA**  
 Preparado por F. CRUCQ, Químico Privilegiado s. g. d. g.  
 PARIS — 11, RUE DE TRÉVISE, 11, — PARIS  
 y en casa PINAUD, 37, boulev. de Strasbourg, Paris  
 El unico producto que sin ser una tintura restituye progresivamente al Cabello y á la Barba su color primitivo.  
**PUEDA EMPLEARLE UNO MISMO — CURA LA CASPA**  
 Por Mayor: Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.  
 Por Menor: En todas las Perfumerias y Peluquerias.

**SIMILI DE DIAMANTE.**  
 Un anillo de oro, macizo, de 18 quilates, 18 francos.  
 Un par de pendientes de oro, macizo, de 18 quilates, 18 francos.  
 Enteramente iguales á los dibujos que anteceden.  
 Estas piedras, verdaderamente superiores, tienen un agua muy clara y un reflejo deslumbrador, hasta el punto de no distinguirse de las verdaderas, si no es por medio de pruebas.  
 Se remiten, franco de porte, previa remesa del importe.  
 Album ilustrado de mis productos, á 0'75 en timbres de correo. JULES LUTZE.—Paris: 16, Boulevard Voltaire.

**RAFAEL M. DE LABRA**  
 OBRAS RECIENTES.  
 Los contemporáneos: *El Negro Santos* de Santo Domingo.—1 foll. 4 reales.  
 Portugal y sus Códigos. (Legislacion comparada).—1 t. 12 rs.  
 Las Armas en Madrid.—1 t. 12 rs.  
 El Ateneo de Madrid.—1 t. 12 rs.  
 El Derecho internacional y los Estados-Unidos de América.—1 foll. 4 rs.  
 Introduccion á la historia Política contemporánea.—1 t. 6 rs.  
 La abolicion de la esclavitud en Inglaterra.—Una Villa del Cantábrico: Gijón.—vol. 6 rs.  
 Pedidos; imprenta de Alaria, Cueva, 12, Madrid.

**VIRUTAS DE ALQUITRAN**  
 del Doctor BRISSAUD, Privilegiadas.  
 Producto natural, preserva y cura los Resfriados, Bronquitis, Pneumonias, Tisis, Catarros, etc., etc.  
 Deposito general: LIEUTARD & C.ª, 88, Boulevard Sébastopol.  
 Por mayor, Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.

**HISTORIA DEL RENACIMIENTO LITERARIO CONTEMPORÁNEO EN CATALUÑA, BALEARES Y VALENCIA,**  
 POR FRANCISCO M. TUBINO, ACADEMICO.  
 Se suscribe en Madrid, Ferraz, 12, entresuelo. Van publicados 10 cuadernos.

**LA PESTE**  
 El mas seguro preservativo son los Polvos Ferray, desinfectante energético y sin olor, muy superior al Fenol, Sanea y conserva el aire puro en las habitaciones, evita la infeccion de los canales, zanjas, retretes, etc.—Numerosas certificaciones. Su empleo es facil y económico. Pues la caja conteniendo la cantidad necesaria para 15 litros de agua desinfectante cuesta 1'20 tomada en Paris.  
 E. FORCADE y C.ª, 17, rue Grange-Batelière, Paris.  
 POR MAYOR, CENTRO DE IMPORTACION, PIZARRO, 15, MADRID.

**LA VERDADERA AGUA DE BOTOT**  
 Unico Dentifricio aprobado  
 POR LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS  
**POLVOS DE BOTOT**  
 Dentifricio con quina  
**VINAGRE LE SUBLIME**  
 de tocador superior impide la caída del pelo  
 DEPOSITO Gral: 229, rue Saint-Honoré, Paris  
 Venta al por menor: 18, boulevard des Italiens  
 En Francia y en el Extranjero: En Casa de los principales comerciantes

**OPRESIONES ASMA NEURALGIAS**  
 FOR, Catarros, Constipados, Curados For los Cigarrillos Espic  
 Aspirando el humo, pesera en el pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. (Exigir esta firma: ESPIC).  
 Venta por Mayor: J. ESPIC, 128, r. St-Lazare, Paris.  
 Y en las principales Farmacias de España: 21, la calle

**BANCO DE ESPAÑA.**  
 Debiendo verificarse la corta de los cupones que vencen en 30 de Junio y 1.º de Julio próximos, correspondientes á los efectos de la Deuda pública, depositados en este establecimiento, se avisa á los interesados:  
 1.º Que hasta el dia 30 del actual, y previo pedido, podrán recoger los cupones en rama de todas las clases de Deuda, tanto interior como exterior.  
 2.º Que los que deseen conservar los cupones sin cortar, deberán manifestarlo por escrito antes del expresado dia, mencionando el número del depósito, clase de valores y su importe, y  
 3.º Que el Banco seguirá admitiendo depósitos, con el cupon corriente, hasta el dia en que la Direccion de la Deuda anuncie la presentacion de aquél.  
 Madrid 24 de Abril de 1880.—El Secretario, Manuel Ciudad.  
**BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.**  
 El 1.º de Mayo próximo, vence el cupon trimestral, número 1, de los billetes hipotecarios emitidos por este Banco, importante 750 pesetas, y, desde dicho dia 1.º, queda abierto el pago del mismo en Madrid, en las Cajas del Banco, paseo de Recoletos, número 12.  
 Las Cajas están abiertas, de once de la mañana á tres de la tarde, todos los dias no festivos.  
 Madrid 15 de Abril de 1880.—El Secretario general, Enrique Lamartiniere.

**BANCO HISPANO-COLONIAL.**  
 El Consejo de Administracion del Banco Hispano-Colonial, ha resuelto que, desde 1.º de Mayo, se satisfaga á los señores accionistas el décimo-cuarto dividendo de intereses, correspondiente al trimestre que vence en dicha fecha. El pago se efectuará presentando las acciones, acompañadas de una factura impresa que se facilitará en la secretaría del Banco, Ancha, 3, principal, en Barcelona; en las oficinas del Banco de Castilla, en Madrid, y en las de la Junta delegada, en la Habana.  
 Se señala para el pago, los dias del 1.º al 12, de once de la mañana á tres de la tarde. Trascurrido este plazo, sólo se destinarán á este servicio los lunes de cada semana, á las horas expresadas.  
 Barcelona 10 de Abril de 1880.—El vice-gerente, P. Aleu Arandes.

**NEVERAS ARTIFICIALES TOSELLI**  
 194, rue Lafayette, en Paris.

**PIANOS BLONDEL**  
 Paris, r. de l'Échiquier, 53  
 Y en las principales Casas DE ESPAÑA Y AMÉRICA  
 9 Medallas de Oro y Plata  
 FABRICACION ESPECIAL  
 Pianos de Estudio y de Lujo

**LA AMERICA**  
 Año XXI  
 Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.  
 Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.  
 En el Extranjero y Ultramar, 12 pesos fuertes.  
 Precio de los anuncios, 4 reales línea.  
 ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª  
 Caños, 1.